

Relevo de guardia

Obra reunida. Poesía y prosa (1962-1974)

EDUARDO SIFONTES




ELPERRO
yLARANA



*Relevo de
guardia*

© 1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2021

© Familiares del poeta Eduardo Sifontes

© Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela 1010

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Twitter: @elperroylarana

Facebook: El perro y la rana

Diseño de colección

Emilio Gómez

Mónica Piscitelli

Diseño de portada

Ennio Tucci

Investigación, transcripción y compilación

Franklin Fernández

Corrección

Vanessa Chapman

Diagramación

Vilma Jaspe

Imagen de portada

Eduardo Sifontes: *Sapo culeco hasta el cuello* (1974).

Tinta y acuarela, medidas 18x15cm.

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4920-1

Depósito legal: DC2021001578

Relevo de guardia

Obra reunida. Poesía y prosa (1962-1974)

EDUARDO SIFONTES

Compilación

Franklin Fernández


ELPERRO
yLARANA

AGRADECIMIENTOS

*A Mario Celestino Sifontes y
Luis Enrique Sifontes (hermanos del poeta).
A Chevige Guayke, Régulo Martínez (†), Luis Figuera,
Leonardo García y Ximena Benítez Vargas*

MI HERMANO POETA

Mi hermano multiplicaba el verbo y hacía cantar la palabra con la infinita cuerda de la imaginación, dejaba sonar la mágica flauta de la belleza y regaba música por todos los rincones de la vida, mi hermano jugaba con las formas y los colores y era capaz de crear todo un universo de imágenes sucesivas, mi hermano era un eterno soñador sublevado ante las pesadillas, se rebelaba contra la hiriente cotidianidad de las noches para transformar el péndulo de los amaneceres.

Mi hermano sensible, agigantado en la ternura y el amor, mi hermano lanzador de bofetadas a los verdugos, solidario con el andar indefenso de los débiles, mi hermano creador de los más hermosos firmamentos del pueblo, de sus cantos y de sus músicas imperecederas en el pentagrama del tiempo, mi hermano dignificando la razón de la vida y dejando profundas huellas sobre los pasos de la inmortalidad.

Mi hermano labrador de su misma savia, regaba los claveles de la vida con agua de lluvia amorosa, mi hermano hacía florecer el jardín de la ternura y llenaba de flores los caminos, quería bien para el prójimo por encima de los diez mandamientos, mi hermano creía en los dioses

y los demonios del amor. Un día el sol no pudo con las estruendosas tinieblas y llenó la tarde de prematuras derrotas, entonces el silencio asaltó las calles con su ejército de sombras, allanaron nuestro refugio disparando balas de agonía y tan sólo a 28 pasos de la entrada de la vida, fusilaron de muerte a mi hermano, amordazados en el dolor fuimos inermes testigos, torturados en la desesperanza, encarcelados en lo absurdo, piezas extraviadas en el ajedrez de la batalla entre la vida y la muerte...

WILFREDO SIFONTES, *MI HERMANO POETA*

BARCELONA, DOMINGO 10 DE MAYO DE 1987

EN: *DIARIO DE ORIENTE*. SUPLEMENTO CULTURAL RIBAZÓN, P. 5.

EDUARDO SIFONTES,

EL ILUMINADO DE BARCELONA

Barcelona es célebre por sus curanderos y brujos. Mi madre solía hablar de uno que leía las aguas, es decir el orín, y sanaba enfermedades, popularmente conocido como Pablito. La gente más humilde lo visitaba para aliviar dolencias y afecciones. Atravesada por un río, y con esa nostalgia de puta sin dinero que parece pegarse a los ojos como un perfume barato, la ciudad ha tenido otros iluminados como aquel que tocaba el clarinete en la plaza, inventaba sortilegios con las palabras, y sanaba el alma de los angustiados con sus versos: el poeta Eduardo Sifontes, hechicero del verbo capaz de juntar palabras y construir sorprendentes narraciones.

Nacido en un hogar humilde en 1946, asumió vivir su vida en el espejo de aquella otra realidad que lo mordía y lo laceraba. En 1974 postrado en una cama de hospital, antes de morir, confesaba a un amigo con aquel humor negro que recorre su obra *“Panita, voy a morirme y apenas tengo veintiocho ruedas”*.

Participó en el movimiento que se generó alrededor de la Revista *Trópico Uno*, y obtuvo el segundo premio en la Bienal Ramos Sucre con su libro *Rituales*, donde se plasman un conjunto de narraciones transgresoras en los que abunda

el erotismo de una manera cruda, el compromiso político, y la presencia de la muerte, el desdoblamiento, y la lucha contra sí mismo como rasgos principales.

Era un genio que respiraba irreverencia, en sus saludos, en su forma de actuar, y hasta en aquellas sesiones de clarinete en la banda municipal. Su obra es un ánfora sagrada llena de pus y sangre, un alarido que revienta y maldice, y reclama ante la indolencia humana, a la cual antepone el compromiso y solidaridad como recetas únicas para salvarla.

Sus relatos son campos de batalla donde las palabras parecen pelearse, para abrir espacios y armar una intertextualidad con un instante único desde donde explota y se expanden un montón de imágenes oníricas y fragmentarias que avanzan velozmente en medio del vértigo para construir una historia en los límites de la imaginación.

La obra narrativa del barcelonés está signada por una estética que invoca un realismo muy vinculado al entorno coloquial, y que intenta extrapolar la realidad desde la perspectiva del lector, haciendo de la narración un escenario donde las palabras se funden en un contexto que recrea el acto de la ficción como un elemento natural de la creación literaria.

Sifontes, fue un artista polifacético músico, pintor, dibujante, escritor, y poeta, que supo plasmar su angustia existencial en cada una de las metáforas que escribió, logró

crear una obra original donde destaca una creatividad que por momentos parece caótica y que termina ahogando a los lectores, sumergiéndolo en un charco resbaladizo, desde donde la muerte saluda y se ríe a carcajadas.

Ese pensamiento tan original unido a su militancia política lo convirtió en un enemigo declarado de las fuerzas que sustentaban el sistema político, que terminaron por decretar su prisión en uno de los llamados “teatro de operaciones”, especies de campos de concentración para detenidos políticos, como si fuera un animal rabioso, para tratar de vencer y destruir esa irreverencia que subvertía y conjuraba el orden establecido.

Su obra respira subversión en un surrealismo fantasmagórico cargado de imágenes sucias que se contraponen, para crear el núcleo de una existencia que a la manera de aquel otro iluminado que el mundo conoció como Jean Arthur Rimbaud, indaga, masculla, maldice y reclama a los hombres una nueva manera entenderse en el amor y la entrega a su prójimo.

Su poesía es transgresora y se vincula por su irreverencia, y su búsqueda de la existencia a la de los poetas malditos que se inmolan en su propio sufrimiento. En ella cada verso transpira angustia, ansiedad, desasosiego, haciendo del poeta un prisionero condenado a vivir su inocente ebriedad en un cuerpo prestado “Mi primera fosa fue el ovario de mi madre. / Le hicieron operación cesárea para

revivirme. / Nací hecho trizas y mis pedazos sintieron sus dolores. / Mi segunda fosa es la alegría de vivir/ y sentir y resistir los golpazos de muerte, caminando a tientas/ tropezándome, cayéndome, levantándome. / Con los ojos atormentados esperaré la última fosa. / Me abrigará la tierra o el mar con todo el cariño/ que existe en ellos para con sus hijos / y partiré cantando a los infiernos”.

En su obra la muerte es una visitante permanente a la que el poeta logra exorcizar, y espantar de sus dominios, sin entregarse jamás al abandono del que se sabe condenado en una prisión de huesos, siempre saca fuerza para gritar y rebelarse, vencéndola, derrotándola a través de la conjuración de la palabra hecha sangre, pecado y virtud.

LUIS FIGUERA
BARCELONA, 6 DE ENERO DE 2021.

LAS CONJURACIONES Y
OTROS POEMAS
(1962-1963)¹

1 De: *Las conjuraciones y otros poemas*. Colección Letras de Venezuela. N.º 45. Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1975.

ni una gota de sangre
me ha quedado que no tiemble.

DANTE ALIGHIERI

Escolta

Bajo la luz de la luna alguien cuenta mis pisadas,
camina sobre ellas.

Su sombra está pegada a mi sombra.

Camino en zig-zag, corro, ando en puntillas,

[a grandes zancadas]

y siempre me persiguen

No sé quién me vigila los pasos. No sé...

sólo escucho el tronar de los relámpagos lejanos.

y la soledad múltiple comienza a hipar.

Golpazos de muerte

Mi primera fosa fue el ovario de mi madre.
Le hicieron operación cesárea para revivirme.
Nací hecho trizas y mis pedazos sintieron sus dolores.

Mi segunda fosa es la alegría de vivir
y sentir y resistir los golpazos de muerte, caminando
[a tuestas]
tropezándome, cayéndome, levantándome.

Con los ojos atormentados esperaré la última fosa.
Me abrigará la tierra o el mar con todo el cariño
que existe en ellos para con sus hijos
y partiré cantando a los infiernos.

Abatimiento

Aunque en mis venas no circula sangre sino música
yo permanezco cabizbajo, habitado por demonios
[y fantasmas].

Me he arropado de pie a cabeza para impedir que entren
y no basta.

Cuando creo estar solo, íngrimo,
me encuentro arropado con miles y miles de ellos.

Entonces escupo

maldigo

y me abraza la desesperación.

Comediante

Y el disfraz se levanta más o menos feliz.

Bosteza a su antojo.

Abre el ropero y se pone su piel para luego cantar
como nunca antes cantó

y zapatea y brinca hasta tocar el cielo con la punta de los
[dedos].

Enciende un cigarrillo. Lanza grandes bocanadas en pose.

Se inclina hasta el suelo. Fija su antigua posición, feliz y
[contento].

Hace reminiscencias y se pone triste, el pobre,
caminando a tientas eternamente
como los hombres sin rostro.

En posición premeditada

Camarada mía, sumisa, levántate y oye
la más dulce música que mea un cadáver que camina.

Levántate
que vengo a adornar tus entrañas con las más hermosas
[flores]

brotadas de mis poros,
con la más grande ternura que me sale de los huesos
para enmudecerte mejor.
Levántate y óyeme
que canto mi fiebre desde tu plexo con los ojos cerrados
muy bajito
muy bajito
un cro-cro de los sapos, mi cuadro sinóptico
mis sueños póstumos,
mis cuestiones de principios oculto en un lado del cerebro.

Levántate y óyeme, en trance de muerte
ebrio, condenado, con el cuerpo malo
y aullando
y cantando
en posición premeditada, los gemidos bestiales de mis
[pulmones].

Lanzallama

Para quitarme los residuos de conjuraciones
he tenido que enjuagarme la boca y hacer gárgaras
con tachuelas y clavos

No obstante

los seres que me habitan vuelven a sus actos habituales
de golpearme duro y chillarme en las venas.

Luego mi boca se llena de azufre, tizones, clavos, fuego
y me vuelve todo un lanzallama.

Exorcismo

Estoy parado, firme.

Doy un salto y me sitúo detrás de mí. Y otro y otro,
[sucesivamente]

hasta formar una gran fila.

He aquí un ejército de Eduardos listos para la guerra.

Los soldados se esparcen, desaparecen, poco a poco
y el conductor conjura, triste.

En estado de emergencia

En un reloj nací y vivo
atormentado, encerrado, reteniendo los impulsos,
escuchando el tic-tac del tiempo
y meando horas y minutos de vida y muerte
en estado de emergencia.

Desesperación

Tiendo como una camisa mi sudada epidermis.
Alzo mi corazón mojado de vino y le rindo culto.
Abro los ojos, repletos de sales y flores.
Me acuesto, me levanto con el hocico al cielo.
Abro paso entre las multitudes
y se ríen de mi escachalandrada figura.
Enseño mi espalda en donde el sol ha cocinado males.
Me arranco las vísceras, quedo cóncavo y digo
en posición de canto:
¡soy el de la suerte echada que no cree en el veredicto del más
[implacable jurado de conciencia!

Nocivo

No puedo ocultar la inmensa alegría que llevo por dentro.
Sin embargo, me encuentro sin conocimiento, escleroso,

[convulso]

arrojando espuma por la boca
no epiléptico, sino borracho de espíritu.

Rendición

Como otras veces, vengo a hacer de centinela a mi propio
[cuerpo]
haciendo buches de conjuraciones para arrojárselos a
espeluznantes gritos
haciendo que mis lamentaciones penetren más y más en
[mis huesos]
y esperando el relevo de guardia de mí mismo.

Así, insecto maligno, no me queda más nada:
me declaro vencido
lleno de remordimiento me cuento entre sus súbditos.

El patíbulo

Oíd, oíd

estoy en el patíbulo a pocos minutos de mi muerte,
mis últimos quejidos se apagan.

Sangra el silencio, el sueño, la muerte.

Oíd, el patíbulo canta, el patíbulo ríe
ya se levanta el hacha para abrir mi cabeza
¡Qué muerte tan amarga y tan dulce!
ya el reo va a dormir para más nunca levantarse.

Oíd, oíd

el patíbulo se desahoga como animal jadeante
y yo permanezco ebrio de inocencia, deletreando mi acto
[de fe].

Un gran esfuerzo

Y después de haber dado vueltas y más vueltas
y después de haberme retorcido de color
a medianoche
hago un gran esfuerzo:
asiento mi esqueleto en posición budista
y me lamento.
Alargo el brazo todo lo que puedo para agarrar las estrellas
y no puedo,
sólo escucho el crujido de mi osamenta
y risas y risas de los demonios que habitan mi cuerpo.

Demostración de solicitud

A veces suelo desaparecer por breves momentos.
Viajo a una zona fantasma con una porcelana puesta sobre
mi cabeza
pero el implacable deseo de volver a mi puesto de combate
me abrume y regreso sometido por
mi propia domesticidad, presa de terror.
entonces mis torturadores me aclaman, gritan de júbilo por mi
regreso crepuscular
y galopo soliloquiando en dirección al sol
como demostración de solicitud.

Brindis

Y ahora, levanto mi copa y brindo por mi muerte.
Porque permanezco ebrio,
con el pellejo pegado a los huesos, las costillas a flor de piel
mordiéndome el polvo, vociferando, haciendo contorsiones.
Porque me tambaleo sollozando
sorbiéndome los mocos
y abrazándome a la tierra.
Porque me abandona la luna y mi sombra es mi camarada.

La canción del moribundo

Mi cuerpo salobre se está muriendo
ya está como quien dice en víspera de muerte
se ha puesto tibio de luna, está lleno de heridas
ya más nunca declamará sus ayes
ni cantará aquellas canciones tristes de mañanita
sólo tú, sombra mía, ocuparás mi lugar
y me vengarás de los enemigos.

Y mientras sangro
voy a ponerle piel a mi momia
para abrigar un poco la desesperanza.

Las conjuraciones

Estoy harto de oír gritos fantasmales
de no crear nada
de permanecer desterrado conjurando contra mí mismo.
Bostezando fe
levantándome, sentándome.

ÚLTIMOS POEMAS

Espejos en brasas

Sobre un montón de huesos
y un poquito de lágrimas misteriosas
tus reflejos me desangran
con sonidos de espejos en brasas
en un fuego que no se extingue.

Flauta de huesos

El cielo se nos viene encima
estrepitoso
en forma de corazón
y tocamos flautas de huesos
con unos ojos del carajo
hasta que explota la bomba
en el fondo de nuestros espíritus
y la belleza que buscamos
brota de las basuras
en continuos rayos de luz.

Las palabras por el suelo

Hoy
cuando reposan las palabras por el suelo
sin probar pan ni agua
después de un trago profundo
amanezco ebrio
junto a mis propias ruinas.

Hecho luz

Fragmentando el espíritu
masturbándome
y limpiándome las uñas
he llegado a sentir lo que soy:
un viejo guerrero inmortal
hecho de luz
que cae
muerto ante tus ojos.

Piedra de sacrificio

Una mancha de sangre
y mis fémures rotos encontraron
nada más
a ti te hincharon las venas en la frente
porque ya no era razón
quebrarle las manos al enemigo
y desapareciste muerta de risa
entre rayos de luz.

Ebriedad de mago

Yo
raza dispersa por tu presencia
muevo un dedo
y desaparece tu imagen
 tu forma
 la piel blanca que amé
 que amo
y mi sangre del alma pura de arrechera
yo
 viejo monstruo
de continuos sueños que yo soy tú
con ojos llenos de espíritu
veo el misterio de los tuyos que son brasas
y veo también en mi bola de cristal
una monja que contempla demonios copulando
desplomándose en ruinas
mientras yo no puedo besar tus manos
 ni tu amargura
amando otras cosas más que a ti
y secándome la cara con un pañuelo
 descolorido.

Lengua colgante

Conozca Ud. el planeta:
luces de colores
y flores húmedas de rocío
vienen ahora
en bolsas de pus
y caras rotas
despertando el universo entero
con golpes en los ojos
y la lengua colgante
mezclando la muerte con la espera.
Es el placer de Dios.

Ebriedad de soles

El pelo agusanado revuelto
con tus ojos verde veronés
son ondas invisibles
que perforan mi isla encantada
y el evangelio entre mentes fijas y ojos al acecho
enterraron tus labios carnosos a los míos
y fuimos felices algunos minutos
pero como ya no eres monstruo sagrado
ni espejo de mi alma
quédate con tu dios de rabo infinito
tu ebriedad de soles
y muérete
buscando un poco de aire
en cualquier parte de tu belleza misteriosa.

Condenado

Tus sueños nunca se van de los párpados
mientras yo grito abrazado
a tus entrañas que fueron mías
a tus raíces, a tus zapatitos rotos
a tu falsa música de caracoles
y evangelios y perros heridos
el suelo me derriba
desde que entendí la palabra amor
el cielo me quema
ebrio
deslizándome por las puertas
cohibido como ladrón
sacudo rayos de sol
la negación de la historia de los principios
mi mala cabeza ¿qué sé yo?
condenado desde la edad de la razón
¡Condenado!

Sobre la arena movediza

Dios

con la lengua metida en el culo
se ha convertido en cuero de tambor
y esta patria color de hormiga
ya no tiene silencio ni pedazos de amor
y no podemos andar haciendo sh, shh, shhh
sólo somos íngrimas materias en llanto
sobre la arena movediza
y los recuerdos se nos derrumban.

Ya nadie responde

Salgo desde el fondo del mar
a besarte las manos
dentro de mis ojos el sol
y quebrados los huesos del alma
para nada
porque no encuentro boca pura
ni actos de magia ni chispas de nervios
ni sabor de antigüedad ni lengua de fuego
y porque ya nadie responde.

Reglas del juego

Cuando fuerzas oscuras me tiran al aire
como bandada de pájaros
subo
subo más para acercarme a ti
me aproximo
estás enfrente y detrás
tu conciencia brinca de un lado a otro
sin poder controlar sueños y reglas del juego
falos de luz salen de tus ojos verdes
y por todo esto
siento ganas de romper los espacios
poco a poco
y contener mi propia fuga.

Punto cero

El cielo roto
el suelo agrietado
luces y reflejos movidos por el aire
la belleza y lo asqueroso
con sus porciones de amor para nada
para perder el equilibrio
llegar al punto cero
sin movimientos y sin gestos
sin distancia sin fibras del corazón
y sin poder partir de nuevo.

Gajes del oficio

A veces
cuando no sé cómo comenzar el poema
barajo monedas falsas
y un sol morado abierto de par en par
clavado en el horizonte
va deteniendo el tiempo
hasta que todo queda inmóvil
entonces yo me quedo
con esta risa no sé de qué
que rueda constantemente
por mis sueños interminables.

El hueco del alma

Al borde del sueño
entre sangre y cerveza
la muerte transparente
relincha
como caballo herido
y prendemos fuego a nuestros ojos
para vernos el hueco del alma.

Inventé un sol

Inventé un sol que me era ajeno
se me pasó la mano
sorpresivamente le clavé un cuchillo
y desvié el curso de la sangre
para no permitirle nueva vida.

El oído contra el suelo

Con los nervios en las manos
te juegas la suerte de todos
una descarga de espejos rotos y música de Vivaldi
sobre un monte verdecito
bajo un sol ensangrentado
el grito de conciencia que de pronto hace ¡flop!
y caes muerto
con los ojos en blanco midiendo los anchos espacios.

Tablero filosófico

La tierra se abre y se cierra
en guerra contra ese tablero filosófico
donde bostezamos con los puños desesperados
siendo un público sin respiración
con los ojos puestos en dios
o que el demonio nos proteja
para victoria de nuestros espíritus.

Planos sucesivos

Una canción de amor para ti. mi loca Alicia
en movimiento de planos sucesivos
en el aire transparente
de nuevo
gusanos en mi alma
y los mismos sueños
que parecen tocados por la muerte.

LA POESÍA ESTÁ EN JUEGO²
(1964-1965)

2 De: *La poesía está en juego*. Editorial La Espada Rota. Caracas, 1991.

Iluminado

Proclamo iluminaciones
frases hermosas sobre tambores y vidrios rotos
las acumulaciones parten en espiral
los ojos blancos
la mirada hacia adentro
restos heroicos con
prismas y vibraciones en fragmentos sangrientos
envejecen de tan puro amor
y el verano se esconde rabioso
dentro de mi cadáver.

Relevo de guardia

Tus ojos sin imágenes golpeándose entre piedras
y yo les aguardo
con mi propio relevo de guardia
mi canción abriéndose paso
hasta el asco
el infinito la música el pus de tus dedos las uñas floreadas
atrapados entre sangre y espejos enormes
tu roce es sonido aire acondicionado o destrucción
me convierte en luz
un golpe de sangre
como un sol clavado en las vidrieras.

No hay solución

Pero el escenario sube y crece
eres injusto
bajen esos gritos ustedes no tienen corazón
el sentido de mi magia
proviene de muerte
todos roncan
sólo me queda inclinar la cabeza
llevarme la mano al pecho
señoras
señores.

Ceremonia

De pronto me reconozco
retrocedo
hasta mí llega el aroma de mis actos
con todo silencio
Hago muecas con mi barba
Mis diabluras de silencio alocado
han decidido quemarme
me doy un golpe en el corazón
y mi cuerpo deja escuchar su música triste.

Inutilidad

Sobre nuestras cabezas aún debe
permanecer la altura
si acaso no hay ni pizca de cielo
los cubos están todos llenos de sangre
y yo estoy invisible
llamándote sin que tú existas.

Testimonio

Las criaturas fatalizadas
enloquecidas
se ponen a cantar con sus heridas abiertas
Caen
como por arte de magia
cada día se va uno al infierno
y yo borracho
cuento los cadáveres.

Una despedida

Así es
no sé si recordarlo
no sé si te habré contado
tienes que escoger dos latas de agua
para apagar me los ojos fatales
que se me queman
porque tu atmósfera me envenena
me voy de vuelo
sin saber a dónde ni cómo explicar
yo abrazo tu cuello con ambos brazos
a ti se te hace un nudo en la garganta
a mí se me tranca el pecho
yo te hago el amor
tú viertes muchas lágrimas
pero yo soy humano de circunstancia.

El cielo

La hermosa monja
por los poros se le cuele el sexo
obedezco ciegamente guiado por las viejas estrellas
Sor Geraldine Geraldine
aquella muerte fue más bien mía
hablo por teléfono a larga distancia
con el corazón de Bagdad
Geraldine Sor Geraldine
yo soy el culpable
yo soy el que ha pecado
yo soy el condenado a muerte
el abofeteado, el escupido
siento la soga a mi cuello
el patíbulo
los limones amargos
el olor de las moscas
y la multitud como una vaporosa falda
que canturrea el silencio de la medianoche
como el acontecimiento más hermoso
de la vida.

El infierno

Este es el sitio
el jardín de las delicias
de aquella noche de amor
las naranjas de Hieronimus Bosch
y la crueldad más horrible
es el aire puro
que dejó tu cadáver destrozado.

El purgatorio

Sor Geraldine

tócame, cúbreme con tu indumentaria

tus ojos castos me acuden

el sol me desnudó tu cuerpo

Geraldine, Sor Geraldine, Geraldine acúdeme...

El limbo

Un coro de carcajadas en tus santas oraciones
hasta perder la vista por completo
y “llamarte” mi pequeña hermana
Sor Geraldine
si ese es tu deseo, estar a bordo de ti misma
no me niego
amaba una monja
una madre con su hijo en brazos
y sobre nosotros crece el césped
se escucha una música, tiembla la tierra
abro mis ojos muertos
bajo los árboles.

Cara a la pared

Cara a la pared
aplaudo la interpretación de la bola mágica
ningún sobreviviente
una sombra levanta un puñal
se convierte en luz se propone
con la ropa sucia de sangre
entra despierta en el estado de sueño
y desaparece por completo
la arqueada de cejas que tengo por costumbre.

Boca de lobo

Cuando la última casa de la ciudad se desploma
bajo el mediodía de preludios y arias
una mujer descalza mastica chicle sobre la ciudad
e improvisa charlas sobre la muerte
sonando unos címbalos en los oídos del mundo
aquí
en esta hediondez de humo de automóviles
ella se desnuda boca arriba sexo al sol
cantando ininteligiblemente
mientras estamos en el parque
riendo estruendosos
montados sobre los árboles oscuros
y uno dice:
“¿Para qué ese espectáculo de muerte?
el poeta se ha bautizado en todos los burdeles de la tierra”.

Testamento

Mi sangre negra a punto de envolver su envoltura
me advierte tragedias remotas
tengo el cuerpo rayado tatuado;
en esos jeroglíficos
están escritos todos mis testimonios.

Caminante

De veras
nada ha cambiado
Elsa se vuelve pájaro y cae fulminada a mitad de vuelo
dos lágrimas de sus pobres ojos café
ruedan por mi cuerpo borracho
caen en mis botas marrones
y cada movimiento suyo me llama
es como un crudo amor que hiere
porque el fusil es como el principio
y yo le hablo de irme a los infiernos
donde saltan a la vista veintemil ojos color café
y me echo a andar.

Minuto conspirativo

Tus ojos muy abiertos en el pite de saliva
no terminan nunca
en busca de mi cadáver destrozado.

Un momento luminoso

Me gusta arrastrarme y poner los ojos
para que una serpiente los muerda
soltar flores sobre el fuego
después
reabrirme las heridas
para que suelten su música.

Elsa

Nos hemos contemplado un poco para revivir
lentos de silencio sudan nuestros cuerpos
jamás en nosotros existió tanta ternura
los dos como péndulos revivimos el memorial
de un negro animal triste
Y mientras te amo, ebrio con la camisa rota
un ciego toca su acordeón
y tú entristesces
y me remuerdes.

Compás de espera

No pasará mucho tiempo de poner el
grito en el cielo
detener el universo físico tomar distancia de la memoria
en un compás de espera
flotar como una pluma en el aire
sobre los árboles azules sobre este cielo negro
en que nadie habla de alegría
después respirar el aire puro
con una sonrisa transparente
con una bala dentro de la cabeza
esperando la desintegración de descargas de
luces distintas.

Pies de plomo

Alrededor de un millón de personas
miran las huellas detenidas
y el criminal incorporado en mí
tengo pies de plomo
cierro los ojos con fuerza los abro
veo signos coloreados que borro
hasta que no puedo más
con estas señales de fiebres
pongo una barra de hielo sobre los párpados
porque he perdido los ojos
y mi propia imagen en sus miradas
tan profunda nube violeta y escarlata restablece
su dominio.

Identidad

No nos encontraremos más
y acudo al acto de amor
puesto en evidencia por mi propia inmovilidad
y el culo blanquísimo de Juana sobre
la hierba húmeda
quien la ama quiere ayudarla pero no logra nada
y desde un ángulo distinto apenas me reconozco
por las huellas digitales sobre su cuerpo.

Santo y Seña

Gritaba

gritaba porque tenía una sonrisa para ofrecerla
a esta flotilla de sueños

y me eludieron sobre mis propias huellas

gritaba

en absoluto horizontal

metido en una caja de zapatos

ahora evoco

dentro del espacio definido

y un rayo de luz blanca

cruza este cuerpo reventado

sin darle tiempo a mirar su cielo.

Cuerpo del delito

Elsa saca su revólver y dispara
la persigo arrastrándome herido
una banda de música toca un ritmo sordo
y monótono
hasta el presente no hay ninguna
prueba de existencia
su rastro se ha perdido no lo encuentro por
ninguna parte
multiplico el equilibrio
un hilillo de sangre debe estar saliendo otra vez.

SEÑAS Y CONTRASEÑAS³
(1966-1967)

3 De: *Señas y contraseñas*. Editorial La Espada Rota. Caracas, 1985.

Canción de otro tiempo

Desde los barrotes veo caer
la lluvia blanca muy fina
el siglo que transcurre en toque de queda
como un espectro del pasado
hay un silencio perdido en la memoria
y hasta aquí llega el olor quemado
de un sapo flotando entre las flores.

Reverencia

Camino lentamente
sonrío y saludo
le doy paso a mi propia sombra
y la sigo
a punta de pistola
para salvarme.

Campo de maniobra

Por sobre todas las cosas y debajo del aire mudo
hay un compás de espera en nuestros propios funerales
trato de identificarme, buscar mi sitio
encontrar el aire que me falta
mi pequeña momia reclamando su presa
mi pequeña memoria capturada en el sexo
enmudezco pero soy testigo
sobre el campo de maniobra explotan las estrellas
un pedazo de mí ha muerto
y de pie
glorificados

nos espaturrean los testículos
los muertos lanzan sus plegarias-mentadas-de-madres
con sus primeros aromas y los párpados cerrados
logran vencer gestos inesperados.

El viento de los siglos

Lavamos nuestros ojos ensangrentados
con el agua de las rocas
el viento de los siglos
esa música que nos asesina
nos hace caminar con el sonido de los
huesos quebrados por dentro.

Antigua historia

No hay sitio donde esconderse
mi voz encerrada conmigo
hace que viva mi muerte
acuchillando
la tumba con su fantasía
y dejando resonancias
en quien permanece al acecho para matarme.

La sangre espesa cae gota a gota

No es tiempo aún
la lluvia sobre el mar tus deseos incontenibles
los siento en la blancura de mis huesos
frente al espejo
la sangre espesa cae gota a gota
siento tu último abrazo
el recuerdo de hace meses
que estoy muerto en el campo de batalla
y se me hace un nudo en la garganta.

Oración para un camarada

Aquí estoy triste triste amigo
chupándome el último humito de mi cigarro
mi sombra deambula por allí tu cadáver que
lame un perro bajo la lluvia
estoy en vigilia si Ud. quiere callado
por vuestra huida a los infiernos
estoy aquí trayéndote flores
para que se desmoronen con la lluvia junto a tu cuerpo
pero si quieres puedo irme a encender las luces
y ser testigo de tu viaje
es dirección desesperada hacia ninguna parte.

Cargado de crímenes

La piel transparente flotando
cargada de crímenes
el cuchillo
cien años hundido en el cuerpo
camino de puntillas
con mi máscara de agua
sobre el cementerio
bajo una lluvia de cristales finos
te veo con los ojos de un pez moribundo
hasta el último momento.

Cocollar

Me identifico
soy mi propio testigo
con brazos en jarra tratamos de asir imágenes al azar
venimos a socorrernos huimos de las canciones
nos convertimos por un instante en nuestros propios
verdugos
buscamos desesperados la luna que nos hiere los ojos
ni las pulsaciones
ni la música que brota de nuestras heridas
conmueve este instante
trato de asir tu rostro perdido
en los días duros de mi infancia
tiemblan mis manos blancas
el sentido del tiempo
camino suspendido
en círculo
pesadamente suspendido
te devuelvo el amor
y se nos escupió la lengua
y se nos hizo brotar espuma y sangre del sexo

bajo tableteo de metralletas
en ese instante nuestra historia es la resistencia
y yo con los ojos morados y las nostalgias
fundido a los barrotes
cantando viejas canciones.

Aire en común

Vivo en una roca
hay un ruido sordo
que no puedo encontrar
el aire en común
quiero envolverlo en cada uno de mis sentidos
la blanca sábana ensangrentada
me devora lentamente.

El músico de siempre

He intentado evadirme de este círculo
dejar de caminar en circunferencias
pero no puedo
al borde de mis ojos
entre saliva y sangre
seguiré siendo el músico de siempre
el mismo que viste y calza
ríe, canta y se multiplica
y se golpea el pecho con los puños
y grita a todo pulmón
sin poder salir de este círculo de tiza.

El mundo al revés

Pongo el oído junto a la puerta
alguien escupe por la cerradura
cuando abra
y se levante el polvo
sólo encontrará mis manchas de sangre.

Declaración de un civilizado

No hay lugar donde detenerme a tocar
el clarinete
o no soy digno de mi silbido entre dientes
de los días del fin del mundo
o mi condición de civilizado
el horizonte desciende
y yo cabeceo
con los olores del mar metido en el cuerpo
mientras salgo al rescate de mi propio cadáver.

Círculo solitario

Inflo mis pulmones
absorbiendo el humo de mi pipa
me quito las botas marrones y la camisa oscura
danzo frenéticamente
en círculo
descalzo
sobre el fuego
tiendo la mano al enemigo.

Estado de sitio

Hay estado de sitio
yo corro para ver el espectáculo
de la muchacha violada a los once años
el ronquido apagado de una raza para herir
que levanta su mano dormida
y arranca las canciones más hermosas
de los cadáveres vacíos en los templos de sal.

Viaje

Llevas mi cadáver debajo del brazo
y dejo de sentirme huérfano
y tu aparatosidad
lleva un grito dentro
y tu color morado y transparente me cubre.

Poema de la cárcel

Por un culo de botella
pueblo mío
te veo enorme
grave
te amo.

Cabeza de muerta

Esta hora lánguida al aire
sin proyección de ninguna especie
para siempre
mi sombra
tiene su manera de comportarse
su transparencia crea espacio
para sentarse a mi lado
la evocación del recuerdo
sumergida en flores y frutos fosforescentes
como los personajes de Hieronimus Bosch
yo
tengo fe
en transformar el negro en blanco
tú
te has sacrificado
vuelves tu cabeza de muerta
como buscándome sin resultado
el enemigo está en tus venas
y yo te invoco desde esta prisión

como un animal herido
pueblo mío
la música rompe en mi interior
sólo necesito un revólver para defenderte
nada más.

En prisión

Tú
amor mío
confrontas la mierda de Dios
no obstante
alargas tu mano para liberarme
apartarme las imágenes
que he llegado a palpar
la explosión de la celda W número 4
que me consume
pero además
yo quiero partir
y ser el más poderoso terror
del enemigo.

Homenaje póstumo

Bajo mi tumba
Veinte siglos después y más
te amo.

Ojo de vidrio

Tarde o temprano
para siempre echo a andar
con mi ojo de vidrio
la mirada vuelta hacia dentro
escondido entre los trapos viejos
hecho de puro absurdo
con la cara dura al infinito
gritando
proletarios míos
que los amo los amo.

Acto cotidiano

Predestinado a morir
al tener uso de razón
te beso con los ojos cerrados
me asfixio
y te incorporas transparente.

A Juan Chacón lanza

De repente
las bocas de los fusiles
vistas en un rayo de luz
el amigo muerto con sus gestos metafísicos
toma forma nuevamente
su rostro
se borra para siempre
el negro Valentín toca su guitarra
la música penetra sus heridas recién abiertas
y la risa de los soldados lo colocan
en estado de sitio.

En la pica

Encerrado

como en todas las paredes de los urinarios

alguien mueve los ojos borrosamente

y el humo de mi cigarro se escapa en un rayo de luz.

Salvoconducto

Muertos de risa
y enterrados hasta el cuello
el cielo nervioso se carga de lluvia
un guardia se pasea
su linterna nos hace existir
el peso real de mis canciones
me identifica plenamente.

Oscuro

Contemplo que estuve mal antes de pisar la historia
mi madre despojó su intimidad
no pudo más con las acumulaciones
salí del vientre aruñando várices
y me vencieron cantando
las cosas más encantadoras de este mundo.

Lupus

Escucha esta canción
que se desploman
mis ruinas.

RITUALES⁴
(1973)

⁴ De: *Rituales*. Monte Ávila Editores. Colección Donaire. Caracas, 1973.

En cualquier momento uno puede abrirse alguno de esos conductos que llevan la sangre al corazón, y soplar, soplar y soplar hasta marearse y que ese soplo se transmita a esos otros conductos llamados venas y que cada una de ellas se vuelva de colores, azul, verde, violeta, y que uno se infle, se infle hasta quedar como un hipopótamo o como un actor de teatro diciendo: Ah, ahh, aaahh. ...y plús... abrir los ojos como un recién nacido y reír, nada más, reír porque es un sueño solamente o puramente invención de palabras. Pero no, es mejor estar en un bar, una boîte, un cabaret o como lo quieras llamar; y te hartas de cerveza hablando mal de los humanos y sus costumbres. Y luego salir a la calle danzando en reverencia a Baco; comenzar a cantar en forma ritual el homenaje de la vida y la muerte, y después... plás... estar rodeado de carros en medio de la calle y de una muchedumbre que grita: “Lo hubieran matado, descuartizado”. Pero no, eso no es todo, prosigue tu camino y tambaléate, imagínate que... no... mejor es no imaginarse... por la misma acera viene tu novia, tu Elsa o tu Alfonsina; abres los ojos desmesuradamente y corres hacia ella: agárrale el bello y hermoso jardín de su sexo y grítale: “¿Cómo estás, único ángel celestial que tengo aquí en la tierra? ¡Te ofrezco hambre, degradación y tristeza!”... y plún... un soplamoco de tu novia y un caer al suelo inconsciente y que recobres el conocimiento y un jurado de tu organización política te critique y te sancione y te autocritiques con un puñal de sangre enterrado en pleno corazón para después decir

“qué pendejadas son los pensamientos”. Luego te acuestes y te duermes y el sueño te presta un olor a puerto-pescador-muelle-pescado, que te trae música que lame tu sangre y te hace advertir la tragedia de que estás aquí, redactando una nueva carta al consignatario que ya no existe, pero ponte agritar o comienza a hacer exorcismos dos días y dos noches y luego... páam... te multiplicas, y cada uno de ti mismo silva como pájaro, canta como fauno, grita con potencia de trompeta, como de mito a mito, y se envenena la atmósfera con música de Bach y declama cada uno de ti mismo. “Ernesto, tu grito se escucha en las profundidades de nuestras almas; tú, como un centauro enterrado hasta el cuello, animando al género humano; cantando una cancioncilla roja y negra y bordando nuestros corazones con hilos de colores”. Amigo Ernesto, tus campanas viscerales nos convocan y te oímos dispuestos firmemente a la acción en medio de los bosques. Y después... pláf... desaparecen todos los que te forman y se vuelven fusiles o nubes de colores o corazones receptivos y te pones a cantar como nunca: “Yo aquí agonizo, quiero romper mi pseudo-ciudad y salirme de su pleno solazo para conocer a los hijos de mi padre, repartidos en las diferentes partes de ese culito del mundo llamado Oriente”. Y posteriormente comes y comes hasta hartarte y echarte a dormir, roncando, sin pesadillas, sin pensar en nada, ni siquiera que existes. Y te pones a vivir tu sueño. Roto. Fatal. A medianoche, tu sueño roto. Fatal.

Muchacha, un día viniste a la revolución con un par de ojos nuevecitos, porque yo era prisionero y porque trajiste la memoria de un tiempo oscuro y sin ningún punto de referencia; yo me conformo, porque me enviaste palabras entrecortadas, saltando al campo del pensamiento de Marx como un café bien fuerte o un perro callejero en una noche de verano iluminado por la fuerza de una flauta: después quedé viéndome en tus ojos y no pudiste distinguirme jamás por tanta expectativa hacia dentro; es increíble, es un error, espantando las moscas sólo me queda desear a mi puta bajo su vieja falda medio luto y después confundirnos y dormir un sueño doradito que flote en la memoria siguiendo el rastro de la muerte.

Siendo extranjero en ejercicio, emprendí el viaje de regreso y la ciudad se me ofreció, prostituta llena de amor. Regresé con los ojos al revés y la continuidad se enfureció dentro de mí, volcándome las imágenes hacia dentro para incitar al saqueo de otros tiempos. Escuchando con los dedos los días abandonados, decidí quemarme el corazón y beberme sus cenizas, definitivamente, comiéndome las uñas, sin otra alianza que los rayos y relámpagos, las luces de colores, las estaciones húmedas y las conmociones y la razón de otras historias.

Por último nos detuvimos, semiocultos por montones de ranchos constituidos a manera de collage. Tres camaradas ocupaban los rincones opuestos del cuarto hecho de vidrios de botellas quemadas y pegados con cemento. Los ojos de la viejecita madre del camarada Luis, llenos de lágrimas que parecían los fragmentos de vidrio del cuarto, relampagueaban con una sonrisa al tocar con su manita de huesos a flor de piel, la blusa de nylon de Elena, que contoneaba toda la dulzura de vomitarle la cara a un gringo como demostración de moral marxista; sus ojos, sus ojos emergen de círculos violetas, turban el eco, viven en mi memoria. Elena se detiene por un instante a recordar el minuto conspirativo; voces de borrachos, uno que otro vaho de cloacas, las circunvoluciones del cerebro como un tío vivo dando vueltas de colores, su cabeza empieza a agrietársele, es insoportable todo esto, Elena.

He aquí a mi prima Coromoto que se enciende, alumbra, deslumbra, se extingue, desaparece y nuevamente regresó ayer tarde a su casa y hoy celebra sus 20 años, disecada, desconsolada con un cáncer que es su estrella.

Quesada habla de las enormes posibilidades de colocar un huevo de gallina en el ovario de su mujer para proporcionarle de nuevo vida. Ella no tiene hijos, pero tiene amantes que parecen serlo; ella dice que está dispuesta a seguir hasta la muerte con la última etapa del método.

El Flaco me da su Beretta para que se la limpie, “el viernes hay acción, poeta”.

Irma Avendaño, de 23 años, natural de Caracas, murió a las cuatro de la tarde sin que pudiéramos hacer nada para salvarle la vida. Todos queríamos darle un riñón a Irma. Mauro trata de responder la angustiada interrogante lanzada al mundo entero.

Casi tristes

Prefigurativos

Mordaz es absurdamente cotidiano y conmueve. Así son todos mis camaradas. Mordaz pronuncia, mordaz esgrime:

lo que fascina es el aire ligero del juego,
las cartas del tiempo
que dejan ver el lado flaco de la vida,
poetica.

Murió Bernardo cuando chocaba sus primeras historias contra el ejército enemigo. La mirada fija en los recuerdos que le proporcionaban pretextos gloriosos, se le acumuló en una bolsa de sangre, su boca esforzada para dirigirse a nosotros quedó estática en el vacío, así está Bernardo, acariciando el Smith-Wesson aún caliente y vencedor.

Sin duda a los más hermosos misterios tratábamos de encontrarle un significado Bernardo y yo. Una noche me dormí lleno de sorpresas y maravillas y desperté con una sed espantosa, ésa fue la sed que se llevó a Bernardo, invadido por ratones; el mundo se le vino encima a los hijos de Ana Enriqueta, que participaban como espectadores cuando ella hacía el amor. En ese cuarto, en ese mismo cuarto, el único, nacieron, crecieron y murieron carbonizados, Juancito, Sonia, Mary Juana, los morochos, Raúl, Belén. Ana Enriqueta rompió la bolsa de agua, gritos, contorsiones, forcejeos, sangre, murió de parto, vomitó a su hijo, rígido, frío, se llamaría Bernardito. Y Ana Enriqueta ya nunca más podrá vender su cuerpo y su plenitud, ¡jea!, y mi madre con su espíritu flotando, con la lupa en la mano, me ha seguido paso a paso, huella a huella, durante veinte años: le conmueve la historia de este pedazo de carne humana que ella hizo y por eso vive, con enormes razonamientos misteriosos de terribilidad, una carrera contra reloj, dando espuela, preparando el salto mayor para escribir con la sangre de sus antepasados, en un prisma transparente, las facetas infinitas que descomponen mi vida. Nadie podrá olvidarlo.

Aún faltaba lo peor. En el sector norte el acero empezó a combarse hasta que reventó y estalló el epílogo.

Un padre trataba de revivir a su hijo aplicándole respiración de boca a boca en desesperado intento, y en vez de aire soltaba mariposas y murciélagos de colores. El horror duró apenas 20 minutos, pero ello bastó para que soltara 328 murciélagos y mariposas, si bien sobre la cifra no hay acuerdo.

La policía era el blanco de las pedradas, y en vez de vendavales vinieron lloviznas blancas muy finas, verdaderas ruinas humanas.

El Ford 65 era devorado por las llamas en los cuatro costados

y desplazándome...

desplazándome... pim bang pum... herido... no, rozado por el fogueo el espíritu deja de funcionar, se le impide desarrollarse

y los verbos abundan

y un sueño

tan poco real

convocó el advenimiento de santos y sonidos de trompetas y guerreros.

El primero es Chaín, el segundo Manolo y el tercero Hipólito Bracho, bien, vamos, la ZK es una ametralladora de fabricación checa, calibre 9mm, alcanza una distancia de 800m, pesa 7k, carga 30 proyectiles, sirve para matar a los humanos, pero también para defenderse de los humanos, por lo tanto es ofensiva y defensiva ¿verdad, Elena? Y seguíamos el entrenamiento hasta que después a Elsa le gustaba dormirse sobre mí, sobresaltada, espantando los mosquitos, mientras recitaba a Omar Khayyam. Ya la voz se me acabó, Elsa. Sigue. No puedo. Sigue, anda. Está bien, voy a contarte un cuento. El cansancio no nos agota porque no lo conocemos. Somos gente incansable de verdad. Brígida, Brígida tenía unos ojos grises, tristísimos, le daban el aire perfecto de una virgen que espera en el infierno el salvoconducto para trasladarse al purgatorio. Brígida era una loca, una tarde no fue babeante como siempre a buscar comida, la comida que pedía en nuestra casa. Machado cantaba con su cuatro y con su ron, y se volvió un desastre, volcó su cuatro y mató a Brígida atravesándole el sexo con un bastón de paraguas y a Rosa Aguirre le salió viaje directo de ida sin vuelta para el manicomio de Bárbula. La loca Brígida descansaba como una momia egipcia en la urna que le compramos con la caridad de los habitantes del barrio, porque para eso la gente sí es humana, para echar lo más pronto bajo tierra a quien molesta sobre ella.

Cuando el viento apagaba las velas de Brígida era yo quien las encendía, y por eso podía ver los ojos grises y la sonrisa de la boca, Brígida, dulce hasta la muerte. Y Machado se ahogó en el río. Y todos se fueron para siempre.

Trataba de ubicarse en espacios inexistentes o inexplorables, y por eso fue que conoció el punto que separa el reino de este mundo del interior de las sombras, para nunca contarlo, el negrito hijastro de Silvia.

Lo conozco perfectamente, caballeros, logré verlo en una oportunidad, una mañana en que gritaba que era inocente de todo lo que ocurría, y se acercó a mí con un revólver en la mano, “te vendo cinco kilos de mi locura”, y yo sudaba gotas de hielo hasta que por fin me soplaron, “la fuca no tiene balas, campeón”.

“El loco es todo un acontecimiento” –decían.

En un paraje solitario por completo fornicó con su hermana Iris.

Sólo los ojos de Dios se masturbaron.

Sólo los ojos del Capitán de las Alturas saborearon su sexo y las piernas hermosas de su hermana divina. El acto del amor lo hicieron detenidos, a gritos entre ellos, porque no tenían comunicación cercana y además porque a Papá Dios no le interesaba perder esta clase de espectáculos vespertinos.

“Pensar/ imaginar para ubicar/ ordenar la acción” –decía.

Y así es el asunto

Flotando se suceden

Sin intenciones de aludir escapatorias.

Hace veinte años que retornó a la vida para sentir el napalm en carne propia, las dimensiones planetarias;

desnudo, nuevamente desnudó todo el esplendor de su
Hermana, registró su espíritu,
Se inventó un verbo,
Herido con doble dolor en lo más hondo,
Para marcharse de aquí, de este mundo, desentendiéndose
de su locura, como todo un gran acontecimiento, el negrito
hijastro de Silvia, el campeón de los siete pecados capitales y
de la locura divina, como decía Raiza.

Te beso apretándote duro porque me ahogo, Julia, a tus dieciocho años mayor que yo, a tus convulsas piernas que se esparcen sobre mí, ¡un perfecto rayo de luz!, y este laberinto que lanza pompas de jabón con guerrilleros dentro, de todos los colores, clorato, pólvora, gasolina gelatinosa que nos hace caminar por las paredes, mortalmente incansados, capaces de resistir la refriega; es más; poner el pie izquierdo al frente, con la cabeza abultada, luminosa en la semi oscuridad. Y nuevamente nadar sobre tu cuerpo, Edipo, Julia, tocar como a un algodón ensangrentado ese ángel tuyo que habita treinta y ocho años bajo el ombligo, tocarlo, tocarlo y besarlo, invadirse de una aún inexistente sensación amorosa, amorosa y caliente, como nunca, convirtiendo las canciones en supremas perspectivas, espantando las moscas que revolotean en torno a nosotros, los dos, bañados de agua salada, calientitos, así para siempre, Julia, como dos animales antagónicos combatiendo hasta el final, fosforescentes en la oscuridad, hediondos, con cuatro días de muerte, nuestros cadáveres descompuestos, dándonos un beso con los ojos cerrados, los dos así para siempre, costras en el sol de medianoche, un montón de chatarra que quisiera ponerse a salvo, ¡pero no, no es posible!

Mi tía Ina se llevó sus noventa y nueve años, no esperó que le trajera los alfileres con cabecitas de colores, pero qué va, viejita, tengo el presentimiento de que no te harán falta, pues en los sitios donde los ibas a colocar tendrás gusanos, en tu cuello, en tu vestido negro, en tuis ojos; ay vale, poetica, tienes que aprender del método dialéctico, del indomable Ho-Chi-Minh, del centralismo democrático, uf, te falta mucho, campeón, la cuestión no es tan fácil como crees, mis amigos me dijeron: “Poeta, apenas tienes veinte años y ya te haces el abstracto”, ya no hay tripas ni ojos para los zamuros, la pavita que anuncia la muerte ya no canta, mis amigos me dijeron “escribe para nosotros, vale”, todos ellos me abandonaron, Roberto, el Gatico Amundaray, Susana, Olga, el Pirata, Cheo, Morronga, el Gordo Lara, Elena, Cachuchepeo, Carmencita, Julio, mi tío Carlos, que soltó su hígado en pedazos, mi prima Coromoto, que en estos momentos se reduce a nada, Pepe, Arastraguate, Pedro, Mejíaz, Rojit... y a mí solo me queda emborronar cuartillas para ti, lector desconocido, invisible, mi hermanito, para el color de tus ojos...

Una razón: aprender a vivir en su cuerpo muerto. Gertrudis conceptúa, se siente emancipada, otra cosa le salta a los ojos, tiene la sensación de que sigue siendo ser humano, como un encuentro que impulsó un desconocido, esto como un aspecto de ese estado de cosas que le otorgan su propio valor, dejándose enredar voluntariamente en sus propios encantos, sus ojos de gatos, perdidos, fuera de sus órbitas, se cierran, se abren, se cierran, hacen un gran esfuerzo por amar a la gente, por eso parecen escapársele a la mayoría de los demás humanos, y de pronto, de pronto se ve obligada a estar alerta capaz de destrozarle los nervios a cualquiera. Así es Gertrudis, vestida de medio luto frente al espejo, desde pequeña saltaba desnuda la cuerda, creció hasta deformarse y tener su primer hombre, cantando o lamentando sus días perdidos para mantenerse pacífica, sin perseguir ni matar. Se alza una barrera, atraviesa fronteras saltando a la ligera; hurgándose las entrañas, con el fastidio de afrontar un nuevo día, se arrojó de pecho contra el suelo como si tratara de sorprender al enemigo y desapareció tragada por la tierra.

El tuerto Don Chemane aparenta ser un monstruo sagrado ante el inminente ataque guerrillero, remata su mercancía bajo pretexto de “por motivo de viaje”, Chemane, él, Don Chemane, aspira a vivir más de doscientos cincuenta y tres años, aplaca su ira fecundando el vientre de su hija Betty, sus hijos son también sus nietos y desea ser padre de sus biznietos y así sucesivamente hasta formar una gran fila de sangre de su sangre; indudablemente que quiere ser excelente padre, el magnífico padre de muchas generaciones, el patriarca de su linaje, el todo, el único, su familia de la historia antigua y contemporánea, el Saturno que devora a sus propios hijos, el sexo liberador: frente al espejo, las imágenes juegan con su conciencia. Don Chemane, dibujado por George Rouault, con su único ojo, el ojo mágico, comercia hasta su propia sombra como poder de decisión sobre su destino y sueños interminables.

Todos tus enamorados te olvidaron; te herí, paloma, y allí estás, tendida como plástico al sol, buscando pesadillas, con un dolor terrible, dando codazos a todas direcciones; desde aquí, aquí, donde las orquídeas se embellecen del bagre cloaquero para enamorar a los insectos, en este sitio que explotará a su debido tiempo cualquier domingo veintinueve de mayo, iluminado desde abajo a través del suelo de vidrio, tu súbito movimiento en unidad de contrarios me ata las manos por la espalda a destinos remotos sin tiempo y sin espacio.

Había hace unos años una forma inventada en virtud de su peso natural, dispuesta tan pronto a reír como a llorar; aquello que llamábamos cuerpo fue una porción de huesos blanqueados, a veces amarillentos (entre leche y sangre) en el aire opresor. En principio no podía distinguirse entre un jarrón, serpiente, terciopelo, griego, turco, tendero italiano, judío o alguna otra cuestión, pero nunca fue pájaro ni llovizna que deja por la mañana el monte verdecito; comiéndose las uñas emprendió una veloz carrera, ¡corre!, abraza al asesino que difícilmente podrás reconocer y sumérgete en la ciudad de asfalto al tam-tam de los tambores en la noche y las rosas y la canción; sus dos ojos, dos bolsas de agua y sangre, entre la tumba, eligieron la sombra de un árbol para el descanso, pero después nada más pasó.

El viejo Alejo Martínez espera la salida de Ildefonso y el dulce sueño del perro lobo para entrar a la Funeraria La Moderna a forcejear con Edilia; esperan la calma, el aire estático, arrullan a los niños con canciones de cuna hasta dejarlos casi muertos, destapan uno de los ataúdes en venta y se adentran a hacer el amor como si no quisieran más nunca pisar este mundo, para destapar una mano al poco rato el ataúd y ambos salir pálidos, resollantes, sudando gotas moradas, los ojos fuera de lo normal. Y el viejo Alejo da carreras semidesnudo por el traspatio perseguido por el ladrido de los perros vecinos y la luna llena, o Ildefonso se prepara a disparar con sumo cuidado, frente al ataúd, esperando el amante se incorpore.

Tomó sus pantaletas y se limpió un poco el bajo vientre, las piernas en perspectiva destacaban el santo vello de los bosques frondosos de dios. Monja Clotilde, Sor Cleotilde, se santiguaba a cada instante en el sube y baja del acto del amor apartado a un lado los proyectiles calibre 38 que rodaban bajo su espalda; un par de ojos llameantes, furiosos, y otros pestañeantes, semi atemorizados en la oscuridad, empapados de sal, pegostosos sus cuerpos. Desde ese día no hubo en la tierra un acto de amor con tanta nitidez.

Las tropas ofensivas cambiaron los colores para joderle la paciencia al mundo entero. Al son de los ruidos se colocaron en fila india antes de que saliera el sol, entre ellos estaba Rodolfo Q., por defender el honor de su mujer, allí lloró y sufrió hasta su muerte, después de vengarse introduciéndole brasas encendidas por el culo a Ricardo K; y el sonido emergía de la fila ordenada que semejaba el infierno, la gente era el diablo hecho hombre, como mueren unos así mueren otros, Matilde W., chamita con filo burda, desperdigada por el frente y la retaguardia, sus huesos frágiles siempre en mis recuerdos, corta su falda en dos pedazos y lanza las piernas al aire, sus piernas rojo claro modeladas de manera extraordinaria se estremecen, el sueño tibio, intentan abrir sus ojos en el campo de concentración y comprenden el canto que nace en los aires hambrientos de los cuerpos heridos.

Cada uno cortó su cabeza y la colocó en lo más alto de los árboles para que las serpientes, las hormigas y los pájaros habitaran en ellas, jugaran, lamieran la sangre que chorreaba hasta coagularse y las costras que se desprendían poco a poco de la corteza con el correr de los días. Ciento veinte días después, cada uno bajó su cabeza y se la colocó nuevamente en el sitio correspondiente, discutieron acaloradamente a punto de irse a las manos, cantaron, saborearon mentalmente las verdades dialécticas, vociferaron gestos golpeando con el dedo índice el pecho del contrario. Ese día, Castillito, Adolfo Castillo, derramó una lágrima que le corrió por todo el cuerpo hasta llegar al dedo gordo del pie derecho; sus instintos metidos en el bulto de la espalda, conmovió con grandes calidades humanas a sus imposibles descendientes. Hasta el momento no sabemos por qué, ni si sus voces hablaron por sí mismos.

A pleno sol, en sus salones la penumbra, ahora no tengo sólo mis cuatro paredes, vivo con Elsa, mi mujer absoluta, tiene diferentes nombres para mencionar la pobreza y la miseria de los moradores de cajas de cartón; nos bastaba con el mundo que nosotros mismos íbamos a inventar, ella lo entendió, una vida sin nadie no podía ser su destino en un paraíso perdido. Elsa, el pájaro del amor, el vuelo de la fantasía, el último round, se desespera en su estertor, rascándose el cuerpo, fumigándose, dando gritos locos, corriendo hacia ninguna parte, con la conciencia afectada por sus ojos café, puros, sin fin, preparando el terreno y las situaciones para soltar sus pedazos de alas y que floten en el agua mezclados con sangre, iluminados por la luna.

Lourdes corrió el tiempo cristalizando su cuerpo-puerta abierta a la magia que permite realizar grandes empresas del espíritu y del conocimiento humano. Como un insecto brillante sobre el lomo de un loco, atrajo muchas miradas, muchos sueños de conquistas, los relámpagos, los truenos, el viento bravo, el frío, el sol y la mañana. Eso hizo posible llevar a cabo una situación de gran magnitud, en uso de atribuciones impostergables e intransferibles, la de mostrar una sonrisa de satisfacción un tanto incrédula como si todo fuera realmente un sueño y decirse “me basta con que sólo ella sea una dosis de aventura humana”. Con el fango a la cintura, durante nueve días en condiciones muy penosas, bajo la lluvia, la llovizna o la garúa, Lourdes es un ángel o un demonio monumental para los hombres de esta casa. Y para vencerla es preciso huirle.

Las calles asfaltadas, en todo momento signado por el principio de regresar, la descripción de las características físicas y la preferencia de vivir en la ciudad en abierto desafío, pistola Browning 45 en la mano y el raro instinto de comportamiento ante las fuentes de progreso, Samuel, dios de la selva, busca su ubicación a primera vista; Samuel, eminentemente, esconde su ruralidad entre sus alpargatas y su camisa floreada impuesta por nosotros “vamos vale, no seas capochó”; Samuel, tragalibros, el camarada único, dejaste tu pueblo, aprovechaste la circunstancia de un viaje tuyo a la ciudad y te tomaste estos terrenos hasta el sol de hoy; Samuel, a quien la mordacidad de nuestras palabras en el campo de batalla le cortaron su música.

Mi abuela me escribió una carta preguntándome cómo estaba de salud. Soñó que se extraía una muela y no le dolía nada. “Cuando una persona, querido Eduardo, sueña que se saca una pieza dental y le duele al sacársela, es un particular quien fallece; si no le duele nada, es segurito un muerto en la familia”. Mi abuela soñó, hoy hace cinco años de aquel sueño, sin que nadie haya muerto en la familia, y cuatro de que mi abuela no sueña ni siquiera despierta.

Todos los muchachos de la escuela se enamoraron locamente de Lourdes, su diminuta estatura respiraba hondo el aire más alto, era tan pequeñita que su presencia era tomada en cuenta sólo cuando gestuaba sus modales pequeño-burgueses acompañados de su vocecita apenas audible; en aquel momento se andaba con cuidado para no pisarla, y los muchachos eran los verdugos y Lourdes la víctima. Lourdes elogiaba mi interés por la vida cuando estaba frente a mí; a mi espalda decía: “el poeta es superfluo...”. Cuando Lourdes se cansó de la atmósfera, se marchó cantando las cosas más encantadoras de este mundo, con su garbo y su divinidad. Todos desempolvaban sus corazones. Y Lourdes se convirtió en verdugo. Y todos los muchachos en víctimas.

.

Tío Simeón sentado en la silla de ruedas mueve la pierna izquierda que acompaña su vida, lee en el periódico local “EL POETA ESTÁ DESAPARECIDO. PEDIMOS SU INMEDIATA LIBERTAD”. Tío Simeón muere estando yo aún en la cárcel; sacaron la pierna derecha, que le amputaron, de la caja donde él la conservaba como amuleto y la pusieron en el féretro. Un golpe seco de trompeta lo llama al descanso sin ninguna alternativa. Así se fue el viejo, con el recuerdo de haber conocido, a través del periódico, a su sobrino, el hijo mayor de Emma.

La historia es resucitada con vértigos de locura, sobrepasando la aplicación concreta de confiarse al campo propicio para el asalto. Fue así como a Arévalo se le hizo tristeza esta nueva victoria, usando la altura para hacer los disparos y subvertir la tranquilidad de la semana santa. A una monja que intentó dar la voz de alarma, la golpeé con la culatilla de mi brillante Browning 45 y sus penas fueron más leves. “Retírense, vamos, coño, las dos partes se reunirán el jueves, sí, en el sitio de Elena”. Mayita fue la sensación de la refriega, su figura, su bello rostro, su pelo negro muy largo, meciéndolo el viento herido, haciéndolo gris la pólvora quemada, su camión subido, colándose el viento por su pantaleta, oficiando como maestra de ceremonia, recogiendo proyectiles intactos en el suelo, tropezándola la gente que huye de la revuelta; Mayita, para llegar al sitio primero que todos los demás, para presentarse con unas breves y encantadoras palabras a la primera parte del sacrificio y después llorar abrazando la idea bajo el sol implacable y viéndose rodeada de pronto por los cuerpos sin vida de los compañeros.

- 7.00 p.m. Florinda sale de su casa transistor haciéndose la desaparecida, “mis padres no me han visto salir”.
- 7.10 p.m. Sienta su cuerpo de espuma de flores en el terraplén. Escucha música.
- 7.20 p.m. Llego. Me siento a su lado. Nada más sobrenatural que el amor de Florinda, sus trapos interiores pegados a la humedad del suelo.
- 8.45 p.m. “Florinda, Florinda”, la llama su madre. “Es hora de acostarte, primor”. Mala leche, primor.
- 8.50 p.m. Besos profundos, profundos.
- 9.00 p.m. “Hasta mañana, Eduardo, me voy por tiempo interminable, con lágrimas en las venas”. Hasta mañana.
- 9.05 p.m. A mirar fijamente el sitio vacío, donde estaba Florinda, durante diez minutos.
- 9.15 p.m. A emborracharse de entusiasmo. Mañana será otro día.

Florinda sentada con sus doce años de edad, “te quiero, Eduardo”. Y abría sus piernas, la blancura de su prenda interior señalaba su bultito así como un azul grisáceo en toda la perspectiva de sus piernas, bajo el ombligo, en todo el centro que conjugan las virtudes de sus carticas de amor. “Si te vas estoy segura de que una bala me reemplazará en tu corazón”. Y forcejeábamos con el revólver. Florinda, adiós Florinda.

Aburre mucho oír las narraciones de Elsa, ver su aspecto enfermizo, prematuramente excitada por emprender la marcha, ya que se trata de su casa que se halla en ruinas. Después vendrá a contarme el resto de la historia

con sus ejercicios de profundidad en la tierra

su levitación

y su canto al amor

a la supervivencia de sus dominios

en eras imaginarias.

Los Conopoima se parecen como una gota de agua a otra, y con los ojos tan desorbitados que tuvieron que recogerlos del suelo y colocarlos en sus puestos, me vieron acomodar de varios golpes en el Volkswagen azul.

Como resultado de todo eso, Willy logró eliminar al teniente en la fiesta de Burgos en un fallido intento por repartir su secreto al dulce cuerpo de Omaira, y todo pasó a segundo término.

VIAJE GRATIS A COCOLLAR. SOLO NECESITA SUBVERTIRSE DESDE ALGÚN TIEMPO INMEMORIAL.

Pacheco golpea al estómago. Icaro, la espalda. Izquierda de Pacheco, jab de Icaro, gancho de derecha de Luisito, izquierda, derecha, recto ¡uf! Nuevamente jab, gancho de izquierda al hígado ¡oh! se cayó... Luisito me mete los dedos en la boca y comienza a estirármela y, já, el poeta no aguanta, es muy flaco, capitán. Tú sabes algo. Yo no sé nada. Dale papel y lápiz, que escriba. Anda. Endúlzale la humanidad y amárralo al Árbol de la Hormigas; ¡no, hombre, no lo vendes!, así verá el desarrollo de su muerte poco a poco, poco a poquito, ¿okey? Espósale también los pies, tírale los espaguetis al suelo y que coma, ya. Anda. No puedo. ¿Acaso tú no eres un cochino, perrueldiablo? ¡Vamos, coño, come! Mira qué bonito está el cielo. Te vamos a traer pintura para que pintes la tarde, poeta... Yo me quedo con el cuadro. No, el paisaje es mío, ¿verdad, capellán, que va a ser su cuadro mejor? Váyalo confesando, padre, ja, ja... mire, padre, a propósito, ¿a ud. no le gustan las burras?... mírelas, qué hermosas se ven. Pues, sí, hombre, cómo no me

van a gustar, sobre todo cuando se está de verano en el monte; además estoy que ardo. Pongan al poeta a hacerte el amor a la burra de manera surreal. Ja, a este poetica lo vamos a matar. Capellán, ud. peca, ja, ja... Mire, el Coronel Lozano le trae de nuevo sus nervios, se los va a devolver. Déjenlo para mañana, ¿de acuerdo?, mañana habla. Déjenlo por hoy... arrancándome la barba con su tic nervioso... déjenlo para mañ... ¿okey?

SIGA VIAJANDO GRATIÑÁN. VISITE LA PICA, SOLO NECESITA OÍR LA NARRACIÓN BOXÍSTICA DE LOS BOSQUES SILENCIOSOS EN COCOLLAR.

Es como someterse de pronto a los rigores de la soledad, con el corazón apretado oír cuentos fascinantes de azules, verdes y violetas en medio del festín, y de pronto, oh, de pronto con el pie sobre la garganta echar al viento las malas palabras haciendo gestos en múltiples combinaciones, dejar caer la cabeza monstruosa en estado de pecado escupiendo entre los dientes.

De allí que el Capitán Salvatierra fuera a buscarme con sus tropas, y como los hombres se habían escondido en las cuevas, a las mujeres y a los niños les dió duro. Y todo porque Pacheco Saher se ha emperrado en quedarse con las tierras del Río Guajua diciendo que es el bárbaro Atila, que por donde pasa mueren los hombres tres días más tarde, disecados.

El Capitán Salvatierra quiso reducirlo todo al orden arrojando a Luis Hernández al fondo de un barranco, y por eso fue que a los Conopoima se les cayeron los ojos cuando caí de varios golpes en el Volkswagen azul.

Mi vecina Carmen, mujer de Rubén, se baña sin nada encima; tres pelitos vegetales de Gustav Klimt dibujados de azabache le salen por debajo, hermosos, y el agua se los hace florecer interminables bajo la intemperie.

Entre mostradores y medias y faldones de modas, Elsa, rosada, en la vidriera, la sonrisa petrificada por la muerte de su hijo ahogado por talco, pañales y escarpines ante las miradas detenidas, los gustos *snobistas* y las grandes ilusiones de consumo de las transeúntes.

Cahíz, frente al espejo, el revólver colocado en la sien,
murió al amanecer cantando viejas canciones.

Acude nuevamente a sus recursos interiores: Elsa, con la boca llena de espuma de colores se convierte en un *boomerang* y con el reino de dios sobre la espalda regresa de cuatro días de fiesta, recoge una implorante paloma herida y la mata cruelmente torciéndole el pescuezo ensangrentado.

Elsa exhibe en las vidrieras sombreros y ropa interior de
último modelo
me quito la boina negra
le sonrío
la saludo
y apresuro el paso, firme.

Como un tiro de gracia en torno al verbo, dejas caer, con brutalidad y peso animal, el sueño y el ardor de tu sangre en un pedazo de papel *toilette*.

A Elsa le dijeron que muy pronto desaparecería de la faz de la tierra, y amaneció mirándome fijamente en el espejo, con siete meses de embarazo y absurdas existencias, sus piernas llenas de várices e imágenes en la idea de lo que podría ser esta próxima muerte.

Elsa desempolva sus ojos café, vestida con una larga camisa de hombre ceñida con alas de papel; permanecerá así hasta la muerte.

Se jactaba de haber embalsamado ciento setenta cadáveres; Temístocles abrió sus párpados en la morgue del hospital y por eso le expresa un profundo amor maternal en alguna etapa de su carrera venturosa dentro de la muerte.

Es asombroso ver cómo Elsa juega con la muerte, incendia su casa y rodea con flores las cenizas de las ruinas, “al paso de los jinetes del Apocalipsis”, según ella.

Profundos, todos giran en torno al amor que los rodea, saludan “buenos días, queridos humanos, mis semejantes”, y sonrías a tu Elsa y de pie, glorificados... plim... plús... despiertas de pronto frente al cartelito “Pabellón W-Número 3”.

“Te traigo el informe” y te desplazabas, sudabas; exprimiste
tu seno izquierdo, sacaste el papelito tranquilizador

“allí está la totalidad, después te doy el revólver” pusiste
tu imagen en el espejo, acomodaste la liga de tu pantaleta,

mientras yo

te esperaba

incontenible.

Elsa nunca supo cómo apareció de repente en la tierra ni cómo llegó a conocerme.

En sus últimos instantes trabajó con tenacidad increíble un poco de historia, rescatando reflejos de otra realidad, para narrármela con una lentitud espantosa que me desespera cuando la recuerdo.

Iván me contó que Julia, mi novia y camarada de combate de otro tiempo, se acostó con su niñita de 16 días de nacida en la hamaca para amamantarla y se quedó dormida, y cuando se despertó vio que estaba rígida, presumiendo que se asfixió mientras ella dormía.

Y Julia, mi princesa de amor, se cortó las venas e hizo de su cuerpo una fogata para ahuyentar los mosquitos que molestaban el cuerpo de su hija muerta; su piel asada de muchos colores, sus muchas heridas, tenía música que yo compuse cuando estudiaba; y su cara asustada se levantó de entre los muertos lanzando un golpe como loco que contenía nuestras viejas historias. Julia. Ella misma. Julia, el amor.

Eduardo duerme con el ojo fijo en los recuerdos, adicto a la fusión de vocación y presencia, dejando transparencia del aire mudo que respira cuando pasa la música, ¿qué culpa tiene todo? Bienvenidos, bienvenidos a mi columna de combate, camaradas, ésta es una lucha a muerte con los colores morados de mi celda. Los guardias me saludan con todo honor, una patada al estómago, uf, un golpe de kárate a la mandíbula, un golpe directo al esófago, oh, las moscas encienden mi cuerpo veinte minutos después y se me borran las lágrimas de un sople, corazón que te guardó de las iras divinas.

Colocaba sus puñitos pegados hacia el frente como en el instante de una confesión, “buenos días, profesor”, yo le besaba el ojo izquierdo, ella pestañeaba el derecho y ponía a temblar su cuerpecito número uno para violín y orquesta de Juan Sebastián Bach, fabricaba mis molotov en silencio, y ella sentada en el piso captaba cada uno de mis movimientos.

Acostado con las manos en la nuca y las piernas cruzadas lees el cartelito sobre la puerta de la celda: “Pabellón W - Celda N° 3”, cierras el ojo izquierdo, lo abres, cierras el derecho, lo abres, cierras el izq... así... así... interminablemente... cruzas nuevamente las piernas cambiándolas de posición entre abrir y cerrar de ojos, escupes entre los dientes hacia arriba y la saliva te cae de regreso sobre el pecho, revuelta con el cielo, exorcizando a tus semejantes, que al momento te parecen doblemente queridos...

Ahí está Freddy, plaff, suelta las mariposas, y el puño de Iraida va directo al mentón; desde el suelo, ensangrentado, Freddy ve alejarse las maripositas verdes, azules, rojas, anaranjadas, amarillas, “Auristela, mira lo que ha hecho Iraida”. “Nunca más podré atraparlas”.

El catire Freddy desde hace años colecciona todo género de animal, perros, gatos, comadrejas venenosas, etc., Auristela espera al hijo sin saberlo procreado. Ambos mueren enamorados, Iraida soportando la animalidad de Freddy, él espiando con una lupa, ráss, el vuelo de los colibríes y los saltos de las ranas cantarinas,
con su clara convicción
y su profesión de fe.

Pepe vivía solo, su mujer Juana era un maniquí, sólo pronunciaba una palabra: “café”.

Pepa reía a carcajadas de su vejez equidistante de los peces, de su corazón sin ruido. Otro lugar recobró el cuerpo, el maniquí, su mujer Juana.

Con sus ojos muy distantes, Pepe nuevamente se quedó solo, en luna de menguante, mecanizado,

y por su creencia en la superioridad del macho,

Pepe, el pescador de sus dominios,

sólo lograba éxitos cuando echaba el chinchorro al mar.

“El problema es descubrir la clase de ese universo” y José del Carmen Rojas (alias) Nocomecuento hablaba de la muerte como de cualquier tarde pegada a sus ojos, hasta que se metió por fin dentro de él, camuflada de veinticinco balazos.

La cajeta de leche Klim llena de libros viejos y cucarachas fue lo que recibí de su herencia:

allí estaba, su sangre espesa, su cuerpo agujerado, recargado de plomo, el doble de su peso, allí estaba Rojas muerto, en el ataúd, Rojitas,

y así fue como comencé a leer los trece capítulos de Sun Tzu.

Y cuando murió mi tío, tirado en el piso para inyectarle formol, sudaba, rígido, rodeado por los cantos ceremoniales de los curas. Abrió los ojos de pronto como si se tratara de una de sus tantas borracheras.

Mi abuela se lanzó encima del cadáver, besándolo desesperadamente.

“Eduardito, cuando yo muera, di que fui a reunirme con el tocayo Marx”

—dijo.

Yo lo miraba fijo, la gente pasaba a verlo y, curiosa, me tocaba para cerciorarse si yo tenía los pies sobre la tierra. Elsa consolaba a mi madre reviviéndole imágenes en su memoria.

Eso ocurrió hace cinco años y a mí sólo me queda, borracho, contar los cadáveres, sin pensar en el tío perdido, ni siquiera que existo, ni aún seguro de haberme visto antes realmente.

Florinda comenzó a maquillar sus doce años, echó colores infinitos a sus ojos, su boca, pestañas y cejas para lucir en la puerta de su casa cuando yo pasaba; su rostro era un cuadro de Van Gogh, sólo que le faltaba colocar una manzana en la punta de su nariz, apuntando al cielo, desafiando al infinito, para ser un payasito o un animal de feria con toda su tragedia. Pero te quedaba hermoso, tu carita de pierrot, mi arlequín, mi mascarita, mi tiernita, te amo como matar un rruiseñor peligrosamente hermoso donde Elsa ocupó tu lugar y el cuerpo rosadito como flores sobre tu ternura.

Este planeta da lástima, no toma sol, ni se refresca al aire, ni se va de weekend. Sus seres nunca han sido tranquilos, se emborrachan de amor todas las mañanas y todas las noches y no dejan dormir al vecindario. Hay denuncias en su contra. Por ejemplo, Zosma, Orión y Saturno se arrojan con tal de escapar y salvar sus vidas. Y entre los astros compacta Cornelio Alvarado, su rostro de bongoncero cubano, nebuloso en el infinito, lleva la muerte por dentro, le suena como maracas y arpas y timbales y trombones.

“El poeta es fanático, ve la mujer desde el punto de vista social, observa sus costumbres, sus gestos y juzga” –decía aquella campeona.

Ella, el as –sus ojos tenían un profundo silencio de serpiente y terciopelo, como huyendo de su propia muerte. Cuando había algo coloreado frente a ellos, se volvían extrañamente asombrosos, inexplicables, profundos y certeros, extremadamente continuos.

A ella no la podía calificar.

“Las confesiones del poetica verdaderamente son actos de Sifontificación” –decía.

Una muchacha azul, y azul el lazarillo de su padre ciego, hacía el amor con limpiabotas a la orilla del río. También fui a poseerla. Sofocada de entendimiento y amor, con su olor a azufre y cenizas de las ruinas de su cuerpo, manifestaciones, desconocido, te quiero, llévame a tu casa, amor, me rechazas, ¿no? No me tortures, te amo, Eduardo, ¿no?, qué momento, aquel cuerpo de sirena despide colores y luz y amor y amor. Y con sus dos muertes anda de prostíbulo en prostíbulo, quizás te recuerde, amor. En definitiva: todo gira en torno al combate, amor, ¿no?, fatal, sin motivaciones suficientes y el máximo de probabilidades para amarte, camino de supervivencia o ruinas, ¿no? Isabel, ¡Isabel!

Esta es la última voluntad, una canción de cuna para hacer en brazos del último sueño; esta noche, esta noche se muere la puta Rafaela, me acuesto a su lado como si fuéramos a hacer lo de siempre, me tapo la boca con algodón, porque cuando sueño hablo dormido y de seguro voy a interrumpirle su sueño de muerte, ese estertor que tanto anhela, vehemente, en el Bar La Chunga, como ella quiere. Aquí nací y aquí muero, mi pequeño. Cántame una canción de cuna, viejo, ¿quieres? Y la muerte la alzó con plenitud.

Con la cabeza inclinada, masticando chicle, pegada al cordón umbilical, la placenta de su madre a modo de blusa de *nylon*, el personaje de la esencia suspendida se llama Elsa, su mirada sigue un papel, una pluma o un cabello en el aire, y tiene una larga e interminable historia que contarme; la carnosidad de sus ojos asomados de espanto me buscan, horrendos, por todos lados, y no me encuentra en ninguna parte porque estoy pegado a su pedazos, temblando de miedo, con ganas de lanzarle un *uppercut* para rematar su equilibrio y luego besar su carne como a una flor, desesperado.

Cuando niños, Cheo, Iván y yo, matamos tres gallinas blancas en la vega del musiu Blas, que todavía nos persigue por los bosques de Cruz Verde y Mesones después de once años. Nosotros, que perdidos en el monte con nuestra hambre y nuestra sed lanzamos nuestras flechas al río; nosotros, que con nuestra hambre y nuestra sed nos bebimos la sangre todavía caliente de las gallinas blancas que luego le cambiaríamos a Gabina y de luna llena, las tres gallinas blancas, sin sangre, sin vísceras, con sólo el plumaje y el aire sonante que llevaban por dentro.

Humberto se retrae en la evocación de los guerrilleros muertos y las batallas perdidas, toca todo lo que ve para enterarse de que existe realmente, toca de nuevo para ver si no se miente él mismo y pone en circulación sus gestos, cierra los ojos olfateando un olorcito a niño recién nacido y siente sus viejos huesos que yacen bajo tierra, lee lo que escribió hace dos minutos: *había algo extraño que no me he podido expresar, había algo irreal en todo lo que me rodeaba y también en mí mismo, sin embargo no tenía forma de sueño, parecía como si fuese el último de los días*. Y después Humberto ve que las marcas del cuaderno son borrones de tinta y saca el pulverizador para el asma...

De regreso al antiguo barrio me refugié en Los Tres Puntos de Soa, sin edad, inmortal. La Madre Vieja que abría sus bosques de repente, que por siglos solía bañar el mar, hoy está seca; allí nos bañábamos Iván, Olga, Cheo, Marucha, yo, Gabina, Sonia, Pedro El Monstruo; pero ahí ha vuelto a elevarse y otra vez está seca, allí, donde encontraron a Susana, cuya muerte había sido certificada oficialmente y mostrando los dientes demostró que su corazón aún tenía actividad. La Madre Vieja, irrepitable, que entre otras cosas hizo florecer el amor al derramar sus aguas.

Y he vuelto. Soa, en la cama, se destaca por sí misma en una forma como no lo había hecho ninguna otra en mucho, mucho tiempo, salvaje, irresistible, de treinta y cuatro años de edad; Soa regresa una y otra vez, Soa. Despierto, los ojos pegados en el techo, bar Los Tres Puntos, escupo entre los dientes, Soa, sobre mí, respira acelerada como un ave en degüello, sus tripas incontenibles, le obsesiona la idea de que los hombres lleven el nombre de su padre.

EL CUARTO DE LOS ESPEJOS /
ELSA Y LAS TRANSPARENCIAS⁵
(1971-1973)

5 De: *El cuarto de los espejos / Elsa y las transparencias*. Editorial la Espada Rota. CONAC. Caracas, 2005.

*y así ocurre que alguien dice su palabra, pide su castillo sangriento
exactamente en mitad del hueco que el ángel ha abierto en el sonido.*

JULIO CORTÁZAR

Se levantó, se estiró un poco la chaqueta y entró al cafetín de la china Leo a tomarse un jugo de limón; allí Sam escuchó con detalles la información de cómo fue hallado su cadáver; de inmediato se tocó, se tomó el pulso, se puso la mano sobre el corazón para asegurar las palpitaciones; sin duda alguna, existía aún. Se devolvió a su casa, puso una bolsa de hielo sobre su cabeza, tomó un plato de sopa caliente y se sentó a leer los diarios, en la primera plana estaban las fotos del asesinato; una flecha indicaba el lugar donde fue hallado su cadáver. Palideció. Se desmayó. Volvió en sí. Releyó la noticia y vio una descripción detallada: tenía 24 años aproximadamente, pelo castaño, ojos pardos y un lunar en el bíceps derecho. No había equivocación, era él. Lanzó el periódico contra el piso. Se miró largamente en el espejo, se agarró el cuello con sus propias manos y se lanzó varias veces contra unos lingotes de acero hasta quedar bañado en sangre con el cráneo destrozado.

La luz llega, desde los cuatro puntos cardinales, capaz de variar e intensificar la relación de la imagen con el control de los nervios; en las aceras, tibias huellas de sangre. Con los zapatos y las camisas rotas tambaleamos, escupiéndonos unos a los otros; hemos decidido abandonar la tristeza porque el sacrificio colectivo nos dejó en la más completa serenidad. La luz se hace más intensa; he tomado medidas radicales, saco mi revólver y disparo a todo el mundo, incluso a mí mismo, pero todos seguimos impávidos, riendo, alejándonos a grandes zancadas del lugar de los hechos.

Escupir sobre los vidrios por no dejar y soltar saliva entre los dientes sacando la cabeza por la ventanilla del bus es una nueva manía que ha caído sobre mí. Camino mirando las nubes, me caigo, me incorporo, sigo feliz, silbando, escupiendo vidrieras y micas de relojes-pulseras de los transeúntes. Me golpean, me vuelvo a caer, me reincorporo, reanudo el camino, silbando, toco nalgas y senos de señoritas y señoras, avanzando muy señorial entre soplamocos y puntapiés. Me adhiero a una marcha militar con furia de trombones y bombardinos, camino cerrando los ojos, me eliminan de la fila. Hasta que alguien sin el volante entre las manos, frena, se baja, tira la portezuela, me maldice, vomita el bofe sobre un montón de escarcha, veo un hilillo de sangre que corre vertiginosa. Y ya no recuerdo nada.

Elsa se liberó de su forma, estuvo dispuesta a la agonía de sus antepasados, dibujó un círculo en el techo, dio un paso, dos, tres, cuatro, perdió el equilibrio, cayó, se rompió la crisma, se apoyó en un cuadrante, se quitó la pantaleta, se limpió la herida, se liberó de su forma, estuvo dispuesta a la agonía de sus antepasados, dibujó un círculo en el techo, dio un paso, dos, tres, cuatro.

Sam se cojió a Djamila y el padre de ésta de un machetazo guarda la cabeza-trofeo de Sam en una bandeja de plata. Sam puede pasear sin boca, ojos, oídos, párpados, tomarse unas copas en el bar, sentarse en el parque del este; sólo tiene dificultades para cantarle canciones a Djamila y conservar amigablemente con el padre, después de las serenatas.

Shhh, oigo pisadas. Y si el enemigo viene a dar el golpe a media noche para apoderarse del arsenal, molotov en mano tendré que impedirlo de una vez por todas y saltar en fragmentos con mis vuelos previstos para alterar el orden del toque de queda más rígido que se haya conocido y como un desertor, abandonado, mis pedazos volarán durante horas y horas sin fin, aprovechando los apagones de luces, y Romelia, tranquila, sin ruido, cierra el ojo izquierdo y luego el derecho, ahora si entiende por qué sus seis hijos, el centralismo democrático, el abandono de su esposo bígamo, el cielo raso y la cuarta internacional, ahora si entiende por qué mi mala sangre y el cielo raso. ¡Qué! Córdame eso ahí. Apágame la luz despacio. Y punto.

En mil novecientos sesenta y pico no hubo febreros ni octubres que yo no estuviera aún en tu memoria y la tierra temblara bajo tus pies. El verde ejército salió a rastrearne para aplicarme la sentencia de muerte, pero tú me ayudaste a huir y los dejaste colgando en el aire, con fusiles y todo, já, para luego venerarte con mi silbido y el estampido de mi FN.50 cada vez que algo se movía en el monte o andando de un lado para otro disparando entre lluvias de balas. El capitán Vegas sangraba de pura rabia, dopado, mandándome al carajo. Este es mi deber, huir, aunque sea muerto de susto. Ahora, yo me arrodillo, beso la tierra y te respiro profundamente, Romelia, porque a lo mejor crees que en este momento mi carne está podrida en el monte.

Merly con un grito prolongado dentro toma su vino maléfico, su aspecto es de una muerta cargada de crímenes; en este momento tiene un pedacito de hielo dentro de la concavidad del ojo derecho; sólo le quedan las cenizas de su voz ronca que oí cualquier día, pues, lo que ocurre es un abismo, alguien guarda una bala para matarme, y ella, já, já, já, predestinada, casi siempre bañada en sangre empieza a querer mis ruinas.

Elsa se mira fijamente en la superficie del agua, se marcha a su cuarto azul, rojo y anaranjado, la sigo, se desnuda, musiquea frente al espejo hasta que se da cuenta y retrocede presa de terror sin hallar por dónde salir; ve mi situación, da siete zancadas y media, me toma por el cuello, me clava sus garras y, aagggrrrr, me desplomo totalmente descuartizado; cuelga en un clavo mis pedazos de carne viva y los examina con una prisma en un rayo de sol.

Entro al cuarto de los espejos cóncavos, planos, convexos, etc.; me veo enorme, silueta, inabarcable, casi nadie, diferente; reúno varios nombres desde el principio, los barajo, muestro todo eso en el aire fresco, Edna

me figuro que

los ojos asombrados de ese caballo

son tuyos

desafío el lugar, pego la cara a los espejos, mi sangre cae en hilillos, la de Francisco, Pedro, Zenaida, Sam, Mercedes, Juan, Ana Mary, Elsa, Guiomar, etcétera, etcétera; vuelo sobre la ciudad, caigo en el centro del ring, es el último round, estudio mi sombra durante un minuto, izquierda a la cara, jab de derecha a la nariz, gancho al estómago, derecha, cambio de piernas, izquierda, derecha, ¡se fue contra las cuerdas!, ¡cayó sobre la lona!, sí, gané porque tengo dos tigres en los puños, un saludo al barrio donde vivo, un beso a mamá, la bendición a papá, saludos a la nena, es todo, gracias, puf, puf.

Frente a mis ruinas alguien canta una canción, una canción después de mí, del vacío infinito, es un cuerpo sin luz, con un hueco, semejante a un cuarto abandonado.

Encendiendo un fósforo que iluminó su rostro lleno de terror, el viejo Lemus quedó boca arriba completamente rígido, los ojos desorbitados entre sonidos diversos y juegos de luces de los anuncios comerciales de la gran avenida. Ahora la vieja Haydée reza: “Lemus mío ¿por qué me abandonaste? Nohemí, hija mayor, embarazada, llora inconsolable, acariciándose el vientre. Rubén, hijo mediano, en medio de la sala, bailotea tirando jabs, mira mamá, en lo que yo agarre a los criminales, pum, pum, paf, mira, mira, así, así no más, zuas, zuas, pum gancho de izquierda, mira, cambio de piernas, así, así... Y Oswaldo, hijo menor, frente al espejo, con los ojos manchados de sangre, escucha trozos de Albinoni, retirado de todo cuanto está ocurriendo a su alrededor inmediato.

Dentro de algunos minutos todo estará decidido, sí, éstas y otras parecidas reflexiones me hice algún tiempo al tomar mi navaja de afeitar y, zuuaaassss, abrimme el cuerpo de un tajo para cerciorarme si tenía algo por dentro. Reconozco la situación, doy un paso, en el aire, equilibrado, implacable, perfecto y, aahhhh, olfateo por última vez lo que un día fue mío. Los vientos del sur me traen memorias de la infancia, aquella mujer desnuda sangrando, sí, allá los locos cantan raras canciones con sus labios morados, allá se pierden los sentidos, ya no hay flores ni animales ni piedad, allá es el sitio, especialmente donde Elsa y yo jugábamos de marido y mujer, donde mean los sapos, donde los borrachos caen abrazados a sus botellas. Y ahora, mi historia con sus huellas y sus borracheras están condenadas a desaparecer muy pronto de la faz de la tierra. Yo me multiplico, cada uno de mí se tapa los oídos con los dedos índices y esperan su propia explosión.

Y Merly brilla en la oscuridad su ojo de vidrio, el rayo violeta se funde en vapores esperando un pedacito de iris, a poca distancia, para recurrir a la crueldad más horrible de su fantasía.

Con un hongo sobre el párpado izquierdo, en el terraplén, en el terreno de los indios, Sam, para mejorar la puntería mata a un colibrí, riega el fusil con la sangre y se traga el corazón. Acto seguido saca una pistola, la vuelve contra sí mismo y dispara.

Los cadáveres están sepultados verticales, rojos, amarillos y violetas extraños en el aire podrido. Un sapo me a una flor, lo pongo en la mira de mi fusil y ya, está listo, petrificado. A unos treinta metros del combate, el ejército enemigo encontró la cartera de Froilán, tirada entre unas piedras; por eso pudieron identificarlo fácilmente. No te preocupes. Sé firme. Sin temerle ni a la tortura ni a la muerte. Hoy estás entre los más bellos sonidos de las montañas, avanzando entre nosotros, llevando dentro tus propias orquestas con esa influencia que ellas encierran ¡enorme! Hacia el oeste, a unos treinta kilómetros de la carretera de Ojo de Agua, y el frente está en buenas condiciones luego de unos pequeños bombardeos. En la actualidad, el cuadro ofrece otros colores. Tenemos 20 años. Jamás moriremos.

El secreto se revela con el sonido de estas viejas monedas desenterradas. El sonido al fin está aquí, así aparece, con tantos de segunda muerte mientras Elsa y yo nos revolcamos por la arena de esta playa silenciosa, estival, buscando algunas otras monedas angustiadas por el moho y la sal, persiguiendo estrellas lejanas hasta que la vista no puede más y quedamos completamente ciegos, palpándonos el sexo, tratando de encontrar nuestras propias direcciones hasta que los ojos de ella vuelvan a la normalidad y los míos siguen completamente muertos. Podemos entrar en el mar, dentro del agua pasarle el falo quemante por sus piernas doraditas como alas desprendidas para que se sobresalte, por eso o porque yo estoy ahogado en el fondo del océano o dios tiene boca de mierda al no recobrarne la vista, desesperado con estos juegos fatídicos. Pero no es así. Estamos sobre la arena, escarbándola, tocando monedas de piratas, conchas de crustáceos o caballitos de mar, muertos; sus manos blanquísimas construyen castillos de arena. El amor resplandece y muere al instante, un sonido que aturde se levanta ultraprofundo como el vuelo pesado de las moscas verdes. Olvídate, Elsa, voy a inventarme otro oficio, me comeré las uñas, reconstruiré estas monedas o le buscaré un nombre a tu mala memoria y a este pobre destino mío. En esta arena que tomo en mi puño y voy soltando poco a poco, tú: una mosca muerta,

yo: un amante ciego, que permanecemos absurdos para siempre, con algún intento de suicidio, retando al vacío, a las monedas deshechas con sus colores extraños, a los espejos profundos. Total: cero. Y allí estamos.

Y al final de la batalla se desdibujó mi rostro. En el cuarto reflejado me limpia un poco la pólvora quemada. Un espejo me miró: cuerpo arrugado; le pegué un tiro atrás. Otro espejo me miró: caja torácica inconexa con brazos y cabezas; le escupí. Di vueltas en el cuarto, oriné, haciendo letras con el meado. Salí a la calle, escupí en el suelo y el polvo chupó la saliva. Desesperado me lanzo a tierra, lamiendo el suelo con la lengua para que suene la música y, allí está el sonido, extenso, fuerte, contra impulsos suicidas, casi oculto, determina mi forma, y los ojos dan vueltas rápidas moviéndose en todas direcciones.

Un actor saluda a su público, inclina la cabeza, se lleva la mano al pecho y luego se desplaza por las tablas... Señoras, señores, nos señalamos con los dedos, tú eres tú, él, somos objetos, figuras, formas y andamos alrededor de nosotros mismos, repletos de amor loco, a traspiés, nos caemos, nos levantamos... El actor sacude su epidermis y lanza fuera del escenario sapos y flores que habitaban en su cuerpo, ante las huidas despavoridas y los gritos de horror de los espectadores de alta alcurnia.

Sam viajó más de cien kilómetros con las vísceras afuera, luego de ser atacado a bayoneta por un tenientico del ejército, hasta que las ratas lo invadieron causando música en su cuerpo, marcadora de un hito en el progreso de los siglos, en el curso de la historia.

Merly mastica los cuerpos de sus hijos recién nacidos y escupe la sangre para alimentar los pedacitos de colores, metiendo la cabeza en la pecera, mirando a cada uno, cómo cambian sus colores, intermitentes.

El pobre Samuel Rojas se introduce en la composición estática-dinámica, con unos lentes de contactos dizque busca el volumen total de la luz; se le partió un diente, se cayó al río, lo mordió una serpiente, sacó un pañuelo y dijo adiós, el pobre.

Ahora, estoy listo para correr, frenar, volverme y gritar pero me quedo en posición de carrera, estático, como un caballo de hielo, ultraprofundo.

Betzabé, Sam, el Chema Saher, Elsa, Juan Chacón Lanza, Aida, Acacio, Guiomar, Djamila, Luis Olano, los espíritus de izquierda en desbandada y otros más penetran en la contienda, se mantienen a raya, en la línea de fuego, olores a carne humana quemada, tareas de logísticas, pólvora y sudor en el conflicto de las interpretaciones. Cuerpos a cuerpos. Alguien es tomado luego de un intento de suicidio y escondido en una trinchera para hacerle juicio después; nueve de marzo de mil novecientos sesenta y cuatro; estoy azul violáceo, la llovizna trae un derrumbe de amores, señas y contraseñas. Mercedes está vacía. Lanzo una granada y soy yo mismo quien me alcanzo; errando, dando vueltas, un salto, un largo aplauso, un beso profundo de María Mercedes. Fui aniquilado sin pronunciar una sola palabra, Mercedes está aferrada a mí para obtener cierto apoyo en un volumen y espacio real, cuerpos divididos en dos, tres, veinte pedazos. El sol entibia, infla y revienta los cadáveres bajo la refriega, zigzagueos, tatuajes por todos los cuerpos, lirios, nombres de mujeres, iniciales, amor de madre, serpientes, mujeres desnudas, águilas, anclas, nombres y apellidos, recuerdos de San Sebastián u otros lugares, Wall Street, Sheraton, dando carreras el siglo XX por dentro y por fuera y los cantos victoriosos del profeta armado se desplazan en medio de una batalla sin fin.

La imagen de Irama es un misterio azul, verde, siena y naranja; hoy la veo con los ojos cerrados y me asfixio en la blanca luz de su interior; su mano toma la mía, se extraña del revólver y se incorpora transparente fuera de la cárcel.

Con la profunda concavidad, Merly buscó su ojo de vidrio para rellenar el vacío: el deseo la martirizaba pero los gritos no salían de su garganta; sin embargo, pudo ver que un grupo de niños, entre ellos Orlando El Furioso, su hijo mayor, jugaba metras y en éstas su ojo se desplazaba chocando en carambolas. De rabia, le tomó entre sus manos para realizar la ceremonia como con sus hijos recién nacidos, nanita, siento una voz que me dice aquí se acabó la historia, ay, te quiero mucho, nanina, ya no seré un niño desagradable, y nada vale, lanzó hacia todos los lados pedazos de cuerpos, aún vivos, de Orlando El Furioso. Después, se limpió las manos, suspiró grande y miró lejos.

Aída surgió vomitada del fondo de la tierra con los senos comenzándole a salir, sonantes dentro de un sostén rojo; los sagrados vellos del sexo, suaves, sedosos, primarios. Gritando me permitió penetrarla, sangre a borbotones, fuerzas locas. Y después caminó sonámbula, adentrándose en el agua se acostó en el fondo del mar, sangrante, para ver a través del agua el vuelo de las gaviotas.

Y ahora, al fondo de mí mismo debo avanzar, entre las ruinas, sin recobrar el ánimo de seguir, mi sombra adelante luego atrás, pero siempre abandonado; aquí dentro, en la zona prohibida, la ternura flota en el aire podrido y se duerme profundamente petrificado, escuchando los toquecitos del corazón o espantando las moscas con abanico.

Jadeante y sudorosa, Merly, con dificultades para respirar, guarda los ojos en la gaveta de mi escritorio. La gaveta oscura contiene un ojo pesado que despide rayitos multicolores, el otro tembloroso, vivo; y Merly, con dos huecos profundos en su cara, durmiendo plácidamente después de los sucesos, Merly, estrella de espejo y mar, con un pájaro de Brancusi tiende a irse al infinito pero la tierra no quiere poner en fuga su belleza.

Es como si Mesalina tuviera que reventar su forma con esa nueva canción mientras todos proclamamos la risa rayando las paredes con atomizadores y dinamitando vehículos. Una especie de pavor hace temblar la tierra, sacude el polvo y recibimos ráfagas de plomo limpio, pólvora, y algunos podemos escapar pasando por encima de los cuerpos aplastados de los otros. No nos chupamos las heridas porque ya no hay sangre. Todos apagamos las luces, temblorosos en la oscuridad, nos secamos los sudores cuando escuchamos el hipo desesperado de algún compañero con la cabeza destrozada a nuestros pies, mordida por las ratas, sin haber tenido tiempo para ver su propia sentencia de muerte, el suspiro, el peso, la risa, los vómitos, el canto de Mesalina, la sangre, etc.

Y después sucedió que, con la cara asustada, Sam se levantó entre los muertos siendo otro y sin embargo él mismo, iluminado con una amplia sonrisa que él mismo no pudo comprender.

Un rayo de luz refractado por un prisma destruyó en su totalidad los espejos de la ciudad y el sonido de los vidrios desplomaron las paredes de las casas; todo quedó como si se hubiese abierto una grieta en la tierra y se hubiera tragado toda la población. Un golpe de música hirvió mi sangre y, roto por dentro, escucho voces que me llaman desde no sé dónde e intentan explotarme íntegro. Por eso grito, para que alguno de ustedes me despierte y me saque de este cuarto reflejado en donde las agujas del reloj recorren en sentido contrario. ¿Entonces?

La ciudad está declarada en emergencia. Sólo me queda caminar, mirando un punto cualquiera del cielo, stop, quedar estático, mudo, ciego, con los ojos arropados puestos en algún astro sin luz. Stop. Estado de sitio. Y, paff, nuevamente los colores, lo telúrico, la dialéctica, lo bello, lo amargo y cotidiano, la cerveza, los destinos, el Che Guevara, la fuga, los bigotes amarillentos, Baudelaire, escala de valores, las estaciones juntas, el *status quo*, las cuatro paredes, León Trotsky, las botas marrones, las flores, el revólver, los despegues, Elsa, los blue jeans, los cuatro puntos cardinales, el *curriculum vitae*, las transparencias, los juegos de amor, las desapariciones, eh... Amigos todos, estoy sangrando. Con el pie izquierdo en la espalda, boqueando, decorativo, fugaz. Ahora sí, estoy bien muerto, me mató el rayo violeta de unos ojos café. Propongo esperanzarme en un planteamiento de resurrecciones. Eso sería una locura. Pero al fin ¿qué puedo hacer? Aquí estoy yo. Elsa, Froilán, Ramar, Vicenta, camaradas todos, he vuelto.

Lo que me retiene ante este laberinto no es la memoria de la infancia sino el bostezo para escapar de la pequeña trampa. Y allí está él, Eduardo, balanceando aisladas o definitivas actitudes con inconsciencia de poseedor. Le pregunto si no es mejor descubrir evidencias, buscarse por algún rincón de la casa, después contemplarse so pena de muerte. Pero llueve, se resbala, cae, se pasa la mano por todo el cuerpo, el rojo de su frente nació de la revuelta, desde la derrota, entre paredes vacías, se ve sacudido por una enorme risotada, su vida pende de un

h

i

l

o

Se enfurece, grita, escucha el eco y se siente impulsado a quebrar una lanza contra el suelo. Después su cólera, vuelve a gritar, escucha nuevamente el eco y sonríe.

A causa de esta debilidad, el movimiento de concentración agrava mi equilibrio a continuar desarrollándose en espiral. Un momento, tocan la puerta. Estiro los dedos, el ceño enérgico, tocaron hoy, fue ayer, no, no, aún no han tocado. Salgo, a mirar mi propia forma, con la mirada sin brillo. Estoy acorralado por el doble error o mi rostro robado que me hacen participar directamente en acontecimientos paralelos. Pero es mejor que me vaya 15 minutos bajo mi propio hechizo. Estoy listo y sin embargo no hay lugar para mi acomodo. Los sentidos reemplazan a la memoria y viceversa. A mi gusto. Principio y fin. Todo es muy misterioso. Pero, ¿qué es lo misterioso? ¿Qué?

Y he aquí el tiempo detenido, los gestos ondulantes, el minuto definitivo, un juego de espadas sobre la mesa. Es la última carta. Y hace entrada el anunciador entre círculos concéntricos. He aquí su presencia. Estira los brazos en actitud de bostezo y de su boca sale espuma de colores seguida de un hilillo de sangre que se cuele entre sus dientes de oro. Hace gestos intermedios que no necesitan explicación. Y suena una guitarra en reverberaciones ultraprofundas. Elsa, vertical, a sotavento, hieratizada, dispuesta a intervenir en cualquier cosa. Hoy con renovado esfuerzo, seguimos nuestra labor, ponemos un siglo de experiencias para la brillante luminosidad del arcoiris e incorporamos al servicio los últimos adelantos de la risa frente a los espejos. Póngale sabor a la vida. Aunque lleve a cuesta el culto de sus propias mordedoras, mortales, conténgase tragando flores y escupiendo serpientes. No importa que renuncie a estarse quieto, pues su conciencia permanecerá tranquila aunque exista la invocación a crueles imágenes. Dame tu mano, Elsa, avísame al primer canto del gallo y despiértame con un pistoletazo muy cerca pero muy cerca del oído. Hay que partir. Dame tu mano.

La sentencia estuvo prevista por Elsa, situada más allá de su mirada, en el fondo de sus ojos. De suerte que todo aquello resultó necesario para que, al fin, una caricia suya me durmiera y acabara empujándome a la evasión antes que fuese estrangulado. La mirada a la superficie, se desplaza, muy dolorosa por cierto, hacia las paredes vacías, ¡sus ojos café tan inmemoriales! Entonces abre las ventanas para que entre el aire, el miedo quede apaciguado, el sonido le traiga risas y le respondan gestos ondulantes para entrar en diálogo con alguien invisible y comprobar si realmente existí antes. Y después, ella ocupar el lugar que me corresponde, tomarse mi cerveza mirando con desdén el vaso, la espuma y los días de mi muerte. Y así proporcionará mi equilibrio, la única manera de vivir, sin risas y con puras contemplaciones, sin identidades y sin fin.

Todo lo que tengo que hacer es preparame para nuevos combates. Trataré de evitar pensar en ese monstruoso ojo café que había metido el asesino en un bolsillo de mi chaqueta. Los círculos concéntricos giran en torno a mí. No pensaré en los pasos de los vecinos y trataré de no oírlos. No prestaré atención a los ruegos de amor de Vicenta y me prepararé para enfrentarme a la larga noche que inevitablemente tengo que vivir, aunque con la visión claramente más aprisa, más aprisa, más aprisa, más apr...

Una vez establecido definitivamente, después de la ejecución, pude verle en un paraje desconocido en mi viaje anterior, con anverso y reverso, peso, densidad y el sentido de sus sueños. Es decir, existía por sí misma, en un abrir y cerrar de ojos, como verdad universal. Alega que a la mañana siguiente de mi muerte no pudo resistir el impulso de rematar al enemigo en una fracción de segundos. Vendría después hasta mí, limpiaría los restos de mi cuerpo y miraría con satisfacción el vacío donde estuvo algún día el amor o los dedos menuditos o la canción. Pero no hubo nada, Eduardo se vuelve y huye, ya no soy su admirador o esclavo. Viene un *adagio moderato*, de ella: Elsa, de ondas sonoras y rayos ultravioletas, cadenciosos, hacia mis ojos muy abiertos que alcanzan su máxima plenitud y al rato se cierran para morir fuera de mí, dislocados, en espera de una tercera muerte.

En cierto modo ese fue mi inicio: amplificar la distancia entre el espejo y yo para luchar conmigo mismo sin llegarnos a herir; el real: el del espejo, yo: el irreal. Los terrenos son iguales, los mismos colores, las mismas formas e igual música; sólo que uno, nada más, debe considerarse con respeto; al real, al otro puede caérsele a golpes, a pedradas, a salivazos, pero tenga mucho cuidado, él también puede estar poblado de movimientos interiores. Sin embargo, no pierdan la oportunidad de seguir estudiando el problema de las zonas organizadas y su bifurcación, porque cada uno de él se desplaza entre ustedes. Y ese es el peligro para él y para los demás. Hay que tener mucho cuidado.

Esto es perverso, sacar del fondo de uno mismo partículas de diablos y plumas de pájaros, sin caer en tentación al pacto con la risa o el dibujo de la cara, levantarse con los oídos llenos de flores. Piensa y observa en torno, dóblate hacia dentro y mírate, escucha tus primeras voces, la tercera llama de amor, la relación de los secretos, la partida de nacimiento, el orden del día, la guerra a muerte, abriendo y cerrando los ojos, los labios morados, sin domicilio fijo. Al fin y al cabo, este instante definitivo está cortado por voces de mando. Me cuadro en posición de combate, bajo la guardia, lento, a la pérdida del equilibrio, camino pateando ojos, tripas, cielos, ¿qué?, ventanas, sexos, libros, espejos, cadáveres, etc; etc.

El proceso es absurdo. Recuerdo, por cierto, cómo me he puesto a temblar entero, ávido de sangre, hacia un callejón sin salida. ¡Ea! Sonido, imagen, color, as de copa, sota de espada, voy a golpearles. Y cuando éstos me devuelven los golpes ¡coño, madre mía! Viene el grito del cielo, al cráneo, al suelo, y un abrir y cerrar de ojos con el rostro adolorido entre sueños, hilos de sangre y, puf, puf, caminar renqueando hacia el sitio donde pudieran los últimos reflejos y la marcha mental, para hacerle reverencia al tradicional culto del coraje ¿Por qué esa lógica perversa? Espero que esto termine pronto. Y me cago de la risa. De manera que... me llama la atención la geometría del sonido, los cristales de flores, los ojos de Elsa. De Elsa. Y su cabello muerto. Aquí revienta mi hábito de orinar haciendo letras por la vía pública, hasta que alguien me llama. ¡Epa, epa, señor! Y no encuentro cómo ocultar mi pobre rostro con su ebriedad. Y prosigo el hábito del meado letrado. Esto no tiene arreglo.

Si mi refugio abarca así, más espacio, puede haber en realidad un buen ciudadano común. Es un asunto serio. La vida tiene sabor y el secreto está en la buena música. Vicenta es un nuevo y maravilloso sistema que le permite a Ud. disfrutar del sonido de los besos, en cualquier parte de su casa, sin instalaciones especiales. Le aseguro que se pone como loco, a disposición, para su deleite y comodidad, al menos que la paz sea interrumpida por algunos disparos en la calle, un frenazo de automóvil, o el veredicto acusatorio de los fantasmas que coordinan su vida. Pero el futuro es interesante. Si Ud. no encuentra empleo acabará por irse, dejando alrededor de quinientos sesenta y nueve niños desamparados. En realidad, tú, ciudadano común, no tienes paralelo en el mundo entero. A través de los años, Eduardo ha sido símbolo de calidad insuperable ¿Resultado? Desgaste mínimo de potencia, corazón siempre sucio. Fundamentalmente eres un hombre muy casero con despliegue de color, imágenes, expresión de violencia, muerte y armonía de fuertes contornos y arabescos. Y te sientes tan feliz que te dan ganas de llorar. Y será necesario que vivieses en una línea sub-lacustre para suministrar fuerzas a un eficiente sistema y así puedas estar orgulloso de tu deber social por el desarrollo de los pueblos. Pero has percibido el tercer indicio de ella en el momento en que los fantasmas accionan con intención de crear primeros y segundos planos, un nuevo espacio. Y

giro, a un punto, hasta fijarme en el ángulo en que mi mano quede descansando en perfectas condiciones para lanzar derechazos a diestra y siniestra con mayor soltura, gracia y elegancia. Ella se levanta por el lado opuesto para relatar mi historia en varios tiempos, defenderme, a la vista de todos, se extiende sobre mi cuerpo para abrir su interior de un solo tajo, meterle sol y nubes. Y posteriormente penetrar ella, caminar por mis venas, si es algo que tengo, que le den acceso al mar desconocido que ha buscado desde hace muchos siglos atrás. Una reciente declaración me reduce al mínimo. La carga emocional deforma la distancia sugerida, supone otra dimensión. Ella desaparece, está como muerta, queda en mí como un personaje irreal, ¡Vicenta! ¡Vicenta!, la busco, en los bolsillos, me desespera, alzo la almohada, la llamo, pero nada.

TEXTOS POÉTICOS DISPERSOS
EN ANTOLOGÍAS,
DIARIOS Y REVISTAS

El oído contra el suelo II⁶

El oído contra el suelo
una mancha de sangre
y mis fémures rotos encontraron
nada más
sobre un monte verdecito
bajo un sol ensangrentado
y una descarga de espejos rotos
y de música de Vivaldi
cayeron en ti
como rayos de luz.

6 Sifontes, Eduardo: *El oído contra el suelo II*. Material mecanografiado. 1962-1963.

Poema de la extremaunción⁷

Punto de fiesta que cae como galaxias
o como millones de estrellas condenadas a Zosma.

y entonces se ríe y se llora
y se domina un poco el frío y le cantan a uno
como a un niño
y a veces desaparece el dolor.

Y tus señales de bestias que caen derrumbadas,
inservibles como una madrugada en el Japón,
y entonces beso tu tierra firme y un tiempo heroico
que se esponja y que se frota
y caigo y huyo de los vientos del sur y la miasma
de tu carne florece como punto caído del cielo,
camarada mía,
inexistente, compacta...

⁷ Sifontes, Eduardo: *Poema de la extremaunción*. En *Trópico Uno. Nueva poesía venezolana*. Nro. 4. Pág. 13. Puerto La Cruz, noviembre de 1965.

Astral⁸

Tú, la vestida con ámbar
dispuesta a llegar a Marte sin anemia
y con la risa pegada a la boca.

Tú, amor mío, la dispuesta a poblar el espacio.
Tú, la pirata astral. La gimnasta de géminis
bebiendo flores.

Tú, el glúteo. El gnomo. El junio. El Saturno.
El leo. La venus. El abril o mayo
besando los ciruelos y la gordura de las galaxias.

Tú, lo sediento. Lo hidrópico. Lo insaciable.
Lo tuyo astral donde los héroes héticos
roncan sacramentos.

8 Sifontes, Eduardo: *Astral*. En *Trópico Uno*. Nueva poesía venezolana. Nro. 4. Pág.14. Puerto La Cruz, noviembre de 1965.

Quinto mandamiento⁹

Tú, enrojecida garúa de los huesos
Y la hemiplejía de donde viene tu música
de males.

La carcajada de la bruja y lo mortal
de los grandes judíos.

Aquí se presenta: no matar.

Mírame con ese diente de seda. Sin pistoneo de princesa.
Aquí estoy, al frente de la calle donde pasas,
en un capítulo de San Juan.
Esperando el temblor de tu carne,
esperando tu saludo arrodillado de budista.
De mi demonio sensible. El de los pies morados.
Desde donde viene tu música de males.

9 Sifontes, Eduardo: *Quinto Mandamiento*. En *Trópico 3. (Segunda Época)*. Puerto La Cruz, 1969.

Los muertos Los resucitados

Los decapitados¹⁰

Los muertos. Los resucitados. Los decapitados.
El enemigo mío. El amigo de mi hermano.
Los amigos de mis camaradas y las gotas
de los vientos del sur, soplando hacia el cristo de Dalí.

y el cristo amarillo de Gauguin
y el cristo negro de Jesús Alberto Rudas Mezones
y el cristo Jesucristo.

Y mi pobre novia o amante dejó sus cosas,
mi pobre cristo femenino que me lavaba los pies
murió hace años.

10 Sifontes, Eduardo: *Los muertos. Los resucitados. Los decapitados*. En *Trópico 3*. (Segunda época). Puerto La Cruz, 1969.

El verbo hecho carne¹¹

Yo, subteniente de Julia desde norte a occidente
tengo un verbo llameando en la carne
y era para que diese testimonio y testamento
aquí, en la tierra de las momias.

11 Sifontes, Eduardo: *El verbo hecho carne*. En *Trópico 3*. (Segunda época). Puerto La Cruz, 1969.

Juego de manos¹²

Alguien dispara
oh
me arrastro serpenteando
un hilillo de sangre debe estar
saliendo otra vez
en casa de cada cual hay siete rostros
con tanta suerte de
tener evidencias que todo esto es la locura
pero yo no
estoy rodando antes que naciera
con el pulgar de la mano derecha sobre el corazón
antes que naciera
el simulacro la lágrima la vagina fulano de tal la
piedra filosofal los reflejos condicionados luz y vidrio
[la soledad y la pérdida]
el gran misterio vencido mil veces
con un colt 45 y un ramo de flores frescas
y acontece que
a la altura de mi cuello todo gira

12 Sifontes, Eduardo: *Juego de manos*. Hacia 1971. Este poema fue publicado en forma de relato, en *El cuarto de los espejos y Elsa y las transparencias* (Editorial La Espada Rota, Caracas, 2005). Hemos respetado la forma y estructura original del texto y optado por publicar el poema. (EF)

gira
muerta Elsa
la ebriedad de su coño inmaculado entre visiones violetas
su mano apretada a la mía me quema
se enfría de golpe
el peso bruto de sus ojos café
y su pañuelo mitad blanco mitad azul
puestos en venta al mayor y detal
que será del agrado de
la distinguida consecuencia
Señores
díganme
tal vez a todos nos ocurre igual.

Apunte final

Cualquier imagen
en reposo camaleónico lanza al vértigo
a reconocer la fila de objetos puestos en orden
por una mano invisible o unos ojos café
y soy la emoción y los nervios
cuya razón no existe
después del apunte final
esta lengua quema tu vestido floreado o una luna en
tus labios verdes
la hora perfecta
corre como un reguero de pólvora
acerca tus ojos amor mío tu confesión enamorada
[asusta de golpe]
las transparencias a un paso de la traición
y el sol como una flauta en víspera de muerte
el diálogo la ruptura el silbido General Motors
la condena a muerte los besos de Vicenta la retórica
un frenazo de automóvil corto de pie objetos en
fila india vasos comunicantes 300 HP imágenes en el espejo
llenando ¿qué vacío? Las respuestas pueden darlas

cuatrocientos años de amores y colorín colorado
socórreme socórreme
el olor a hospital me despierta
un vuelo de pájaro anaranjado me despierta
me despierta
me despierta
una sed espantosa
no poder mover labios ni párpados
y muertos para siempre mis bigotes cobrizos
sin poder ganar el aire libre.

As y ley¹³

Los cielos se abren y se cierran
en línea mortal
un cuchillo de terciopelo enterrado
en este cráneo cubierto de hielo dos mil siglos
me lanza a la evasión
momia animal y poeta de retaguardia propenso
a encontrar la muerte en cualquier esquina apuñalado
[por la espalda]
con siete flores en la punta del sexo
día de resurrección
buenas tardes señores
cara o sello
y el país al borde del sacrificio colectivo
sin donde caer muerto
ni siquiera en los largos espacios del sueño
yo no puedo recoger flores porque me llaman traidor
Ud. pide un fósforo
y le ofrecen monstruos roces de disparos amotinamientos de
imágenes en la memoria cigarros explosivos flores venenosas
gracias al insomnio permanezco alerta

13 Sifontes, Eduardo: *As y ley*. Material mimeografiado. Hacia 1971.

sangrando a solas sin mi sombra
mi pobre sombra al revés acurrucada en alguna
[bombilla de neón]

escúchenme
por favor
necesito desaparecer las huellas digitales
para borrar mis propias manchas de sangre
en este mismo instante soy
herido por la luz
antes que se marchen
volteen el as de espada sobre la tierra
denme tiempo
a leer mi sentencia de muerte sobre todo
sobre todo a leer mi sentencia de muerte.

Pasen y vean

Pasen hasta acá y conozcan este asesino público número uno
la resurrección devolviéndome trozo de mármol
sometido a esperar aplausos
el pie izquierdo sobre un ojo de vidrio
las manos en los bolsillos la cabeza al revés
para adorar mi espejo los ojos de Elsa y la fuerza bruta

[del cielo]

díganme
¿qué puedo hacer con la llama de este fósforo?
el brindis
copas de sangre
por mi ojo clínico
testigo del fin de la luz
soy cómplice
una gran noche de fiesta y reto a todos
Nylían la furia de amor
alguien vuela
ella se mira en sus propios ojos
suelta una carcajada
olfatea
el olor mil kilómetros a la redonda

las criaturas el mar
yo
ojos cerrados
enamorado a primera vista
caigo muerto luego existo
me declaro único culpable
el festín puertas abiertas de par en par
las estaciones del año juntas
continuas
como hilillo de saliva de una muchacha dormida por
un solo de trompeta
pasen hasta acá
pasen y conozcan este asesino con derecho a muerte.

Moscas en el cuerpo

1

Catorce millones de hombres sacan agua de mi cuerpo
esa afición al color violeta que de veras asusta
pero nada significa
y así espero carcajadas risas
provisiones
provisiones y huesos
y huesos

2

E. Sifontes asesino & compañía S.A.
aún en vida
fuera del tiempo porque ama en bruto
entre montones de cadáveres
se incorpora a una larga fila egipcia

Es aquí donde radica la cuestión
estoy muerto hace cuatro días
sobre mi cadáver las moscas dejan pedacitos de flores
azules
verdes
rojas
violetas
para hallarme ahí abandonado
en transparencias algodones empapados en sangre árbol
sangre cielo sangre ojo cielo pez sexo fosfórico sangre
[enorme risotada]
y darme alto nivel de vida
como refugio de seres en poderosa entidad.

Primeras voces¹⁴

Esto es perverso
sacar del fondo de uno mismo
partículas de diablos y plumas de pájaros
sin caer en tentación al pacto con la risa
el dibujo de la cara
levantarse con
los oídos llenos de flores
piensa y observa en torno
dóblate hacia adentro y obsérvate
escucha tus primeras voces la tercera llama de amor
la relación de los secretos la partida de nacimiento
el orden del día la guerra a muerte
abriendo y cerrando los ojos los labios morados sin
domicilio fijo
al fin y al cabo
este instante definitivo
está cortado por voces de mando
me cuadro en posición de combate
bajo la guardia
lento
a la pérdida del equilibrio
camino pateando ojos tripas cielos ¿qué? ventanas sexos
libros espejos cadáveres etcétera, etc.

14 Sifontes, Eduardo: *Primeras voces*. Manuscrito. Hacia 1971.

Hombre señalado¹⁵

Mis novecientos rostros están en juego
cantando hacia el sur
como el último habitante del mundo
caminando por un hilo con los ojos cerrados
la piel cuerpo afuera
que si me muevo me aniquila
ese registro a fondo en el hueco del
corazón que es el punto de partida
el mejor amigo del hogar
busca leer cualquiera de las palabras
para soltar la carcajada
apúrense es la última oportunidad
ni deje de adquirirlos
los espejos frente a la memoria
apúrense antes que se agoten
la resonancia de un sonido insoportable
aprisionado en algún vaso de agua
donde siembro mi aire
con redoble de tambores y cantos extraños
de hombre señalado

15 Sifontes, Eduardo: *Hombre señalado*. Manuscrito. Hacia 1971.

sin pizca de consideración
el chirrido de cauchos en la vía mojada
incendia el viento
ábrete sésamo
y el cadáver se desenvuelve tranquilamente
y el cadáver defeca
las transparencias multicolores
dejan todo a oscuras
de un solo golpe
sin que sobrevivan
los sentidos
los sentidos entonces
eso es... los sentidos.

Monstruo de tres flores¹⁶

Jueves 24 de agosto de mil novecientos setenta y dos
hora en que cantan los peces fosfóricos
del santo metafísico hasta el llanto
si así lo deseas
echarme alcohol en los ojos
aquí está la
ternura en acción versus la inocencia
y tu huella indeleble
encima de esta ligera epidermis
destripándome
tiro los dados a la mesa
en forma de gusano
reventándome las cuerdas vocales
quiero pagarte con la misma moneda
yo
en forma de gusano
un jueves de 1972 tal día como hoy
y hora en que cantan los peces
pongo los ojos blancos
sin las olas del mar metidas en mi caracol.

16 Sifontes, Eduardo: *Monstruo de tres flores*. Material mecanografiado. 1972.

Canción temblorosa¹⁷

De golpe le da la impresión a uno
que ha llegado a cero
esos ojos bien abiertos y bien claros cerrándolos de repente
el cáncer con sus luces monstruosas
las etapas históricas de un continente irrespirable
las trompetas apocalípticas y un profundo quejido
[de muerto]

resollando por las heridas
ya peso treinta y seis kilos
y la música que sigue creciendo
sordo y ciego ante la blancura deslumbrante
de las piedras volcánicas con que está construida la muerte
vivo en pie de guerra contra
las raíces más antiguas del horror
los cuerpos se pudren como flores frescas
y yo te invoco en sueños
escuchando no sé qué canción temblorosa
despierto y me levanto
con la punta de un cuchillo en el vientre
y los pies puestos en el vacío
para amarte.

17 Sifontes, Eduardo: *Canción temblorosa*. Entre 1973-1974. Fue publicado en el *Diario de Oriente*. Pág. 6. Barcelona, domingo 11 de mayo de 1986.

Paloma sangrienta¹⁸

Entonces
la paloma sangrienta está en juego
lo contrario de estar sobre las tablas de la ley
es algo como un salto atrás perfecto
algo más que los ojos en llamas
en lo alto y en lo bajo de un sol congelado
algo más que un agusanado perro inmortal
que se chorrea
aquí sobre mi pecho
que se adormece
encima de mi ángel de buena fe
como una serpiente encantada.

18 Sifontes, Eduardo: *Paloma sangrienta*. Entre 1973-1974. Fue publicado en el *Diario de Oriente*. Pág. 6. Barcelona, domingo 11 de mayo de 1986.

Fragmento¹⁹

Y los bosques te cantaron cosas de amor
la hora de pelear
y te refugiaste en sus vuelos en sus alas
y pusiste el oído sobre la tierra
para escuchar los latidos de nuestros corazones bajo
[los suelos]
gritándonos
que los hechos valen más que los mecanismos orales
y que ya no pueden asaltarnos
con aquellos sueñitos de la muerte
morir y continuarse
en ese círculo humano que propone bellas realidades y
exterminio
fue lo tuyo
la herencia de la carne
dos buenos ojos
un fusil AK
el peso de una vida
tu tabaco
el sombrero

19 Sifontes, Eduardo: *Fragmento*. En *En Ancas. Revista de Arte / Literatura / Ideas*. Año 2. Nro. 6. Pág. 15. Caracas, 1979.

los vapores

la carta de tu mujer

aún en su cuerpo están las huellas de tus manos...

(Américo Silva en el Centro de la Tierra)

Y la divina providencia con el sexo lleno de esmeraldas
y tú que le capturabas plenamente
sus noches de fiestas
los anteojos para el sol
sus relojes dorados que no caminan
los dientes de marfil
sus patetismos lagrimosos de comicidad conmovedora
los acabados perfectos
sus flores en el ano de la buena esperanza
cuando andaban en busca de socorro
y los matabas suavemente con una canción. Ahora
tú tienes quien te cante y ellos no.

Tu música primitiva

la espina dorsal de un azul transparente
el realismo socialista y la sierra de Perijá
los metías en el bolsillo monedero
y ponías la mano sobre tu frente mientras no percibías
las imágenes más profundas
en ese vacío de chispas brillantes
ocupará un sitio de honor
y sellará el pacto de sangre entre
tus fracciones de segundo para la acción
y tu ternura.
La vida duerme y tú te reías de la muerte

porque los asesinados son aquí silenciosos
y los aires de fieras hacen plenos preparativos:
la delación de doble fondo
el registro de los sueños despiertos
o sonámbulos
y esa gran cantidad de sangre humana de luna menguante
la fiebre del espíritu
el nuevo período histórico de trompetas anti-apocalípticas
sintieron el amor propio
cuando te acribillaron a sangre fría
y esa caída tuya mezclada
en una extraña atmósfera entre el sueño y la realidad
silenciosamente agitada por tu cabellera despeinada
se hundieron en
la sangre y aquella solitaria lejanía, Moti.

Reseña a una cantata de Bach o Vivaldi²¹

*A la memoria de
Victor Germany Arévalo*

Y hay también el tiempo
de contienda contra las tablas de una irrealidad
cuando caes
sin poder oír tus propias canciones
sin los requisitos erigidos
y que el ruido de tambores
es como un murmullo
cuando la luz da color a las formas
al ritual del beso de tu hijito
que quiso despertarte de la muerte
o la proporción del gesto
cuando encontrabas mi poesía en los cuartos
en las paredes de los cementerios
en nuestras propias huellas
sonar el bombardino
sudar

21 Sifontes, Eduardo: *Reseña a una cantata de Bach o Vivaldi*. Material mimeografiado. S/E.

estar inconforme
la posición de muerto
que tenemos antes de partir
fue la herencia de la música
donde nada tiene razón.

Aquella carne²²

Aquella carne
veía las flores en forma de corazón
con unos ojos del carajo
hasta que explotó la bomba
en el fondo de su espíritu
y la belleza que quería
brotó de las basuras
en continuos rayos de luz.

22 Sifontes, Eduardo: *Aquella carne*. Material mimeografiado. S/E

Pesadilla²³

Después de
 un resuello ultraprofundo
soñé
que me ahorcaban dos garras mecánicas
 de un alguien invisible
 y con los ojos atormentados
escuché
 el canto de un amigo llamado Hernán
 (con su cadáver peyendo como un asno
 semisumergido en un copo tibio de
 [azufre])
que decías: “el poeta toca una pobre música de
 [amor”]

Y sobre chatarras y huesos,
mi cuerpo desnudo
con su sofocamiento
y los ojos podridos
celebraba su muerte con luces de bengala.

23 Sifontes, Eduardo: *Pesadilla*. Material mecanografiado. S/F.

El tío Carlos²⁴

Y cuando murió mi tío, sudaba, rígido, rodeado por
[el fuego]
frente a los cantos ceremoniales de los curas
La impresión de su muerte quedó en mí como una nueva
[aventura]
como si no sabía que existía la palabra “muerte”
Pero existía, era real, intolerable; existía aquí, en la China
[y en]
todas partes
Trataba de explicarme “¿Qué significa la muerte?”
Me es difícil, me quedo con mi intento
haciendo pausas camino hacia los lados
sin pensar en el tío perdido
buscando como esperanza en mi alrededor de atmósfera
[fétida]
y borrándome de un soplo
cuando mi abuela besaba el cadáver por última vez
y yo danzaba borracho en torno al cadáver.

24 Sifontes, Eduardo: *El tío Carlos*. Material mecanografiado. S/F.

Caja de música²⁵

A Juanita Chaguan Benedetti

Confundiendo para adentro no para afuera
está el público el cúmulo de mi estremecimiento
y las flores que caen
a punto de volverme loco
propongo
el beso más serio de la historia
contra toda ley y mandato
y su inocencia
como el ruido del agua al caer
hacen que
pierda el sentido común interpretando sueños
y se me cae el cielo
una gota de sangre
mientras Juanita conoce la otra cara de la moneda
yo permanezco solo jurungándome
el espíritu
de una caja de música.

25 Sifontes, Eduardo: *Caja de música*. Material mecanografiado. S/E

Relevo de guardia²⁶

Tus ojos sin imágenes golpeándose entre piedras
y yo les aguardo
con mi propio relevo de guardia
mi canción abriéndome paso
hasta el asco
el infinito la música el pus de tus dedos las uñas floreadas
atrapados entre sangre y espejos enormes
tu roce es sonido aire acondicionado o destrucción
me convierte en luz
un golpe de sangre
como un sol clavado en las vidrieras.

26 Sifontes, Eduardo: *Relevo de guardia*. Material mecanografiado. S/E.

Cuerpo del delito²⁷

Elsa saca un revólver y dispara
la persigo arrastrándome herido
una banda de música toca un ritmo sordo y monótono
hasta el presente no hay ninguna prueba de existencia
su rastro se ha perdido no lo encuentro por
ninguna parte
multiplico el equilibrio
un hilillo de sangre debe estar saliendo otra vez.

27 Sifontes, Eduardo: *Cuerpo del delito*. Material mecanografiado. S/F.

Contra el vacío²⁸

Cuando
sondeas por el falo hasta el centro del alma
te estrellan contra el vacío
la espuma sobre la tierra
se abre y se cierra como un abanico
sangre sobre la sangre cadáveres sobre cadáveres
y sonidos inidentificables ceden gradualmente el paso
a una música abstracta cargada de amargura
que en el instante de reventar
explote con una fuerza increíble
te dejan los ojos como algas empapadas de sangre
recordando aquellos bellos tiempos
sin que sepas concretamente por qué.

28 Sifontes, Eduardo: *Contra el vacío*. Entre 1973-1974.

Ebriedad de mago²⁹

Yo
raza dispersa por tu presencia
muevo un dedo
y desaparece tu imagen
 tu forma
 la piel blanca que amé
 que amo
y mi sangre del alma pura de arrechera
yo
 viejo monstruo
de continuos sueños que yo soy tú
con ojos llenos de espíritu
veo el misterio de los tuyos que son brasas
y veo también en mi bola de cristal
una monja que contempla demonios copulando
desplomándose en ruinas
mientras yo no puedo besar tus manos
 ni tu amargura
amando otras cosas más que a ti
y secándome la cara con un pañuelo
 deshidratado.

29 Sifontes Eduardo: *Ebriedad de mago*. Este poema fue publicado en las ediciones de *Las conjuraciones y otros poemas*. Colección Letras de Venezuela, Nro. 45, pág. 55. Dirección de Cultura Universidad Central de Venezuela (1975), y *Las conjuraciones y otros poemas / Rituales*. Fondo Editorial del Caribe, Anzoátegui, Venezuela (2003). Anexo integro el poema copiado directamente del manuscrito original. (FF)

Guerra³⁰

Estalló la guerra. Y con las primeras noticias, se extendió el rumor del legendario José María Martínez Rojas (a) José Mariíta.

30 Sifontes, Eduardo: *Guerra*. Manuscrito. Entre 1973-1974.

Torrencial³¹

El sol salió hoy tras seis semanas de lluvias torrenciales pero la ciudad está muerta. Un olor fétido cubre todo el territorio, las aguas fangosas arrastran cadáveres en descomposición de personas y animales.

31 Sifontes, Eduardo: *Torrencial*. Manuscrito. Entre 1973-1974.

Inundaciones³²

Los charcos y lagunatos, huella de las inundaciones, son foco de larvas. Impera sobre la ciudad un toque de queda.

32 Sifontes, Eduardo: *Inundaciones*. Manuscrito. Entre 1973-1974.

Flotaron³³

En la ciudad quedaron totalmente destruidas
y flotaron
[miles y miles de hombres]
abombados por agua y sol.

33 Sifontes, Eduardo: *Flotaron*. Manuscrito. Entre 1973-1974.

No vale la pena³⁴

Por eso cuando... quedó la gran interrogación y no vale la pena seguir contando.

34 Sifontes, Eduardo: *No vale la pena*. Manuscrito. Entre 1973-1974.

Por la boca³⁵

Echando espuma por la boca enloquecida de amor en el espacio inmóvil.

35 Sifontes, Eduardo: *Por la boca*. Manuscrito. Entre 1973-1974.

Esto es cáncer³⁶

A finales de octubre de mil novecientos setenta y tres los sabios doctores tocaron el tumor que me crecía aceleradamente en el lado izquierdo del vientre, abrieron mi boca y miraron su interior, removieron mi perfil y dijeron “esto es cáncer”. A mí no me quedó más que hacer pucheros volviendo los ojos en blanco hacia el cesto de basura porque cáncer no era más que una palabra para llenar el vacío que caía en cuenta mi propia mirada permanente hacia adentro.

36 Sifontes, Eduardo: *Esto es cáncer*. Manuscrito. Entre 1973-1974.

Paciente³⁷

Aún conservo recuerdos de ese paciente número 4218, soñando con sus heridas abiertas sin sangre y sin caratajes, salir derecho a buscar la luna por ahí que está cerquita para luego encontrarla entre algodones empapados de sangre.

37 Sifontes, Eduardo: *Paciente*. Manuscrito. Entre 1973-1974.

Flujo de cadáveres³⁸

Tiempo ha, los habitantes de estas tierras vestidos de colores para morir se arrancaban su piel, a sangre fría, y se acomodaban sus lentes ahumados para ocultar el llanto, como queriendo aguardar lejos el curso de los acontecimientos, aquella historia larga, ahogada en sangre bajo un sol calcinante que hizo estallar en pedazos el flujo de cadáveres...

38 Sifontes, Eduardo: *Flujo de cadáveres*. Manuscrito. Entre 1973-1974.

Ataúd³⁹

Aquel afamado señor fabricante de ataúdes de madera, vidrio, metal, ladrillos, sueños, intermitencias, etcétera, etc; el día y la hora de su muerte, como no encontró el ataúd de regalo, ni siquiera quien se lo fiara a sus familiares, cogió sus alas y levantó vuelo con las manos puestas en cabeza al revés, el pobre.

39 Sifontes, Eduardo: *Ataúd*. Manuscrito. Entre 1973-1974.

Muerte⁴⁰

Lo que he estado pensando es cómo darme la noticia de la muerte de mí mismo.

40 Sifontes, Eduardo: *Muerte*. Manuscrito. Entre 1973-1974.

Rebelión⁴¹

Póngale rebelión a la vida

La rebelión es vida, no la malgaste

41 Sifontes, Eduardo: *Rebelión*. Manuscrito. Entre 1973-1974.

TEXTOS NARRATIVOS DISPERSOS
EN ANTOLOGÍAS,
DIARIOS Y REVISTAS

Una historia de relojes detenidos⁴²

Apenas el sátrapa inició su gobierno de sufragio universal, dispuso que fueran pasados por las armas todos los individuos que divulguen consignas subversivas, ya se trate de animales o plantas porque en un país pobre o débil, la flora y la fauna, para joder, se estacan, se deterioran o desaparecen. Y por eso hay que vigilarlos con profundos resentimientos. Sí, hay que crear un centro nervioso, un lenguaje figurado en función de información y comunicación para así equilibrar a todos los países que limiten por el norte con el mar de Las Antillas o por el oeste con el Océano Pacífico, de tal modo que la extendida práctica del aborto no se ponga en descubierto y los fetos puedan ser lanzados al mar sin ninguna dificultad hasta el punto de dejar reducido el convencional color verde del mar por una variedad de brillantes colores. ¡Cómo no! Los suramericanos somos capaces de cambiar nuestros coitos por unos jalones de bolas y corazones partidos, ya que la

42 Sifontes, Eduardo: *Una historia de relojes detenidos*. Letra Meridiano, L-M, 2. Jueves, 14 de octubre de 1971. El texto fue publicado con la siguiente nota: “Eduardo Sifontes, otra nueva voz para los lectores de LETRA MERIDIANO, nació en Barcelona. Es egresado de la Escuela de Artes Plásticas y de la cárcel de Cocollar. Ganó el segundo premio de narrativa en el Primer Concurso ‘Ramos Sucre’ de la UDO”. Posiblemente se trate del escrito que envió a José Balza en el mes de agosto del mismo año, como lo indica en una de sus cartas: “*Alli te envío un trabajito para ver si lo puedes publicar en ‘Letra Meridiano’, te ruego lo corrijas*”.

solución viene de un destello de inspiración goriloide con apocalíptico vaticinio de juicio final, para así remontarnos a un purgatorio de oro y plata con colgantes de perlas y jades, cosa que no ofrece el planteamiento heráclito-marx-engeliano. La pureza y eterna sonrisa de la infancia hallarán su eco aquí, aunque nos hagan gemir, aunque nos maten a golpes, pero tenemos que mostrarles amor; complacer, dándole ramitas de albahaca, a quien tenemos por presidente y sin mostrar ningún esfuerzo por salirnos del paquete. De esta forma, junto a los cráneos de nuestros antepasados, seremos más o menos perfectos, reveladores talentos de una historia de relojes detenidos. Sí, señores, escuchen todos, para abril próximo se proyecta un curso de ocho semanas pobre planificación o voluntad pública, probablemente en Argentina, Perú o La Patagonia.

La gran guerra⁴³

Y vino el caos. Muchos cayeron heridos. Los demás se enardecieron e iban sumándose más y más activos con conciencia de grupo. Agosto bailaba con sol y poco a poco llegaron unas cuantas plumas en el aire a las que les prestamos mucha atención. Y vino el caos. Barricadas, incendios, edificios privados en llamas, perros patas arriba, bombas lacrimógenas, más de doscientos vehículos destrozados, un fortín saqueado, el pueblo con armas en su poder, plomo y plomo desde las ventanas, tras las barricadas plomo y plomo. Durante dos días se luchó y dejaron muerto otro combatiente subversivo: yo, Eduardo el bolsa, reconocido por diez mil rostros. Pero recobré la vida instantáneamente. Y huí. Me dieron una falsa pista. Un ángel de acero o de vidrio me acorraló. Respondí a sus insultos disparando mi pistola a quemarropa. Ahora, la policía me persigue, me busca vivo o muerto; les hago frente, los disperso, los desespero, cómo huyen, ja, ja, ja, ja...

Y los aviones hacen vuelos de reconocimiento y un desfile de policías y soldados con armas largas, ametralladoras y *bazookas* cruzan la ciudad. Pero yo sólo

43 Sifontes, Eduardo: *La gran guerra*. Diario El Nacional. Papel Literario. Pág. Nro. 9. 21 de enero de 1973.

deseo un minuto de su tiempo. Es todo lo que necesito para que un sabotaje la deje a oscuras y se decrete el toque de queda: la ciudad permanezca tranquila, inmutable, manteniéndose firme tras su concepto de orden y la seguridad, mientras la guardia cuide de su belleza y del gran porcentaje de sus fantásticos adoradores. Se pronuncian discursos enardecidos, se levantan alambradas y un irresistible golpe de fuerza produce nuevos estremecedores episodios. Froilán y Ramar, en el terreno de las explosiones más peligrosas, escriben una carta abierta a un extraño personaje enloquecido por sus uñas fosfóricas. Ramar levanta los ojos, mueve la amarga esencia, su música se corta, sangra, el pobre, el grandioso. Bien sirve a todos el recuerdo de Ramar. Y la manifestación es atacada con gases lacrimógenos y armas de fuego. Y cualquier nueva alteración de orden será fusilada a las tres de la mañana en un sucesivo relampagueo de visiones apocalípticas, signos astrológicos y nuevas canciones. En síntesis, absolutamente dentro de lo real, estoy mortalmente herido. Lucho por recobrar el equilibrio. Abril llegó a la culminación de la revuelta y me siento embrujado en un bar a tomarme varias cervezas. Y caigo borracho abrazado a las botellas, herido entre un montón de vidrios coloreados y espumas de cervezas y *rockolas* y canciones de moda.

Desde enero de mil novecientos setenta y tres, cuando todo comenzó con un tenso diálogo de señales y hubo

primeras voces y apunte final en nuestras filas, se planteó el desafío que todavía es un misterio, aunque hemos puesto todas las soluciones a los problemas que nos han ocurrido: como hallar el 6,7 % de vida íntima, la lucha de símbolos, la clave del éxito, los tatuajes en el cuerpo. Como parte del entrenamiento, pasar por debajo de una raya marcada en el suelo, con objeto de dar agilidad al espíritu para dominar la vergüenza. Y sin embargo hay que abandonarse, abordar una nueva interpretación para estar fuerte, seguro de sí mismo y lograr que le asignen 25 metralletas Thompson. Todo esto ha ocurrido aquí, aquí, sin decir adiós, para enseñar los más caros secretos y revelar los principios, las transparencias violetas, rojas y azules preconcebidas. Un momento, no se mueva o dispare. La idea no es tan disparatada como usted piensa. Porque viene el caos. Y vino el caos. A pesar de que un gran número de personas había visitado el depósito de cadáveres para ver si podían identificar a un delator ejecutado, la policía no tenía pista cierta de la identidad de la víctima ni del victimario. Entre los curiosos yo rompí tres vidrios y un espejo: se voltearon todos e hicieron un círculo en torno a mí, pero la policía disolvió la multitud y a pistolas, revólveres y ametralladoras me colocaron de espalda a la pared. El pronóstico fue bastante claro. Se realizó la tortura a un ritmo más elevado aún que el espacio y el tiempo. Sentí la necesidad de averiguar lo que había en el fondo de

todo esto, lejos de toda autoridad que no fuera mi propia conciencia. La sabiduría emergió en uniformes de cuadritos rojos y verdes. Y sus dos rostros y cuatro manos fantasmas me llevaron a un callejón sin salida. Hay voces a los lados, escojo otra calle. Este aislamiento me acostumbra, acorta mi evasión. Y el retraso se acentúa.

Desde ángulos diversos estrujo mi cuerpo hasta hacerlo crujir su osamenta y las moscas se espantan en un zumbido sordo. Ahora sí, estoy libre; la cárcel me coloca en calles distintas. Yo, multiplicado, he burlado la guardia con magia pura, y dialogo conmigo mismo por diversas áreas de la ciudad: “Hola, Eduardo, ¿cómo estás?”, “Bien, muy bien ¿y tú?..” Y así, sucesivamente, me desplazo sin rumbo fijo, tratando de rescatar la razón dialéctica. Pero todo permanece tranquilo como una ciudad evacuada. ¿Qué hacer?

Extranjero⁴⁴

Siendo extranjero en ejercicio, emprendí el viaje de regreso y la ciudad se me ofreció, prostituta llena de amor. Regresé con los ojos al revés y la continuidad se enfureció dentro de mí, volcándose las imágenes hacia adentro para incitar al saqueo de otros tiempos. Escuchando apenas mi respiración y contando con los dedos los días abandonados, decidí quemarme el corazón y beberme sus cenizas, definitivamente, comiéndome las uñas, sin otra alianza que los rayos y relámpagos, las luces de colores, las estaciones húmedas y las conmociones de la ciudad asustada por las tempestades y la razón de otras historias.

44 Sifontes, Eduardo: *Extranjero*. Suplemento Cultural *Viento de abajo*. Pág. 11. Porlamar, Isla de Margarita. Lunes, 18 de mayo de 1981.

Caídas a un mismo nivel⁴⁵

Se pueden producir explosiones e incendios en plexo, por eso mantenemos las espaldas tan rectas como sea posible, sin arquearnos. Ella, el amor, frota mis ojos sobre su frente y las caídas a un mismo nivel son frecuentes. Se levanta y nuevamente cae; hay que buscarle una iluminación adecuada, la entrada de aire puro a su propia historia. Ambos heridos y flotamos en el aire para detener la salida de sangre; damos vueltecitas lentamente de manera que el vapor recalentado salga por nuestras bocas y produzca nubes rojas, azules, verdes, negras, violáceas, manos blancas o amarillas, que nos hagan permanecer en sitios seguros: sombras coloreadas y ventilación adecuada a nuestro único sostén en el planeta: la herida de amor. Parecemos estar equilibrados pero tal situación es sólo temporal y relativa: dejamos escapar gestos imaginarios y un relampagueo de ojos coloreados; con gestos de fieras heridas, se declaran vencidos después de doce horas de tregua.

45 Sifontes, Eduardo: *Caídas a un mismo nivel*. En: Suplemento Cultural *Palabra viva*. La Prensa de Anzoátegui. Año I, Nro. 5. Barcelona, 5 de marzo del 2000.

Variaciones de frecuencias⁴⁶

Consigo dominarme, canto lo mejor que puedo para cambiar mis impresiones, hasta la última gota de sangre, y la imagen viva hace de fragmentaciones: espadas y dientes de oro muy afilados, actos de magia, fliscornos que estremecen el cielo, párpados que flotan, falsas maniobras. Y hay que seguir el ritual.

Alicia también consigue dominarse. Cada coito de pie, definitivo, apretado en la mirada, puede producir variaciones de frecuencias en la última etapa envolvente de su pelo tan largo, como un escape infinito, azul, para desviar la ruta de mi mano que recorre su espalda. Me acuesto con ella; me observa con los ojos por encima de sus lentes anti-sol. Alicia, en el amor, se tira un pedo y del culo le salen burbujas de colores. Este orgasmo, gradual, es bello, para aterrorizar gustos burgueses. Alguien hace una señal de detenernos. Nos cagamos de la risa, con puros toques de magia. Alicia gravita en cada coito, no baja de las nubes.

Ella deja escapar señales de vida, imágenes discontinuas, sus ojos magníficos, el mar y las espumas

46 Sifontes, Eduardo: *Variaciones de frecuencias*. En: Suplemento Cultural *Palabra viva*. La Prensa de Anzoátegui. Año I, Nro. 5. Barcelona, 5 de marzo del 2000.

sobre las rocas. Eduardus Sifonti homo domini lupus animus injuriando u offendendi en eyaculación, sublime, gestos de lengua mordida, un rayo de luna iluminado el rostro feliz de Alicia, luego la ropa, un medio saludo y adiós a las estrellas, orgasmo feliz, orgasmo especial y adiós para siempre porque ya sabemos que desde arriba Dios nos empuja al abismo con su dedo único. Ciao, Alicia, adiós para siempre.

Violeta se mira en el espejo⁴⁷

Da media vuelta y sonrío sosteniendo la asfixia por sobre todas las cosas, es el mejor reflejo de lo sucedido durante las mil vueltas donde paró los relojes en un minuto y treinta y nueve segundos. La competencia fue interesante de principio a fin y a la vez se abre una interrogante: si María Elena Silva dio su brazo a torcer, situación que aprovechó Maruja para irse adelante sola. Violeta sólo tenía que cuidarse de María Elena y nadie más, basándose en la experiencia, pero de repente contó con otro enemigo: Maruja; y a partir de ese momento, su tren de carrera comenzó a decaer llegando al extremo de tener que ceder terreno ante el poderoso avance de Maruja Torres. Bueno, ya todo está resuelto, Violeta haciendo alarde de su potencia gira los treinta y nueve segundos frente al espejo después de este hecho bastante significativo. Y sonrío. Maruja lloró al saber la decisión y Maruja con los aplausos; luego esta muchacha sería pasada a la morgue. Después vino la contienda entre Violeta y María Elena, que hicieron estremecer al planeta a cuarenta y cinco siglos en el tiempo y quinientos kilómetros en el espacio. Sin embargo la acción sigue montada; ignorando que pasa, Violeta sigue a

47 Sifontes, Eduardo: *Violeta se mira en el espejo*. Material mimeografiado. S/F.

un impulso irresistible: mirarse en el espejo pensando en segmentos la muerte de Samuel. Y en un punto, al norte de Monte Piedad, Samuel Rojas capta el pensamiento y apenas Violeta escucha la orden se convierte en un rayo que pega en el hermoso edificio donde reside Samuel, reduciéndolo a escombros. Cualquier otro mortal hubiera sido muerto con esa explosión y hasta el pedazo de Samuel cayó, cayó sin fuerzas, pero el amor es eterno: Violeta y él se besan entre los escombros de los cuales salen pompas de jabón en todos los colores.

El vapor y los gases forman ese fenómeno extraordinario que culmina con las fuertes detonaciones de las pompas al estallar y el amor de la muchacha continúa profundizando el aspecto al mismo tiempo que otros ojos siguen con interés toda la acción de los juegos sexuales entre ella y Samuel; son los ojos de María Elena Silva, cubiertos de brillante hielo, con la misma expresión de una vez en que escribió su nombre y apellido en la mano de Samuel. Violeta y Samuel Rojas dan saltos al impulso telepático, por dimensiones y por espacios, dicen cosas de sangre y huesos de héroes, mientras María Elena se masturba allá en Barcelona o Puerto La Cruz, llorando frente al espejo donde antes sonreía Violeta, así, varias o miles de veces le sucederá lo mismo: no poder descifrar su variación según las diferentes fases del absurdo o la fantasía y la carrera contra el tiempo.

Y todo el mundo lee en las páginas deportivas de los periódicos: foto leyenda: En la gráfica puede verse a la señorita Violeta X, ganadora de la I Carrera Contra el Tiempo; al lado, su novio vestido de acróbata, señor Samuel Rojas, quien es profesional en planteamientos de resurrecciones y aprovecha para invitar al público en general a presenciar su próxima muerte y otra etapa de sobrevivencia. Después del desarrollo de la noticia, Violeta y Samuel se besan en los ojos, intermitentes, entre reflectores, flash, tropezones, gritos de alegrías, fanfarrias y descargas de luces verdes, azules, amarillas, rojas. Aplausos. EL SECRETO DE LA RESURRECCIÓN, MAGIA, FANTASÍA, MUERTE y VICTORIA ESTÁ EN EL AMOR, señalan los periódicos a grandes titulares en el momento que Samuel hace demostraciones de acrobacia sobre la mesa de cirugía, Violeta llora en la sala de emergencias y el cuerpo de médicos y enfermeras aplauden las acrobacias, con anestésicos, desinfectantes y bisturíes en mano. Violeta con un cigarrillo le quema los ojos a Samuel hasta que éste muere de muerte natural, el invocador de prodigios, cambiando de colores sus labios. Y se procede a la operación quirúrgica de aquel magnífico cuerpo como exhaustivo estudio del corazón y la memoria Samuelística. Es toda la historia.

Ensayo para un cuento de un bichito que se derrumbó⁴⁸

Julio Luz de Muerte llegó a un ojo de agua para lavar la cuenca ensangrentada de su ojo derecho que en ese mismo instante chorreaba sobre el agua fresca. Veintiún años, agudo de entendimiento, a pesar de su ojo destrozado, Julio monologa adentrándose más y más en el río dejando atrás un gran charco de sangre, vuelos de pájaros asustados y siempre el recuerdo de Silverio Odesa, Ricardo, Damelis, las veces en que fueron a regar con sus huesos tierras de otras partes. De repente se sobresalta. Viene alguien, un hombre con un gran número de ilusiones y fantasmas.

—¡Jujujuyyy!, –grita el hombre–. Dime jovencito, ¿qué haces, tan arruinado y con un ojo roto?

—Vivir.

—¿Cómo quieres?

—Más o menos como me imagino que vives tú.

Establecido el diálogo, Julio Luz de Muerte y el forastero optimista caminan montaña arriba desconociendo la forma como se llevó a cabo este encuentro en estas selvas

48 Sifontes, Eduardo: *Ensayo para un cuento de un bichito que se derrumbó*. Material mimeografiado. S/F.

desprovistas del más insignificante manto de humus.

—¿Y ese ojo?

—Fue un rayo de luz...

—¡Já, já...! ¿Un rayo de luz?

Y a través de preguntas, respuestas y risas se inicia el fortalecimiento de los caracteres, mediante prácticas continuas destinadas a borrarlas por la soledad, obscuridad, ruidos, etc.

El hombre da un salto, enciende un fósforo, lo acerca al ojo vacío de Julio y le pregunta:

—¿Tienes novia?

—¿Con esta cara?

—No, con la otra.

—¿Es que tengo otra? (busca burlonamente).

—Sí, lo que eras antes de ser lo que eres.

—¡Ya cambia! Antecedentes... Sí, tenía una novia, todos los jóvenes han tenido novias... yo también... pero ahora soy uno que llena las filas de los ex-enamorados.

—¡Ex-enamorados! Eres original para los nombres de las cosas. Pero aún eres joven. ¿Qué te pasa?

Se produce un período de transición entre la descripción mental del perfil de su novia y la irregular intensidad con que mira la forma del forastero, su volumen: de repente pirámide, cilindro y hasta forma de esfera. Y todo debido a un solo ojo.

—Ya te dije —dice Julio—, una vez tuve una novia llamada Lucía y yo veía flores en sus ojos tan distantes, tan más allá del horizonte. Una vez, después de hacerle el amor, ella prefirió un mundo extraño y laberíntico bajo la superficie de nuestro planeta. Desde ese día la música y el sudor de Lucía lo llevo en la sangre. Aburrido ¿verdad?

—Sí, aburrido. Ser una sola persona, pero si uno lograra multiplicarse y joder contra esa maldita soledad que nos llena.

—Se puede ver que has estado mucho tiempo solo, pero no te aflijas que aunque somos sólo dos personas, estos momentos, esta recorrida, esta fuga intentaremos pasarlas bien sin aburrirnos. Además, te contaré que no existo.

—¿Cómo es eso?

—Sí, prácticamente no existo. Se quemó el Registro Civil donde estaba inscrito. Sin embargo existo para ti y eso basta.

El forastero calló, se metió las manos a los bolsillos y caminaba revoleando los ojos hacia arriba, hacia los lados. Esto le causó pánico a Julio Luz de Muerte. Sin ser capaz de reaccionar sino hasta que le dio vueltas al revólver, que llevaba en la chaqueta, a manera de ruleta rusa y el señor forastero quebró el silencio y sugirió:

—Y así... prácticamente no existes, en la sociedad, oye, no eres tú solo, a miles de personas les ha sucedido lo mismo.

—Bueno —dijo Julio—, y de ahí parte mi vida, cuidándome de los policías, de las autoridades, no puedo pasar fronteras... porque no existo.

Julio se sienta cabizbajo y al rato se da cuenta que está frente al ojo de agua, atrás y delante charcos de sangre, recuerda que no se ha movido del sitio, no ha visto a ningún ser humano y menos dialogado aún. A los veintiún años, agudo de entendimiento, a pesar de su ojo destrozado, Julio Luz de Muerte frente al agua fresca es víctima de un ataque de locura y corre desesperadamente hacia todas las direcciones.

Muerto de amor⁴⁹

Ya no me explico cómo vivo, muchacha. La aparición de un cuerpo sobre la tierra aún sigue siendo un motivo desconocido. ¿Será real? No sé. Yo creo que me veo forzado a desconocer al mundo detrás de mis ojos ciegos. No me asombra, digamos, sentirme rodeado por una suerte de mundo al revés; por milésima vez en la historia mi sagrado concepto de amor hace sentirme exterior a la realidad en que vivo y desconozco por no mantenerme a plena luz. No sé por qué estos tragos profundos no han iluminado mi interior para poder distinguir un objeto de otro. Mi propia conciencia ya no me conoce y me aborrece, no distinguir entre lo bello y lo feo, buscando mi muchacha de ojos plateados, pegando la cara a las vidrieras éste pobre cuerpo de increíbles contorsiones a fuerza de correr aprisa, avanzar entre búsquedas y símbolos, rodeado de gente poco acogedora de las más diversas especies: italianos, griegos, venezolanos, chinos, árabes, japoneses, etc. Y absurdas existencias.

Yo, sin domicilio fijo, identificado con este amor fuera de lo común, había vuelto a encontrarla pero esta vez muy lejos de toda frontera geográfica, de este cielo y ese *adagio moderato* en el sueño mío que cae a veces en el suelo y

49 Sifontes, Eduardo: *Muerto de amor*. Material mimeografiado. S/F.

dura más que la eternidad. Había vuelto a encontrarla en el mar y la muchacha recorría las rocas que la marea alta iba cubriendo hasta que se dejaba resbalar dentro del agua, haciéndose la desesperada procuraba cerrar la boca y taparse la nariz dando pequeños saltos para respirar estirando prodigiosamente el cuello; y cada bocanada de agua le salía entre los dientes con sus respectivas carcajadas. Así había vuelto a encontrarla: estirándose en la arena, de frente al sol del mediodía.

Creo que debería decir la verdad pero estos fragmentos de conciencia se esconden detrás de una cortina de humo, mientras pasan los días, para quitarme un poco de encima el pasado y prolongarme la existencia, sin caer de nuevo en la trampa, aunque ciego totalmente. Prefiero quedar con mi fetichismo, jugando con almohadas: es un paso más en el tiempo de otro sueño que fue maravilloso: abrir los ojos con precaución y volverlos a cerrar convencido de que aquel baño de mar no pertenecía a este mundo. Responde, muchacha, mírame a los ojos y dime si de verdad siendo yo el hombre más enamorado del mundo pierdo nuevamente las esperanzas como aquel día que me recitabas el capítulo trece de Corintios y todo se volvió negro o azul violáceo porque dentro de ti nada lloraba, en cambio en mí algo ardía, algo crujía. Amor, pues.

Me dejaste con el beso en el aire, los brazos en el vacío y los ojos completamente ciegos. Yo, con la cabeza espantosa me lanzo al ataque como un pájaro raro entre

objetos enormes a los que amo sin llegarlos a comprender. Ojalá se produzca un estallido de reflejos en tu conciencia sin ningún tipo de gritos o escombros para al fin olvidarme de esta moridera, para dejar de agregarme también rayitas y puntos suspensivos. Y que este absurdo personaje vuelva a la vida. Esa es la vaina.

En estado de coma me situó en el filo de la navaja cuando no ha salido sol y estos ojos se cierran en el vacío, porque esa muchacha invisible se olvida de mí y yo la busco en la memoria hasta que se deja sorprender desnuda, con esos ojos que quieren matarme. Si se ha vivido en el peligro durante largo tiempo, hay que preparar las armas en espera del próximo combate: lo real y la memoria, las enfermedades del espíritu, el tiempo y lo infinito. He allí planteado el desafío. Mi reto.

Y mi espíritu es una simple cagada ¿no? Y luego... bueno, a mí no me queda más nada que fumarme un cigarrito o roerme las uñas en no sé qué playa de esta ciudad sin temperatura ni sonido, aquí, en esta Barcelona de carne y hueso donde los días pasan locos y el tiempo transcurre como en toque de queda. Yo espero que pasen el féretro con mi cadáver a darle cristiana sepultura con un poco de risa y marchas fúnebres en homenaje a mi humilde profesión de músico triste torturado por el paisaje, sacudido por la carcajada, la contemplación y el sueño: ceremonias de juicio final. Y punto.

Elsa de ondas sonoras y rayos ultravioletas⁵⁰

Una vez establecido definitivamente, después de la ejecución, pude verla en un paraje desconocido en mi viaje anterior, con anverso y reverso, peso, densidad y el sentido de sus sueños. Es decir, existía por sí misma, en un abrir y cerrar de ojos, como verdad universal. Alega que a la mañana siguiente de mi muerte no pudo resistir el impulso de rematar al enemigo en una fracción de segundos. Vendría después hasta mí, limpiaría los restos de mi cuerpo y miraría con satisfacción el vacío donde estuvo algún día el amor o los dedos menuditos o la canción. Pero no hubo nada, Eduardo se vuelve y huye, ya no soy su admirador o esclavo. Viene un *adagio moderato*, de ella: Elsa de ondas sonoras y rayos ultravioletas, cadenciosas, hacia mis ojos muy abiertos que alcanzan su máxima plenitud y al rato se cierran para morir fuera de mí, dislocados, en espera de una tercera muerte.

50 Sifontes, Eduardo: *Elsa de ondas sonoras y rayos ultravioletas*. Material mecanografiado. S/E

Creí poseerla en estado puro⁵¹

Debí de haber cogido a la derecha en lugar de a la izquierda, o algo por el estilo, porque me encontré al final de una calle ciega y delante de una puerta desconocida. A través de la hendidura, cuya perspectiva dirigía hacia la línea de llegada, por medio de visión continua, imagen por imagen, pude ver una mujer con los ojos cerrados y un lunar en el cuello; tenía una cicatriz entre el segundo y tercer dedo del pie derecho. Recibía luz infrarroja emitida por una pistola de alta potencia y las impulsiones transmitían en ese preciso instante un sonido de campanas. Tuve que huir, aterrorizado, aunque poseía la fuerza última controlada por circuitos electrónicos, luces de colores y/o músicas diversas cuando creí poseerla en estado puro.

51 Sifontes, Eduardo: *Creí poseerla en estado puro*. Material mecanografiado. S/F.

Bajo cero⁵²

Apenas un millón de kilómetros. Ese era, aproximadamente, el balance de la caminata sobre el mar hecha por la muchacha de los ojos verdes cuando arribó a sus quince años de existencia. Supo dónde iba y no perdía el paso con miras al gran salto hasta límites difíciles de imaginar. Era imposible calcular el tiempo que las aguas del mar podían sostenerla; gritos y descargas de armas de fuego no le hacían comprender que era necesario saltar a tierra firme. En medio del cúmulo de versiones contradictorias ella medio sonreía, movía sus brazos alados y su cuerpo adquiría cierta posición como para resistir los ataques enemigos.

A veces ponía sus ojos tristísimos para que la entendieran el amor, los perfiles que componían su vida diaria. ¿Qué misterio había tras cada sonrisa suya? Ella creía que con el tiempo su situación podía modificarse, lanzar sus ojos verdes al aire como trompetas enfurecidas, luego dejarlos caer sobre el mar, allí, como esponjas empapadas de sangre. Estos son algunos de sus apuntes, su tratamiento histórico.

Nadie la amaba más que yo y nadie podía hacerme comprender el error. Una madrugada me despertó un

52 Sifontes, Eduardo: *Bajo cero*. Material mimeografiado. S/F.

grito como insecto en la sangre. Salí a la calle principal del puerto y algunos que estaban alertados me gritaron que volviera hacia adentro. Por un instante perdí el equilibrio, la muchacha alada de los ojos verdes huía de sí misma derritiéndose sobre el agua, dizque para tentar al planeta, su campo magnético y el magnífico sol de verano que haría el día siguiente.

Poema del sueño irrealizado⁵³

Te llamas Violeta, es el color que amo y de un grito se me caen los ojos golpeados por la luz.

La mala leche nos sacude el corazón, tragaespadas, historia, sal, bolígrafo, as de basto, bach y vivaldi, cundeamor, dadá, benny moré, tzara, serpiente emplumada, genis, coño hermoso, sax, lengua agusanada, quiero enterrarme en tu carne, formar parte de ti, comecandela, animal tres cabezas, mosca verde, espíritu roto y bogaloo, ojo ensangrentado, vagina azul, ombligo, amor a larga distancia, golpes de pecho, sangre del alma.

A la hora de la inocencia la copia de mí mismo llega delirio absoluto y aunque el propósito quede fuera, paso días y días enteros montado en los árboles que apuntan hacia ti, clarinete, perro sarnoso, que te llamas violeta y es el color que amo, serpiente emplumada, animal de tres cabezas, espíritu roto y bogaloo.

53 Sifontes, Eduardo: *Poema del sueño irrealizado*. Material mimeografiado. S/F.

Carta para un cadáver⁵⁴

De manera estricta y en consecuencia Maritza profana y luminosa cayó del cielo. Ahora vive en el fondo del mar, en las páginas de la historia, su mano invisible desnuda una canción. Maritza, con un ojo dorado y otro plateado, cayó muerta y su alma hace el amor con dios a trecientos cincuenta y cuatro mil quinientos kilómetros de altura. Yo, acostado, de espalda a la tierra, escribo una carta para su cadáver, viéndoles en el cielo y masturbándome, soy un enano o presencia fantasmal a punto de grito sin límites de duración en el espacio.

54 Sifontes, Eduardo: *Carta para un cadáver*. Material mimeografiado. S/F.

Muchacha vestida de negro⁵⁵

Arde aún a fuego lento la compasión divina nada más por
acercar tu dientecito plateado y meterlo de lleno en mi
memoria en tardes de cervezas, cuando muere tu hermana,
es descenso lento consecuencias del amor brujo y de mis
ojos miopes que resultan hilos de música, el espanto, los
colores, duendecillos. Yo, enamorado locamente de mi
propia memoria escucho la música de las piedras

y salgo loco de contento

con todo el peso del mundo.

55 Sifontes, Eduardo: *Muchacha vestida de negro*. Material mimeografiado. S/F.

Historias de radiaciones y substancias

radiactiva⁵⁶

Este hecho fue noticia en los últimos años y tuvo gran éxito, se convirtió en juegos magistrales entre los habitantes de este pedacito de oriente y así aumentó la tensión en el continente.

Inclinando los ojos hacia arriba, hace uno rebotar la luz del cielo y caen a la tierra infinidad de luces coloreadas danzantes que rompen vidrios y hacen se cumplan actos poco corrientes como comer, reír, amar y hacernos cosquillas mutuamente hasta que corramos la voz entre los demás, enviándonos mensajes visuales, de que nos estamos convirtiendo en cero, por más vueltas que se dé.

Hay que aprovechar esta coyuntura para tomar notas en los cuadernos de los últimos rayos de sol, en el horizonte, ya que desaparecerá para siempre. Para mí es la ruina total no tener un sol o el canto de un gallo siquiera que me levante pensando en Juanita, estrellado en el firmamento entre inclinaciones de cabeza por medio de leves sonrisas. En fin...

Lo importante es que no hay que desvanecerse y volver

56 Sifontes, Eduardo: *Historia de radiaciones y substancias radioactivas*. Hacia 1972.

a la cámara central: el cielo retrovisor y las luces danzantes, a velocidad suicida, por escalones de piedra reemplazando a los humanos. El mismito Dios en persona se encontraba en el burdel “Las Tres Carabelas”, expuesto a romperse la cabeza, y el sudor frío de la negra Ofelia (la bárbara sexual) le empapó la túnica celestial; luego puso el automóvil en marcha, se alejó y se hundió en el agua para salir dos años más tarde, en China, convertido en materia gris. Algo encontró en el fondo del mar que no fue de su gusto, pues salió malhumorado y algo semicalvo.

El proceso de los terrícolas es lento; es casi a la medianoche cuando todos deben reponer sus fuerzas con una ducha de aguas naranjas y azules muy caliente para distribuir el tiempo entre cantar con voz ronca y recorrer a la inversa la disección de las luces que comienzan a encenderse y hacer más difuso el crepúsculo, que todo se vuelva fantástico. ¿Qué me hago sin sol? ¿Dónde diablo se habrá metido? ¡Juanita! ¡Juanita! Espero contener mi respiración un poco más.

El tiempo está detenido. Hay luchas entre bandas rivales de luces. La verdad es que no encuentro cómo explicarlo; aunque tengo datos precisos no puedo formar un esquema bastante aproximado de la situación. El sol se arrecha por no poder salir y lanza con furia olas de 95 metros de altura provenientes del Pacífico y cataratas de espumas salientes del Atlántico.

De este hecho hace ya muchos años que sucedió por primera vez.

Las luces en hileras prosiguen sus bailes con la frecuencia de música, equilibrio, intermodulación, besos, espumas, sangre, tripas, sexos, distorsión, vibraciones.

También aparecen esqueletos danzantes moviéndose en cualquier plano de la realidad o de la ficción y Ud. puede turnarse con ellos durante los fines de semana sin producirse explosión alguna, pero conviene seguir siempre reglas de seguridad. Anote la temperatura. Regístrese el espíritu. El último golpe está programado.

Carta blanca⁵⁷

Todas tus señas particulares son de Cagüari, Catania, Boizano, Brindisi, Palermo... *dil valle sotto la montagna bianca e fresca*... porque tus antepasados fueron italianos que dejaron su sangre *in terra lontana come una bella musica*. Un tiempo después también me enteré que tu piel blanca te enciende el alma hasta desaparecer por completo de los lugares en que te miran y yo sólo me quedo con el recuerdo de haberte visto, *mangio per vivere dietro il luego, cieco, felicemente*.

Desde abril de 1972 siempre tengo mis ojos pegados al brillo de los tuyos sin decirte una sola palabra ¡ajá! Y yo no sé si atacarlos o celebrarlos, con tensa atención, casi sin respirar para luego experimentar síntomas de asfixia, muestras de mareo y desplomarme sobre el suelo. Y con los párpados semicerrados darme cuenta que me estás vigilando; me paso la lengua por los labios y froto mis puños de pura alegría. Entonces me renuevo y dejo escapar uno o más gemidos de zanganerías mientras me besas con una furia que da miedo, resaltando el volumen, peso, en las zonas exactas de tu belleza.

57 Sifontes, Eduardo: *Carta blanca*. Manuscrito. Hacia 1972.

Flotando en el aire, nueve mil doscientos kilómetros sin parar, pensando en ti, viviendo de ilusiones por alguno de tus pocos buenos gestos que siempre conservo en la memoria, en los bancos de las plazas, a la presencia viva de un sueño mío: que cuenta tamaña importancia en mi existencia futura, después que tú mueras, porque ignoraré si fue realidad o sueño simplemente. Y después que todo quede en suspenso, ojalá.

Aceptamos que ni tú ni yo podemos variar ese orden. En Barcelona se vive así, recreando la vista en los impresionantes muestrarios de bellezas y con estos olores que se mantienen durante mucho tiempo, pues vivimos de mentiras con soluciones de continuidad.

No se me detiene a tiempo y me sitúo en el principio de los siglos, sin valores de cambio, tomando café, fumándome un cigarrillo, mis propios valores de uso, y observado por la sarcástica mirada de los humanos realmente naturales: los monos; y sigo con esas bellas ilusiones de viajar algún día al país de tus antepasados, triste permanezco, lanzando manotadas para atrapar moscas que vuelan en torno a mí.

Pienso en tus bisabuelos, situados en las costas de esa península, en posición vertical, soñolientos, sin cabecear, abatidos por una corriente de mar, de viento o de una acumulación de arena, cualquiera madrugada lanzados a las fuertes corrientes del puerto de La Guaira y abrazados

para siempre a los primeros rayos de sol de este trópico.
Ciao, Italia.

A catorce cuerdas de distancia intento besarte y te conviertes en una columna de sal para después tomarme por la garganta con tus ojos desorbitados, los dientes apretados, y decir gritando que te tengo hasta aquí.

Pues, bien, ¿ahora qué? Estoy en algún sitio de firmeza. Los músicos afinan sus instrumentos. La orquesta se apresta a darme la bienvenida. ¡Música, maestro!

En el laberinto⁵⁸

Yo nunca he tenido la clave del despliegue en este falso laberinto pierdo la memoria construyendo el orden secreto de las cosas y ocurre que mi propio desdoblamiento opone un doble juego. Es imposible huir, señoras y señores.

En la mayoría de los casos soy puro sensacionalismo, ojo de águila, llaga viva, caracol de fuego que habla de vaginas moradas, falos de luz y restablecimiento de la libertad, trazando círculos en la arena, dando saltos en el vacío con la cara rota y el revólver en la nuca, apretando el gatillo, llorando hasta el día del juicio final.

Hay algo más, aparte de la multiplicación de los panes y la guerra de guerrillas. Una noche, ojo clínico, miraba la gente desde arriba entre objetos ausentes de la tierra enredado en el laberinto espacial, y vi que las grandes ciudades aumentaban su población eliminando hasta la orina y millones de ojos seguían a un entierro que iba en busca del cementerio. Eso era hábito, el esfuerzo cotidiano. Mientras tanto yo avanzo por el espacio sin fin arrastrando mi cordón umbilical, mojado por la lluvia, bajo este cielo mal iluminado. ¿Hay razón?

58 Sifontes, Eduardo: *En el laberinto*. Hacia 1972.

En la tierra millones de hombres, mujeres, ancianos y niños me lanzan palos, piedras, balazos, molotovs, bolas de sangre, luces de bengala, etc. A mí que hablo de voces invisibles, articulando libertad, el orden interno, la clase obrera, el comercio de la sangre, el acto amoroso de unos ojos verdes con toda su locura, a mí, que me desespero y sólo encuentro una falsa pista en línea recta, a mí, que extendiendo los ojos hacia ti, rosa roja, candela, última bala, *delirium tremens*, beso de muerte, que extendiendo los ojos hacia ti de modo que el milagro pueda producirse. Ahora palpo el cielo húmedo y hago memoria. ¡No disparen, por favor!

Lo que tengo ganas locas de volver al principio del asunto con todas sus horas y siglos, yo que olí el aire para nada, que soy un amor decepcionado y pensaba en perfumes y luces de colores incluyendo el suicidio, me desplomo en ruinas y se me pone la carne de gallina al remover mis propios escombros.

Muerto de amor bajo cero en el laberinto transcurren los días que me quedan de vida: los ojos metidos en el bolsillo, las cartas de amor en los pipotes de basura, el espacio, la música, la luz, los ojos verdes, uf, carece de fin aquella vieja balada, carecen de fin las voces invisibles, los disparos, la llaga viva, aquella vieja balada de amor tan poderosa son mis sueños que siempre terminan arrastrándose.

Esther, la de vuelo estático⁵⁹

Por allá va, miren, allá arriba, volando con el viento, con la mirada extendida por toda la ciudad, el tres catorce dieciséis pegado a sus reflejos recién encendidos y la flauta en los dedos, va volando Esther de las Palomas Negras. Y nadie cree que ese es su verdadero nombre.

Y el viento la sacude aquí y allá atrapándola, haciéndola caer a tierra para nada porque levanta en fracciones de segundos el vuelo nuevamente, dejando un rastro de sangre en la tierra. Hay noticias de que suelta la carcajada estruendosa por el espacio cuando le viene la nostalgia; ama desde el aire, en forma sagrada, con 279 HP, sin miedo, vuela hasta límites increíbles y se dice que es la devoción por la muerte o el llamamiento a las fugaces imágenes de los sueños, en extremos apocalípticos.

Y desde el espacio, pegada al cielo, extiende la mirada por toda la ciudad. Ella ya no disimula más, no puede, le asoma el amor a los ojos, por todo su cuerpo, en cada gesto, en cada palabra y el cuerpo fosforescente, cuya luz se derrama sobre el bichito pícaro de su amado, desprende sonidos, pestañas, labios carnosos, música, orgasmos, ¿qué se yo? Y baja a tierra, encaminándose; se sienta junto a él y lo acaricia suavemente pero el hombre ni siquiera responde; notando el reproche en aquella mirada su corazón late más fuerte, hasta que levanta vuelo.

59 Sifontes, Eduardo: *Esther, la de vuelo estático*. Hacia 1972.

Y él tan campante mira aquel monstruo raro que vuela con el rostro lleno de regueros de sudor, un revólver en la mano y la cabeza en extraña postura, huyendo del sistema, los falsos valores, los palitos azules energéticos, el desodorante vaginal, las píldoras anticonceptivas, la hierba maldita, hexaclorofeno K-34, la heroína, el Mustang, enzimas biológicas que acaban con las bacterias patógenas, el shock de frescura del Irium más LD3, y Esther de las Palomas Negras vuela con un nudo en la garganta y un par de ojos pardos en la memoria; ni los relámpagos de octubre pueden matar ese amor; ni los relámpagos de octubre pueden matar ese amor; no ve sombras, sus ojos verdes no dan para más, que si habla grita. Mientras tanto toca la flauta abierta de sangre, donde la muerte tiene la palabra.

La señorita de los vuelos, desde arriba, con los ojos llenos de lágrimas, distingue a su amado entre la multitud. Todos se humedecen los labios al ver tan conmovido llanto y él, el de los ojos pardos, es primero en moverse para, sin más, salir del grupo y desaparecer de allí, perdiéndose de vista entre gente y polvo. Después de tanto vuelo queda detenida en el espacio, apresada entre nubes, hasta que el sonido de su flauta la remueve vertical, en bajada absoluta al sitio de captura. Del suelo se incorpora, se mira en espejos rotos que huelen a trampa. Los ojos pardos explotan en su conciencia. Se produce una lucha encarnizada con ella misma. Se encierra en un cuarto de vidrio. Y suena un tiro.

No sé si hablé de poder moverme, me favorece la inexactitud; ya es evidente el siglo posarse y removerse refugiado en mí, aún en la cárcel, cantando a dúo con mi sombra el mal que sufrimos en conexión mágica como en el instante de la procreación. Hace sol y llueve, oigo extraños animales con sus cantos de amor, hay una desesperación sin límites, señores, discúlpenme, hay orden de silencio. Ahhh, oh, Elsa, aún no es hora de partir ¡Partir!⁶⁰

60 Sifontes, Eduardo. Este texto forma parte del libro *El cuarto de los espejos*, pero no fue incluido en la edición publicada por la editorial La Espada Rota en el año 2005.

Haciendo gesto en múltiples combinaciones, Sam toma su navaja de afeitar para cortarle el ojo derecho a Merly, y ¡tass!, la materia esclerótica, y la sangre tibia caen sobre un manojito de flores frescas.⁶¹

61 Sifontes, Eduardo. Este texto forma parte del libro *El cuarto de los espejos*, pero no fue incluido en la edición publicada por la editorial *La Espada Rota*, en el año 2005.

Me dueles como el diablo, Albertina⁶²

Salí de la oficina, desenfrenado, con este período histórico que ya no controlo. Te vi, bella, mostrando múltiples lados de tu cuerpo, de un silencio de espada en forma de láminas de caras paralelas a cierto espejo convexo en constante distorsión, gradual. Con la pérdida del dominio bajé en la parada del autobús, toqué tu cuerpo, una paz sin principios. Vivíamos en el mismo edificio. Te besé en el ascensor, te quedaste en el piso 12 y yo fui elevado violentamente ciento veinticuatro mil novecientos kilómetros de altura condenado a movimientos continuos y luz propia en distintos intervalos temporales. Cada siglo veo tus señales inesperadas y oigo tu enorme risotada por todo el firmamento; cierras la ventana, plum, en el piso doce, hasta el siglo entrante sin poder precisar el minuto en que lo haces. Espero tu próxima risa, en unidad de conciencia, pero hoy todo está en silencio. Desde arriba miro por una hendidura de tu ventana y te descubro. Entonces, me dueles como el diablo, Albertina. Mientras tanto tocaré las campanas, en el aire, y besaré tus ojos ciegos. Oigámoslas.

62 Sifontes, Eduardo. Material mecanografiado entregado al compilador por los hermanos del "poetica". S/F.

Eduardo vuelve a morir⁶³

La cabeza en mal estado, lentes de seguridad por casos de cuerpos extraños en los ojos, Eduardo Sifontes respira por una de sus heridas. Tres cuartos de terreno. Buen tiempo. Seis brazos bien presentados y fuertes.

Eduardo Sifontes, rechazos, naturales con el de pecho y adornos en el primer enemigo. Media puñalada. Ovación y vuelta. Faena variada al cuarto. Dos mordiscos, puñaladas y descabellado al segundo golpe. Ovación, dos orejas, ojo y vuelta.

Samuel Rojas, faena variada y larga al segundo enemigo. Desplantes. Balazos. Ovación, dos orejas, corazón y vuelta. Valiente en el quinto, con pases de todas las marcas. Latigazos. Ovación, tres dedos, uña y vuelta.

Julio y Elsa, faena adornada y aplaudida al tercer esbirro. Puñalada y descabellado al sexto intento. Ovación, dos ojos y vuelta. En el último, Eduardo fue volteado y realizó faena de aliño. Bofetadas y balazos. Aplausos.

Eduardo Sifontes, multiplicado, se frota los ojos, le han caído cuerpos extraños, se agarra de las barandas cuando baja por las escaleras fijas para retardar la circulación y la propagación del veneno en movimiento. Sueños, sobresaltos e intentos

63 Sifontes, Eduardo. Material mecanografiado entregado al compilador por los hermanos del "poetica". S/E

de suicidio. Aplausos. Ovación. Eduardo vuelve a morir. A pesar de que un gran número de personas había visitado el depósito de cadáveres para ver si podían identificar a un delator ejecutado, la policía no tenía pista cierta acerca de la identidad de la víctima ni del victimario. Entre los curiosos yo rompí tres vidrios y un espejo; se voltearon todos e hicieron un círculo en torno a mí pero la policía disolvió la multitud y a pistolas, revólveres y ametralladoras me colocaron de espalda a la pared. El pronóstico fue bastante claro. Se realizó la tortura a un ritmo más elevado aún que el espacio y el tiempo. Sentí la necesidad de averiguar qué había en el fondo de todo esto, lejos de toda autoridad que no fuera mi propia conciencia. La sabiduría emergió en uniformes de cuadritos rojos y verdes; y sus rostros y cinco manos fantasmas me llevaron a un callejón sin salida. Hay voces a los lados, escojo otra calle. Este aislamiento me acostumbra, acorta mi evasión. Y el retraso se acentúa.⁶⁴

64 Sifontes, Eduardo: *El cuarto de los espejos 1*. En: *Jóvenes Narradores de Anzoátegui / Sucre / Nueva Esparta*. Selección: Benito Yrady. Fundarte. Caracas, 1979.

Desde ángulos diversos estiro mi cuerpo hasta hacerle crujir su osamenta y las moscas se espantan en un zumbido sordo. Ahora sí, estoy libre; la cárcel me coloca en calles distintas. Yo, multiplicado, he burlado la guardia opresora con magia pura, y dialogo conmigo mismo por diversas áreas de la ciudad: “Hola Eduardo, ¿cómo estás?” “Bien, muy bien, ¿y tú?”, y así, sucesivamente, me desplazo sin rumbo fijo, tratando de rescatar la razón dialéctica. Pero todo permanece tranquilo, como una ciudad evacuada. ¿Qué hacer?⁶⁵

65 Sifontes, Eduardo: *El cuarto de los espejos 1*. En: *Jóvenes Narradores de Anzoátegui / Sucre / Nueva Esparta*. Selección: Benito Yrady. Fundarte. Caracas, 1979.

Y vino el caos. Muchos cayeron heridos. Los demás se enardecieron e iban sumándose más y más activistas con conciencia de grupo. Agosto bailaba con sol y poco a poco llegaron unas cuantas plumas en el aire a las que prestamos mucha atención. Y vino el caos. Barricadas, incendios, edificios privados en llamas, perros patas arriba, bombas lacrimógenas, más de doscientos vehículos destrozados, un fortín saqueado, el pueblo con armas en su poder, plomo y plomo desde las ventanas, tras las barricadas plomo y plomo. Durante dos días se luchó y dejaron muerto otro combatiente subversivo: yo, Eduardo Sifontes, reconocido por mis diez mil rostros. Pero recobré la vida instantáneamente. Y huí. Me dieron una falsa pista. Un ángel de acero o de vidrio me acorraló. Respondí a sus insultos disparando mi pistola a quemarropa. Ahora la policía me persigue, me busca vivo o muerto; les hago frente, los disperso, salto elevados obstáculos a la perfección y, esquivando con destreza los balazos, desaparezco; me he ganado mayor odio, los dejo largamente recalentar por las acumulaciones de agravios, sangre hirviente; les aparezco por detrás, disparo, disparo, los desespero, cómo huyen, já, já, já, já...⁶⁶

66 Sifontes, Eduardo: *El cuarto de los espejos 1*. En: *Jóvenes Narradores de Anzoátegui / Sucre / Nueva Esparta*. Selección: Benito Yradý. Fundarte. Caracas, 1979.

Los aviones hacen vuelos de reconocimiento y un desfile de policías y soldados con armas largas, ametralladoras y bazookas, cruzan la ciudad. Pero yo sólo deseo un minuto de su tiempo. Es todo lo que necesito para que un sabotaje la deje a oscuras y se decrete el toque de queda, la ciudad permanezca tranquila, inmutable, manteniéndose firme tras su concepto del orden y la seguridad, mientras la guardia cuida de su belleza y del gran porcentaje de sus místicos adoradores. Se pronuncian discursos enardecidos, se levantan alambradas y un irresistible golpe de fuerza produce nuevos y estremecedores episodios. Froilán y Ramar, en el terreno de las explosiones más peligrosas, escriben una carta abierta a un extraño personaje enloquecido por sus uñas fosfóricas. Ramar levanta los ojos, mueve la amarga esencia, su música se corta, sangra, el pobre, el grandioso. Bien sirve a todos el recuerdo de Ramar. Y la manifestación es atacada con gases lacrimógenos y armas de fuego. Y cualquier nueva alteración del orden será fusilada a las tres de la mañana en un sucesivo relampagueo de visiones apocalípticas, signos astrológicos y nuevas canciones. En síntesis, absolutamente dentro de lo real, estoy mortalmente herido. Lucho por recobrar el equilibrio. Abril llegó a la culminación de la revuelta y me siento embrujado en un bar a tomarme varias cervezas. Y caigo borracho abrazado a las botellas., herido entre un montón de vidrios coloreados y espumas de cervezas y rockolas y canciones de moda. Tesis y antítesis igual a síntesis: he muerto.⁶⁷

67 Sifontes, Eduardo: "El cuarto de los espejos I". En: *Jóvenes Narradores de Anzoátegui / Sucre / Nueva Esparta*. Selección: Benito Yrady. Fundarte. Caracas, 1979.

Carta roja⁶⁸

Si tú, Juanita, quieres mi corazón, ¡aquí lo tienes! Pero no me mires con esos ojos tan profundos y tan verdes de la manera más marica y traidora, con esa entidad cambiante que me hace transparente en tiempo indefinible y hace que todo se me escape de la mano casi al punto de que yo mismo me vuele la tapa de los sesos.

Sueles decir: “cállate y siéntate”, y yo me hago el loco, observando mis paisajes violetas con la clásica risita de boca cerrada exactamente antes de la propia risa. Esta atmósfera previa estremece mi ternura inédita, mis amplios teatros de operaciones, mi violencia escrita, mi plano de liberación, mi anonimato, y tú, Juanita, te dedicas a darme para joderme con tu capacidad de encantar. Entonces busco visiones que se esfuman y tú en el otro lado de una barrera transparente te quedas tirándole peos a la luna mientras yo, de este lado, victorioso y triste, riendo de mala gana, alzo mi potecito de cerveza a la altura de la frente y sanseacabó. Luego me dice telepáticamente “pégate a mí”, rompo la barrera transparente, das el primer paso con movimiento litúrgico y

68 Sifontes, Eduardo: *Carta roja*. En: *Antología de narratistas orientales. Morovara Morokumua*. Selección y notas: Chevige Guayke. Co-edición Fondo Editorial del Caribe / Consejo Nacional de la Cultura, CONAC. Colección El Osario de Dios. Págs. 112-114. Anzoátegui - Venezuela. 1994.

yo, convencido que no sirvo para terrícola, que las calles de Barcelona huelen a muerte, que quisiera verte desvestida, que Puerto La Cruz es más bella ciudad, que el efecto de mi locura dura medio día, me quedo inmóvil, Juanita, viendo el vacío donde te encontrabas parada, desnuda y con tus ojos verdes que ardían intermitentemente.

No puedo hablarte del calor de esta ciudad, ni que mi corazón tiene un área de 10.500 metros cuadrados o que te sudan las piernas y el bajo vientre porque me declaras farsante antes de decírtelo; no puedo hablarte de guerrillas porque eres evangélica, blanca de piel, y cada vez que trato de explicarte que tú y tus ojos verdes son materia en movimiento, que existen en el tiempo y en el espacio, tú le das vuelta a los ojos, haces pucheros y te haces la loca cantando con esa nueva forma de guerra que me ronda por el cerebro desde hace varios meses. Y yo sin la posibilidad de resolver el misterio de esa caricia que me lanzas siempre para estremecerme desde la nuca a los tobillos.

Y te dicen que soy un peligro a sangre fría, que he sido guerrillero, un comunista que trata mal a su madre porque no le ha proporcionado todo el lujo de la naturaleza, que soy buscado vivo o muerto, que me he perdido frecuentemente de la ciudad hasta el punto de convertirme en cuadrado o polvo radioactivo, y eso significa que he estado en el monte convertido en enlace o en el guerrillero más profundo, más

cruel y despiadado contra el enemigo. Y tú ante esto sueltas una sonrisita casi gutural, pero en el fondo de ti se produce una explosión que reduce a polvo todas tus vísceras y tu alma evangélica que me ha barrido por el suelo, *¿entendutto?* ¡Yes, *very well!*

Cuando quiero escuchar tu voz de muñequita linda *made in japan* me aproximo a ti con paso cauteloso y al tú oír mis pisadas ya estás preparada, como esperando un ataque en masa, para lanzar cuchilladas produciéndome heridas que ponen en peligro mis ojos o mi sublime locura. Escucho mis propios pasos y lloro. Por eso. Porque tú prefieres patear caballos de plata y estrellarte contra el infierno de Dios. En cambio yo simplemente soy un mulato comunista, lleno de deudas, cenizas, gritos, fealdad y borracheras, que prefiere permanecer sin barriga caída, teoría sin práctica y guerra loca en los cielos de Karl Marx, Trotsky, Lenin, Rudas Mezones, Livia Gouverneur, Marighela y el loco Fabricio. Es decir, personajes que tú jamás llegarás a conocer, a excepción del Che Guevara que una vez tuviste dibujado en alguna de tus pantaleticas rosadas fabricadas en los estadosunidosdenorteamérica y puestas a la venta por la *Sears Roebuck* de Venezuela.

Como no puedo despellejarme me quedo aquí, solito, disfrutando tu muerte, martirizando animalitos de todas clases: ratoncitos, hormiguitas, tortolitas, gatitos, perritos, rostros pecositos, juanitas, ojitos verdes, etc. En cambio tú no puedes matarme, já, já. Yo, Eduardo Sifontes, con mi primitiva forma y tú, acurrucada, resaltando la tensa elasticidad de tu

persona, orando el evangelio según San Mateo y San Lucas, riéndote del dibujo de mi cuerpo, formándome una rueda invisible en torno a la utilización de mayúsculas para mis adorables entrañas y el empleo de minúsculas para los malos juegos bañados con oro y marfil. Soy un bolsa y sonrío. Pero te amo ¿eh? Con actos de eduardosifontificaciones ¿de acuerdo? Okey. Sin embargo sigues necesitándome y jodiéndome, sigo con esta descabellada idea de hacerte vibrar tocando algo cadencioso con mi clarinete, y tú, tan pendeja y tan tonta, no querer este amor loco que puede construirte un edificio carnal a punto de reventarte con pura realidad pues estoy lleno de pueblos y sociedades que los demás entorpecen desbalanceándomelos, llevándolos hasta el suelo cada vez que hago algo por chuparte la lengua y suponer con mi ejército un volumen considerable de amor para no cavar mi propia fosa.

Alguien dice que sangro de tanto resollar. Y en verdad que es desesperante la situación: la mandíbula de Eduardo Sifontes se va contra el suelo y Juanita tan campante con su oído fino y su palidez, un poco o mucho ahogada por mis falsas maniobras y en espera de su paquete definitivo para el último *round*. Mija, aunque tú no lo creas, son días difíciles, aquí lo que vale es la candela, ojalá te ilumines. Ilumíname. Soy un amor loco ¿no? Un loquito enamorado como Chaplin echándose goticas en los ojos y llevándose los dedos a la boca.

Pana Juanita, te interesan las munas más que explorar mi conciencia. A veces llora por nada y yo corro en tu auxilio pero me empujas hacia atrás con esa mirada verde, plus

ultra, que decapita al más insensible e invulnerable. Me es imposible escapar de este infierno. Estoy K.O., convertido en impotente hoguera, hasta que me incorporo lentamente y ese veneno verde, que es tu mirada, me desploma de nuevo, nublándome la vista, dejo caer el revólver con que pienso matarte, incapaz de sostenerlo entre los dedos, puf, no puedo levantarme, estoy más que muerto, *brother*. Por tratar de demostrarte la existencia de la materia estoy herido de sombras y misterios. Pero aunque seas una balanza para pesar nada más las malas conciencias trataré de atrapar tus cuatro puntos cardinales, matar las pecas que embellecen tu cara y esos ojos verdes que pulverizan a cualquiera. Lo haré. Aunque haya candela dentro de mí. Pero de pronto reconozco que no puedo hacer nada, que tengo la suerte echada, que la cuestión es más jodida, que tienes la cabeza puesta al revés y entonces me dueles como el diablo, Juanita, aunque me descargues un revólver millones de veces en la región supraumbilical, ¡qué va Juanita! Aunque estés doblada sobre ti misma, ni con esto, tú no puedes matarme, ni siquiera tus ojos verdes podrán hacerlo porque no hay nadie más fuerte que yo, aunque mi canto se muera como la trayectoria que el pájaro describe en el espacio.

Esa es la cuestión, hermanita, ya que soy la piedra de toque flotando en el aire, un nuevo espacio, sin caerme del caballo. Y punto.

Pena de muerte⁶⁹

En 1973 la ciudad de Barcelona surgía de los mundos perdidos y olvidados. Sus límites eran conformados con materiales del sueño de cada uno de sus habitantes, y de los monólogos interminables cuando escupían hacia arriba para que la saliva les cayera en la cara.

Se conocían numerosas enfermedades o grandes perturbaciones, un continuo fogeo de seres feroces y crueles que emitían impulsos de ultrasonido para que sus habitantes rastrearán sus deterioros al rescate de pedazos de sus propias sombras.

Desde el primero momento de la sub-creación, los barceloneses intentaron crearse un destino sólo encontrando alteraciones veteadas de colores; y así comenzaron los primeros balbuceos, el delirio colectivo, olvidando la existencia propia.

Por todas partes había letreros que ofrecían los peores castigos para la población; el cielo amenazaba con desplomarse y la imaginación de los habitantes fue obligada

69 Sifontes, Eduardo: *Pena de muerte*. En: *Antología de narratistas orientales. Morovara Morokumua*. Selección y notas: Chevige Guayke. Co-edición. Fondo Editorial del Caribe / Consejo Nacional de la Cultura, CONAC. Colección El Osario de Dios. Pág. 115. Anzoátegui - Venezuela. 1994.

a encerrarla en libros viejos con las palabras más horribles que puedan existir.

Los patriarcas propiciaban motivos de esperanzas para nuevas empresas, nuevas experiencias y en verdad resultaron favorecidos por la divina providencia y el amor a sus semejantes: esta vez los barceloneses de ambos lados del Neverí encontraron la muerte.

Mujer II de Willem de Kooning⁷⁰

Luego todo fue desbarajuste social, humano. La mujer volaba con su sonido de campanas. Se llamaba Miriam. Así empezó la cosa. Caminaba en el aire, a cuatro metros del suelo, llevando luz por dentro e inclinándose lentamente en ángulos absurdos se elevó más y ahora vibra, de una existencia en rotación a un diseño de planos; busca mejores perspectivas o una visión de totalidad para quienes le miran desde abajo. Es absurdo creer que esta acción está controlada y los resultados más o menos previstos. El borde del cuerpo de Miriam en el espacio coincide con un ángulo recto, o algo así como un ala de viento en $Pi = 3,1416$ o un solo de trompeta en caída vertical; pero siempre hay movimientos y pausas en escena. Mientras tanto los de abajo ríen a mandíbula batiente: el delito más grande de la historia. Echando espuma por la boca, enloquecida de amor, Miriam en el espacio inmóvil divide los ejercicios de las 12 pm.: una mejilla para dos bocas, como principios de la geometría, en alguna puesta de sol, corte de labios paralelos, ponerse un ojo de vidrio, quedar completamente

70 Sifontes, Eduardo: *Mujer II de Willem De Kooning*. En: *Antología de narratistas orientales. Morovara Morokumua*. Selección y notas: Chevige Guayke. Co-edición. Fondo Editorial del Caribe / Consejo Nacional de la Cultura, CONAC. Colección El Osario de Dios. Págs. 115-116. Anzoátegui - Venezuela. 1994.

nueva y así, sucesivamente, esperar la noche que se presentará al revés. Y se produce la

c

a

i

d

a

Miriam desde el suelo convierte sus ojos como en especie de aparato para calcular la distancia entre el cielo y la tierra, pero una mosca verde penetra en su orificio urinario y la eleva desesperada, en tres y dos, con la culpabilidad de un pobre diablo, hacia la infinitud. Sin embargo es feliz porque puede seguir dándole patadas al cielo. ¿Y después qué?

Y nosotros, aquí abajo, nos ponemos cristales nuevos para observar mejor a Miriam: la capacidad más maravillosa de reír. Yo por mi parte me declaro vencido, la dejo en el aire, adiós, Miriam, espero tus rumores a través del rocío, no tengo prisa, mis ojos sangran de tanto mirarte en el espacio, adiós, pero te espero como una línea de viento fresca en el rocío. Y con eso basta. Pienso que mejor se vivía con las luces danzantes. Y me pongo triste para siempre.

ANEXOS

Eduardo Sifontes: “Quiero una literatura que se sitúe en la época”.⁷¹

EDUARDO LEZAMA

-En nuestra sociedad sólo tenemos hambre, simplicidad descriptiva de amor, ternura y cultura en descenso.

-Los artistas deben subvertirse porque el silencio se vuelve cada vez más organizado.

-Debemos ser más auténticos y menos volubles, más profundos y menos superficiales, más identificados con nuestros hermanos.

“RITUALES” es el libro donde Eduardo Sifontes ofrece firmes perspectivas en la creación literaria de las nuevas generaciones. En su primer libro, editado por Monte Ávila y con el cual ganara en 1970 el Segundo Premio de Narrativa del Concurso “José Antonio Ramos Sucre, leemos: “Despierto, los ojos pegados en el techo, bar Los Tres Puntos, escupo entre dientes, Soa, sobre mí, respira acelerada como

71 Lezama, Eduardo: *Quiero una literatura que se sitúe en la época*. Entrevista de Eduardo Lezama a Eduardo Sifontes realizada el 18 de junio de 1973. Fue publicada posteriormente en: *En Ancas*. Revista trimestral: Arte / Literatura / Ideas. Nro. 6. Año 2. Caracas, 1979.

un ave en su degüello, sus tripas incontenibles, le obsesiona la idea de que los hombres lleven el nombre de su padre...” Así termina todo un borbotón de imágenes, donde la realidad inmediata o vivencias interiores –ante un posible desbordamiento– han sido aprehendidas y presentadas frente a nosotros, dentro de una concepción real a veces poética y sin ningún tipo de malabarismo expresivo.

Cerramos el libro y decidimos dejarlo en otras manos, e ir al encuentro personal con el autor y poder establecer una conversación.

Eduardo Sifontes es nativo de Barcelona. Pintor egresado de la Escuela de Artes Plásticas “Armando Reverón”. Escribe relatos y poesía. Ha publicado sus trabajos en las revistas *Trópico Uno*, *EN NEGRO*, Papel Literario de *El Nacional*, etc. Tiene además, el Primer Premio del Concurso de Narrativa que auspicia la revista *EN NEGRO*.

Un mediodía localizamos a Sifontes en uno de sus más frecuentes refugios: el kiosko entre la calle Páez y Av. 5 de julio, donde su amigo “Mañanga” ha establecido la venta de revistas, periódicos y billetes de lotería, que son la atracción de los que aún creen en un golpe de buena suerte que pueda cambiarles su situación de pobres ciudadanos.

Pero, como no pretendemos hablar de loterías, ni hacer una semblanza o una apología en torno a un personaje, pasamos –libreta en mano– a las preguntas y respuestas dadas casi en pleno sol.

—*Conceptualmente, ¿qué valor le das a esos pequeños relatos que has logrado reunir en un libro con el título de “Rituales”?*

—En primer lugar no poseo un conocimiento formal de la literatura como muchos escritores jóvenes de la actual narrativa venezolana, pero sí te puedo decir que escribo como función procesal, trato de hacer una narrativa donde exista transcendencia entre realidad exterior y efervescencia del conjunto de poéticas que se amotinan en la idea; es decir, combinar los mecanismos interiores con la materia en movimiento (símbolo-realidad) para dar testimonio del desorden presente, del hombre y su aniquilación física o psicológica. Quiero una literatura que se sitúe en la época, en una etapa de sugerencias o perspectivas para el hallazgo, una literatura de evidente evolución; pero eso sí, ésta debe estar en estado puro, en simplicidad total, sin esa disciplina rigurosamente intelectual. Literatura intuitiva.

—*Además de poeta eres pintor, ¿constituye ese hecho dos actitudes diferentes durante el proceso creativo?*

—Sabes que soy semi-músico por oficio y pintor por vocación; lo de poeta ha surgido por emoción. Aunque son actitudes diferentes yo siempre me he interesado por buscar una relación entre literatura, plástica y existencia social, la verdad es que estoy mintiendo porque ya esa búsqueda la encontraron hace mucho tiempo, pero ¡mucho cuidado! No vayan a creer que estoy confundiendo

plasticismo literario o viceversa, no creo que esté confundido, ¡qué va! Quiero decir que, metafóricamente, una escultura de Brancusi es muy poética y un párrafo de Cortázar está organizado o desorganizado por colores, movimiento, gestualidad y relaciones diferentes de formas: como un cuadro de Pollock, Goya, Bacon, Picasso o una escultura de Moore, Fidias, Bourdelle, etc. ¿Me explico? ¿O son simplemente mías? Ahora bien, como tú sabes que “Rituales” son relatos y yo también hago poesía, perdona la pedantería, voy a decirte que en narrativa trabajo con vivencias e invenciones, lo anecdótico con lo fantástico, fusionando la realidad objetiva con explosiones del sujeto a punto de irreconocerse; utilizo la metáfora para enriquecer eso que no sé si pueda llamarse mi lenguaje, y también para forzar la imaginación del lector. En cambio el poema surge cuando alguno de mis semejantes cierra los ojos por un rato y los abre de pronto, o cuando el alma comienza a carecer de cuerpo o el cuerpo a carecer de alma. El poema es más rígido e inflexible en cuanto a forma, estructura y lenguaje, creo yo.

—*¿Qué es para ti el proceso creativo y qué vinculación existe —tomando ese hecho como un acto íntimo, solitario— con la realidad circundante?*

—Ya en la primera respuesta reflejé un poco esta pregunta. Yo creo que en el proceso creativo no deben haber

especulaciones o aproximaciones con la realidad circundante, ni que es un acto íntimo, solitario. No debe hablarse de “un poema de Sifontes”, por ejemplo, porque esas visiones, esas sensaciones son producidas por lo que me rodea; mis semejantes, los humanos y toda cuestión funcional. Si uno escribe poemas que son acentos interiores para alterar el ánimo, la desesperación es porque nos lo han dado los imprevistos golpecitos presentidos por algunos rasgos en la memoria. El “poema intimista” es la sensorialidad de un hombre, pero ese hombre habla en nombre de muchísimos que carecen de la construcción poética, y que sienten lo mismo: Vallejo y Rimbaud, por ejemplo. En nuestra sociedad sólo tenemos hambre, simplicidad descriptiva de amor, ternura y cultura en descenso; por eso el artista, el intelectual creador, el humano, debe estar exento de todo individualismo, moralismo, así como también exento de poco corazón para aprender de los demás, de poco espíritu manipulador de la realidad agobiante que nos envuelve a todos los seres llenos de degradaciones humanas.

—¿Puedes hablarnos de tus proyectos como pintor, siendo éste uno de los oficios donde eres menos conocido?

—Para pintar se necesita, constantemente, ver reproducciones, percibir sensaciones que nos produce la naturaleza, ver exposiciones, documentarse, aclarar muy bien los conceptos, etc. Y eso requiere mucho tiempo,

además de tener al alcance materiales para trabajar que son realmente caros. Te digo esto porque en el campo de la plástica soy menos emocional, más riguroso, y no me gusta piratear. Uno como pintor necesita dominar una línea, saber trabajar sobre un espacio, lograr la atmósfera, tener dominio del color, la forma, etc. Quiero prepararme regularmente para una futura exposición de pintura y para esto se necesita lo antes mencionado, además de que mis recursos económicos son muy pobres y es esto último, precisamente, lo que debe animarse.

—¿Cómo ves el panorama de la actual literatura venezolana?

—Yo soy el menos apropiado para hablar de esto. Sin embargo puedo decirte que está por demás demostrado que entre los nuevos escritores se está haciendo muy buena literatura; hay muchas perspectivas que son ilimitadas, a juzgar por el evidente desarrollo alcanzado en algunas publicaciones.

—*Actualmente la tarea del artista no consiste en aislarse en torres de marfil como en otro tiempo, sino lo contrario, empaparse de la realidad, de nuestra realidad: tomar conciencia de la actual estructura de dependencia en que se encuentra, no solamente nuestro país, sino todos los pueblos de Hispanoamérica, y esta compenetración con el mundo sería a su vez una profunda fuente de creatividad. ¿Qué opinión tienes de esto?*

—El artista ha estado siempre muy empapado de la realidad y tiene mucha conciencia de la dependencia socio-político-económico-cultural; pero como ya lo sabemos, hay artistas “comunistas” ortodoxos que sólo se rigen por la política electorera, etc, de su organización, los hay de la izquierda divina, de la izquierda erótica, artistas guerrilleros de cafetín y un sin número de calificativos, y sin embargo no hay quienes tomen cartas del verdadero medio de liberación. Debe aclararse, por ejemplo, que la ciencia del marxismo-leninismo es un principio y no un fin, como ha creído la ortodoxia: León Trotski es un marxista puro de principio porque aún después de muerto el Partido Mundial, la Revolución Permanente y el Arte Revolucionario Independiente, sigue cobrando vigencia. Y precisamente artistas como André Breton y Diego Rivera fundaron con Trotski, en México, el Comité Internacional de Arte Revolucionario (C.I.A.R.) que se propuso provocar y dar un vuelco en la historia de los países oprimidos por la explotación del hombre por el hombre. Debemos mirarnos en ese espejo. Aquí desaparece un humano, un semejante y las cosas quedan como si nada, los artistas deben subvertirse porque aquí el silencio se vuelve cada vez más organizado. Hay que decir como Mariátegui, Javier Heraud, César Vallejo, Pablo de Rokha, Tamara Bunke, el Che, Rita Valdivia, poetas que creían en la importancia de un revólver más que en un jardín florido.

No sabemos lo que nos pasa a nosotros los artistas, porque yo también me considero medio poeta. Sí señores, hay que creer más en la igualdad de los humanos antes que en la obra artística definitiva. Debemos ser más auténticos y menos volubles, más profundos y menos superficiales, más identificados con nuestros hermanos hambrientos. Ser menos frívolos, volver la cara a la realidad y no despreciar el roce de un harapiento porque “somos artistas”.

Reseña biobibliográfica de Eduardo Sifontes (1946-1974)

Nació en la ciudad de Barcelona, Edo. Anzoátegui, el 10 de octubre de 1946. A los trece años manifestó sus inclinaciones musicales a través de la ejecución del clarinete y del oficio de poeta. Fue músico de la Banda Municipal de Barcelona, artista plástico egresado de la Escuela de Artes Plásticas Armando Reverón e integrante del equipo de redacción de la Revista *Trópico Uno*. Precisamente, sus primeros textos aparecieron publicados en la revista *Trópico uno* (Puerto La Cruz) y *En Negro* (Cantaura). En 1973 publicó su primer libro de relatos titulado *Rituales*, editado por Monte Ávila. La publicación de este material le bastó para que fuese considerado uno de nuestros más precoces y prometedores narradores del oriente del país. Posteriormente fueron publicados por familiares y amigos *Las conjuraciones* (1975); *Señas y contraseñas* (1985); *La poesía está en juego* (1991); *El cuarto de los espejos y Elsa y las transparencias* (2005). En una edición bifronte, el Fondo Editorial del Caribe publicará una antología con sus textos más emblemáticos (2003). Como narrador y poeta está representado en varias antologías importantes, entre las que cabe mencionar: *Distracciones*, Monte Ávila Editores, compilada por el escritor Humberto Mata (1974); *Jóvenes Narradores Orientales*, Cuadernos de Difusión de Fundarte,

compilada por Benito Yrady (1979); *Jóvenes Poetas de Anzoátegui, Sucre y Nueva Esparta*, Cuadernos de Difusión de Fundarte, reunida por el poeta Gustavo Pereira (1979); *Antología de la Nueva Poesía Latinoamericana*, El Gallinazo, de Manuel Ruano (1981); *Jóvenes poetas venezolanos*, Ince, selección del poeta Elí Galindo (1985); *Relatos Venezolanos del Siglo XX*, Biblioteca Ayacucho, compilada por Gabriel Jiménez Emán (1989); *Antología de Narratistas Orientales*, Fondo Editorial del Caribe, compilada por Chevige Guayke (1994); y en la *Antología de la Poesía Amorosa Venezolana*, de la Editorial La Espada Rota editada por Jesús “Chuchú” Salazar (1995). Se hizo merecedor de varios premios y reconocimientos importantes, entre los que destacan: Premio Centro de Estudiantes del Instituto Tecnológico de la Universidad de Oriente (1967); Segundo Premio de Narrativa en la Bienal José Antonio Ramos Sucre (1970); Primer Premio de la Revista En Negro (1972). Recibió póstumamente la Orden José Antonio Anzoátegui en su Primera Clase (2006). Eduardo Sifontes falleció el 13 de mayo de 1974 en Barcelona. Contaba con apenas 28 años de edad. Su prematura muerte lo condenó durante años al olvido. Pese a ello, su obra permanece intacta. En 1991, el escritor Alfredo Armas Alfonzo, expresó: “Yo presumo en la poetica una aurora que empieza a emerger, una llamarada, un resplandor, indicio de un nuevo tiempo”.

F.F.

ÍNDICE

MI HERMANO POETA, por Wilfredo Sifontes	9
EDUARDO SIFONTES, EL ILUMINADO DE BARCELONA, por Luis Figuera	11
LAS CONJURACIONES Y OTROS POEMAS (1962-1963)	15
ÚLTIMOS POEMAS	35
LA POESÍA ESTÁ EN JUEGO (1964-1965)	57
SEÑAS Y CONTRASEÑAS (1966-1967)	83
RITUALES (1973)	115
EL CUARTO DE LOS ESPEJOS / ELSA Y LAS TRANSPARENCIAS (1971-1973)	181
TEXTOS POÉTICOS DISPERSOS EN ANTOLOGÍAS, DIARIOS Y REVISTAS	229
TEXTOS NARRATIVOS DISPERSOS EN ANTOLOGÍAS, DIARIOS Y REVISTAS	281
ANEXOS	337

Relevo de guardia
se editó en digital en
la Fundación Editorial El perro y la rana
en el mes de octubre de 2021
Caracas, Venezuela







La literatura fue para Eduardo Sifontes un modo de aceptar la mirada del espejo, del que está ahí mostrando toda la certidumbre de una historia... escribió hace algunos años el también poeta y narrador Chevige Guayke. Ciertamente, los textos de Sifontes reflejan los signos de la aceptación dolorosa de su propio destino y la manera de convertir ese destino en un acto combativo y lleno de vida. Es así que en *Relevo de guardia* se reúne —por primera vez— toda su producción poética y narrativa, acompañada de la mirada de otros escritores que dan cuenta del transitar de Sifontes por la literatura. La voz de este autor ha sabido traspasar la barrera de lo temporal, lo anecdótico y lo local; hay en él, en su poesía, un registro único, registro que el tiempo ha sabido conservar para las nuevas generaciones. Esta compilación es su testimonio.



EDUARDO SIFONTES (BARCELONA, EDO. ANZOÁTEGUI, 1946–1974)

Músico, articulista y promotor cultural. Fue clarinetista de la Banda Municipal de Barcelona, artista plástico egresado de la Escuela de Artes Plásticas Armando Reverón e integrante del equipo de redacción de la Revista *Trópico Uno*. En 1973 publicó su primer libro de relatos titulado *Rituales*. La publicación de este material bastó para que fuese considerado uno de nuestros más precoces y prometedores narradores del oriente del país. Posteriormente aparecieron *Las conjuraciones* (1975); *Señas y contraseñas* (1985); *La poesía está en juego* (1991); *Antología poética* (2003); *El cuarto de los espejos y Elsa y las transparencias* (2005); y *Amoroso combatiente* (2021). Se hizo merecedor del Segundo Premio de Narrativa en la Bienal José Antonio Ramos Sucre (1970). Recibió póstumamente la *Orden José Antonio Anzoátegui en su primera clase* (2006).